

Puedes volar como las águilas



Leo J. Trese

Indice

- I. La santidad es para ti
- II. Soltar amarras
- III. La fe es la base
- IV. La esperanza es el estímulo
- V. El amor es el fruto
- VI. Los puntos de apoyo de la santidad
- VII. La oración da el poder
- VIII. Los santos son instrumentos
- IX. Conocerse a uno mismo

X. Los padres, formadores de santos

XI. La segunda juventud

XII. Mirando al futuro con confianza

I. La santidad es para ti

1

Probablemente estés acostumbrado a pensar que eres un «católico medio». No hay por qué lamentarse de ello. Vas a Misa cada domingo, haga frío o calor, con dolor de cabeza o sin él. Recibes la Sagrada Comunión cada semana. Te confiesas cada mes o con una frecuencia mayor. Rezas todos los días. Te sientes vinculado a tu parroquia. Tienes tus devociones personales. Contribuyes generosamente a las colectas parroquiales y diocesanas. Has ayudado a construir un colegio católico y continúas pagando para su mantenimiento. Lees libros de religión y publicaciones católicas, ocasionalmente al menos.

En muchos países del mundo, incluso en algunos de los llamados «católicos», no estarías considerado como un católico medio. Se diría de ti que estás cerca de la santidad. Porque, cuando hablamos de promedios, es importante saber dónde empieza la graduación. Un niño que ocupe un puesto medio en un colegio para superdotados estaría muy por encima del mejor en otro para subnormales. De modo similar, un católico medio en nuestro país ocuparía un lugar por encima de la media en los países, donde - por ejemplo- no más del 20 por 100 de los católicos van a Misa algún domingo y un porcentaje aún menor lo hace todas las semanas.

Esto no es para animarte a que te sientas satisfecho. Si fueses un católico «satisfecho» no estarías en la media. Una de las más alentadoras características del católico medio es que se siente espiritualmente insatisfecho. Sabe, y se repite a sí mismo, que no es tan bueno como debería ser ni como podría ser. Desgraciadamente, retrasa con frecuencia el esfuerzo necesario para subir un escalón más, pero -por lo menos- siente dolor por no haber dado aún el salto.

El hecho es que eres un santo. No un santo canonizado, por supuesto, pero sí un santo según el significado original de la palabra latina *sanctus*: alguien que es sagrado. Utilizando este sentido, San Pablo se dirige «a los santos que están en Éfeso» y «a los santos en Cristo Jesús que están en Filipos».

Eres un santo porque estás en estado de gracia santificante. Tu alma participa de la misma vida de Dios, y está transformada por tu unión personal con la infinita santidad de Dios.

Como te amenazan tus muchas debilidades humanas, tienes que intentar obstinadamente defender esta vida de Dios en tu alma, ese maravilloso parentesco divino que estableció en tu alma el bautismo. Sabes que Jesús te hizo su hermana o hermano de san- gre (e hijo del mismo Dios) por el precio de la Cruz.

Por tu propio interés debes dar de lado a tu egoísmo, debes retroceder ante la maldad de echar a perder la agonía de Cristo, rompiendo el vínculo entre tú y Dios, un vínculo ganado a tan gran precio.

Eres demasiado inteligente para enorgullecerte de tu santidad. Sabes demasiado bien que no es algo que hayas logrado por tus propios esfuerzos. No estás orgulloso, sino eternamente agradecido. Sabes que, al participar en la vida de Dios, posees un regalo ante el cual -por comparación- todos los demás desaparecen por su insignificancia. Una buena salud, un buen trabajo, unos buenos amigos, un talento sobresaliente, dinero, éxito: si logras algo de esto tienes una pequeña compensación. Pero si no tienes nada de esto, aún mides dos metros de alto, aún eres un gigante entre los pigmeos que no están en gracia. Los diablos te envidian con intenso odio; los ángeles se inclinan ante ti cuando pasas.

Además, te sientes seguro. Sabes que ningún poder en el infierno o en la tierra puede romper esa unión íntima con Dios, a no ser que tú mismo tomes la decisión de cortarla. Sabes que Dios, por ninguna razón que puedas comprender, te ama con un amor posesivo. Te quiere consigo en el cielo y no dejará que te escapes fácilmente. Se vuelca contigo hasta el punto de casi agobiarte con tus atenciones. Sigue tus pisadas con su auxilio, día tras día, tratando de ayudarte a superar los pasos peligrosos para ir más lejos. Sabes que no existe el pecado «por accidente». Sabes que no puedes pecar «porque no tuve más remedio», desde el momento en que la libre y deliberada elección forma parte de la esencia más íntima del pecado. Sabes que, mientras trates honradamente de seguir haciéndolo lo mejor posible, Dios acabará quitándote la flojera.

No es de extrañar que una parte tan grande de tu oración sea de acción de gracias. En cada Misa y en cada Padrenuestro y Avemaría, tu gratitud es como un estribillo constante. Sabes que, si dedicases cada minuto que estés despierto desde este momento hasta el día del juicio a decir «gracias, Dios mío», no habrías pagado tu deuda.

Sí, tú eres un santo. Tiene algo de trágico el que Dios tenga que hacer tanto esfuerzo en ti (y en mí) para tan poca correspondencia; que nos haya cuidado siempre con tanta paciencia para un fruto tan pequeño. ¿No podríamos quizá ahora hacer un nuevo esfuerzo? ¿No podríamos aunque sólo sea tratar de profundizar e intensificar la vida divina dentro de nosotros? Es bien cierto que nos lo habremos propuesto cien veces antes de ahora, para volver a encontrarnos otra vez en el punto de partida. Puede ser, sin embargo, que hayamos confiado demasiado en nuestra sabiduría y en nuestra fuerza. Posiblemente nos haga falta rezar un poco más, y con menos reservas: «¡Por favor, Dios mío, hazme ser lo que Tú quieres que sea, ayúdame a ser lo que debiera ser; ayúdame a ser santo!».

2

No pides, por supuesto, hacer milagros con tu foto en una estampa. Aspirar a la gloria de ser canonizado sería un acto de vanidad. Podemos estar seguros de que no hay ningún santo en el calendario de la Iglesia que esperase el honor de ser elevado a los altares. El verdadero santo es lo suficientemente realista (que es tanto como decir humilde) como para no considerarse un héroe. Está suficientemente preocupado pensando que debiera ser mucho mejor como para dedicarse a pensar en lo bueno que es.

No, tus miras no están puestas en ser un santo canonizado, de eso estás convencido. De todas formas, no deja de ser cierto que sí que querrías poder ser mejor de lo que eres. En algunos de los momentos de mayor inspiración sí que sientes un movimiento de pena por estar haciendo tan poco por Dios, que ha prodigado tanto amor en ti. De eso estás, asimismo, convencido. De lo que no estás convencido, sin embargo, es de que puedas resignarte a ser mediocre. Si tomas una actitud derrotista, la grandeza

espiritual no es para ti.

Si rechazas la posibilidad de ser santo, significa que has olvidado dos hechos básicos que conciernen a la santidad. El primer hecho es que el crecimiento espiritual es obra de Dios, obra de su gracia. Estás muy en lo cierto cuando piensas que no posees, *por ti mismo*, lo que hace a un santo. Estás totalmente equivocado, no obstante, si piensas que -para tí la santidad es una búsqueda sin esperanza. Cada santo es un milagro del poder creativo de Dios, de la gracia transformadora de Dios. Dios necesita muy poco para actuar. De hecho, podemos decir que le gusta trabajar con materiales inapropiados. Cuanto peor sea la naturaleza humana con la que empiece, más certeramente brillará luego su gracia.

El segundo hecho básico que ignora el que dice: «¿Yo, un santo? ¡Vaya broma!», es que la santidad no se adquiere emprendiendo grandiosas obras para Dios. Proezas tales como la fundación de una orden religiosa o la conversión de miles de almas son los frutos, no la génesis de la santidad. Ni siquiera son los frutos más importantes. Para Dios, el producto más precioso de la santidad es la íntima unión con El mismo de un alma que le quiere con un amor indiviso.

De vez en cuando, Dios escoge a un santo particular para que sea la punta de lanza de alguna obra especial que quiere que se lleve a cabo. Pero las grandes obras no son necesariamente una nota de la santidad. Muchas ha-/arias notorias y envidiables han sido llevadas a cabo por personas cuyos motivos eran puramente humanos. Por otra parte, el santo que Él utiliza para una tarea específica no le es más querido a Dios que el alma escondida cuya creciente lucha sólo Él conoce. Tiene que haber algunos santos «de renombre» para acometer proyectos importantes, pero Dios necesita y quiere también una multitud de pequeños santos; gente como tú y como yo.

Si la flaqueza humana no es una barrera para la santidad (por la gracia de Dios) y las grandes empresas no son un requisito para alcanzarla, ¿qué es entonces lo necesario para aspirar a ella?

Presuponiendo que tenemos un mínimo de amor a Dios que se pone de manifiesto cuando huimos del pecado mortal, el trampolín hacia la santidad es nuestro espíritu de generosidad para con Dios. Este espíritu de generosidad está enraizado en la convicción de que, amándonos como nos ama, Dios nunca nos pedirá más de lo que somos capaces de darle. O, para decirlo de otra forma, sabemos que, si Dios nos pide algo difícil, siempre nos dará la gracia necesaria para llevarlo a cabo.

Estamos convencidos, en una palabra, de que, si, al ir con Dios, ponemos todo nuestro corazón, *simplemente no podemos perder*. Abrimos completamente nuestra alma a la operación de su gracia. Puestos delante de Dios, le decimos, en efecto: «¡Tómame, Señor, soy todo tuyo!».

Hemos dicho que la santidad es, ante todo, la obra de Dios. Es obvio, sin embargo, que el crecer en santidad no es un proceso completamente libre de dolor; si no, habría más santos de los que hay. Como las rocas y los troncos hundidos que impiden el curso del agua en un arroyo, nuestras propias ataduras impiden la libre actuación de la gracia de Dios en nosotros. Es entonces cuando llega el dolor. No habrá ningún acto de heroísmo grande y extraordinario. Pero, cien veces cada día, habrá pequeños actos de heroísmo al atacar nuestras faltas e intentar limpiar el canal para que fluya el amor de Dios.

Resulta difícil tener paciencia con el niño travieso y ruidoso, sobre todo después de un día de trabajo agotador. Resulta difícil ser receptivos a la voluntad de Dios cuando alguien contraría nuestros planes o nos da trabajo «extra». Resulta difícil aceptar la crítica con humildad. Resulta difícil cambiar el tema de conversación cuando comienzan las habladurías, o incluso apartarse -si fuera preciso- del grupo «chismoso». Resulta

difícil callarse ese comentario tan «oportuno» y divertido, pero tan indecente. Resulta difícil vivir la caridad con «ese» compañero de trabajo. Resulta difícil vivir la sobriedad en un «cocktail», contentándonos con una o dos copas, mientras los demás toman cuatro o cinco. Resulta difícil estar siempre concentrados mientras trabajamos, y poner todo nuestro esfuerzo en los sucesivos deberes con los que nos vamos enfrentando a lo largo del día. Sin embargo, son éstos los medios que tenemos a nuestro alcance para crecer en santidad.

Estas victorias sobre nosotros mismos pueden ser costosas, pero admitirás que, tomadas una por una (como ocurre en nuestro caminar, un paso después del otro), no están por encima de nuestras posibilidades. Tal vez sea por temor a otro fallo por lo que dudas en comprometerte a esta aventura de la santidad, a esta generosidad completa con Dios. Si es así, sería interesante hacer por lo menos «un intento». No necesitas comprometerte a toda una vida de esfuerzo: lucha por ser santo durante un solo día. Vive cada una de las próximas veinticuatro horas como Dios querría que las vivieses. Por un día, sé todo lo paciente, alegre, caritativo, humilde y atento a tu deber que puedas.

Inevitablemente tendrás algunos fallos, porque la verdad es que los santos no se hacen en un día. Pero encontrarás la experiencia sorprendentemente interesante, al tiempo que revivirán tus talentos espirituales, dormidos durante tanto tiempo. La búsqueda de la santidad es una ocupación muy creativa: puede dar a la vida un nuevo e insospechado sabor. Después de un solo día, puedes querer intentarlo un segundo, quizá un tercero, y... ¿quién sabe?

3

Pondríamos más esfuerzo en la búsqueda de nuestra santidad si fuésemos plenamente conscientes de la presencia del Espíritu Santo en nosotros. El domingo de Pentecostés, los Apóstoles pasaron de ser hombres aturdidos y temerosos a héroes de celo ardiente. El Espíritu Santo había venido sobre ellos para efectuar la transformación. ¿Por qué, entonces, no sentimos nosotros algo de ese coraje y ese celo, si el Espíritu Santo viene también a nosotros en el sacramento de la Confirmación?

Si nuestra respuesta a la presencia del Espíritu Santo en nosotros es tibia, puede ser porque no le conocemos todo lo bien que debiéramos. Si Él es como un extraño para nosotros, no tendrá -en nuestros pensamientos sobrenaturales y en nuestras oraciones- el puesto prominente que se merece. El fuego y la fuerza de su influjo serán en gran parte neutralizados, porque no nos habremos dado cuenta del gran poder que tenemos a nuestra disposición.

A Dios Padre le conocemos bien. El padre que tanto nos enseñó en nuestra infancia, llenó la palabra «padre» de una gran riqueza de significado. Así, el nombre de Dios Padre nos dice mucho sobre la primera Persona de la Santísima Trinidad.

Lo mismo ocurre con la segunda Persona de la Divinidad. El Hijo de Dios se hace uno de nosotros. Experimenta el dolor humano -físico y moral-, el afecto humano y la alegría humana. Desde la cruz martillea en nuestras duras cabezas la realidad de su amor por nosotros. No hay que maravillarse de que tantas de nuestras oraciones se dirijan a Él.

Dios Padre es nuestro amoroso Protector y Proveedor. Dios Hijo es nuestro amoroso Redentor y nuestro compasivo Pastor. Dios Espíritu Santo, sin embargo, es... bien, el Espíritu Santo. Nuestro camino hacia Él es un poco más difícil. No hay una conexión de ideas claras y familiares que nos permita llegar a Él. En consecuencia, otorgamos al Espíritu Santo una respetuosa mención al final de la señal de la Cruz y del

Gloria, y creemos que ya hemos cumplido nuestros deberes para con Él.

Si nuestra respuesta al Espíritu Santo debe ser algo más que nominal, debemos penetrar más profundamente en su verdadera identidad. Esto lleva consigo un examen de la Divinidad en la que el Espíritu Santo reside. La naturaleza de la Trinidad Beatísima es un misterio, desde luego. La mezquina mente humana no puede pretender alcanzar las profundidades infinitas de Dios. Aun así, hay mucho de la Santísima Trinidad que podemos y debemos conocer, si queremos ver al Espíritu Santo en su verdadera dimensión. Puede ayudarnos a ello una revisión muy breve de lo que conocemos del Dios Trino.

Empieza, si quieres, pronunciando tu propio nombre. Mientras lo dices, *piensa* en ti mismo. Imagínate como la persona que eres.

La imagen mental que tienes de ti mismo puede ser bastante defectuosa. Es posible que tus amigos sean capaces de decirte cosas sobre ti que te sorprenderían.

No obstante, aun siendo totalmente honrado contigo mismo; aunque hayas aprendido a conocerte de arriba abajo; aunque la imagen tuya que tengas en la mente se te parezca con una gran precisión... no será nunca un reflejo *perfecto* de ti mismo. Eres un ser vivo. Para que tu imagen mental fuese perfecta, debería ser una imagen viva. De otra manera, no te representaría completamente.

Volvamos ahora hacia Dios. Dios es infinitamente perfecto. Cada cosa que se refiere a Él es perfecta en grado absoluto. En consecuencia, el conocimiento que Dios tiene de Sí mismo es un conocimiento perfecto. La imagen de Sí mismo que Dios tiene en su mente divina es absolutamente perfecta, una réplica exacta de Sí mismo. Como pertenece a la naturaleza de Dios el existir, la idea que Dios tiene de Sí mismo debe tener existencia propia. Debe ser una imagen *viva*, porque, si no, no reflejaría a Dios perfectamente. Es un pensamiento viviente que Dios posee de Sí mismo, y esta imagen viva es Aquel a quien llamamos Dios Hijo.

Volvamos por un instante a ti. Cuando piensas en ti mismo, cuando *te contemplas* en tu propia mente, te gusta lo que ves si eres una persona normal. Admitiendo que hay algunos puntos en los que te gustaría avanzar, algunas faltas que te gustaría eliminar, sigue siendo cierto que -en conjunto- estás razonablemente contento con tu imagen de ti mismo: estás contento de ser quien eres. Ciertamente, un cierto amor a sí mismo (que los psicólogos llaman autoaceptación) es esencial para la salud mental.

Cuando Dios se contempla a Sí mismo, ¿qué es lo que ve? Ve una imagen suya infinitamente buena, infinitamente perfecta e infinitamente amable. La imagen viva de Dios, el Hijo, mira a su Padre (hablando en términos humanos) y ve la infinita amabilidad de la fuente de la que Él fluye. Entre los dos -el Padre (Dios conociéndose a Sí mismo) y el Hijo (conocimiento que Dios tiene de Sí)- emana un mutuo amor. Es un amor de infinita intensidad, un amor perfecto y, por lo tanto, un amor vivo.

Este amor perfecto y vivo es el Espíritu Santo. Es tan simple como eso. Es el amor de Dios: un Amor vivo, consciente y eterno.

Podemos ver qué diferente, qué maravillosamente diferente es el amor de Dios del humano. El amor humano es una emoción, una actitud. Cuando quieres a alguien, experimentas un sentimiento hacia la otra persona (un sentimiento más fácil de reconocer que de definir). Pero, e independientemente de cuánto puedas querer, permaneces fuera de la otra persona. No puedes penetrar dentro de la otra persona y hacerte uno con él o con ella. Puedes decir a alguien: «Te quiero con todo mi ser». Pero en realidad no es así. No puede serlo.

Dios, sin embargo, puede hacerlo y lo hace. Si el amor de Dios es el mismo Dios, es porque ésa es la única manera de la que Dios *puede* amar. Su amor no es una

emoción que salga de Sí. Su amor es Él mismo, el Espíritu Santo. El que Dios quiera a alguien significa que el Espíritu Santo está realmente presente en esa persona, uniéndose a Sí mismo a aquel que ama. Cuando te susurras al oído «Dios me ama», lo que realmente dices es «el Espíritu Santo está en mí».

El amor de Dios, que es el Espíritu Santo, viene a nosotros por primera vez cuando somos bautizados. Por el Bautismo, el alma se abre al amor de Dios, para que éste pueda penetrar en ella. El Espíritu Santo quiere permanecer en nosotros para siempre. Que pueda o no pueda hacerlo depende de nosotros. El pecado mortal, por su misma definición, es apartarse de Dios, negar a Dios el acceso a nuestra alma. Es -en cierto modo-terrible que los hombres tengamos tan gran poder sobre el Espíritu Santo: el poder de expulsarle, de anular su voluntad de amarnos.

Si comprendiésemos mejor la verdadera naturaleza del Espíritu Santo, seríamos tal vez más conscientes de su presencia en nosotros y pondríamos más cuidado en guardar su morada; nos dirigiríamos a Él con más frecuencia en la oración; intentaríamos hacerle más hueco por la práctica de la virtud y el crecimiento en la bondad.

Advertiríamos los impulsos del Espíritu Santo en nosotros y los identificaríamos con mayor seguridad. De modo especial, deberíamos ser más conscientes del deseo urgente del Espíritu Santo de encontrar -a través de nosotros- lugar en las almas de los demás. Quizá experimentásemos un poco del fervor que los Apóstoles manifestaron tan abundantemente después de Pentecostés. Estaríamos más alertas a las necesidades espirituales de los demás y más ágiles para reconocer las oportunidades -y la obligación- de ser una ayuda para nuestro prójimo.

El Espíritu Santo es el amor de Dios. El amor es una fuerza dinámica. En Él está la sabiduría, el coraje y el poder. Pentecostés cambió para siempre las vidas de los Apóstoles. El fuego de Pentecostés aún arde; nos corresponde dejar que las brasas se enciendan en nosotros para convertirse en llamas. Si dejamos al Espíritu Santo poseer nuestra alma como El quiere, entonces nuestras vidas serán ciertamente transformadas.

4

Si queremos ser santos debemos ser humildes; pero aclaremos el significado de humildad. Probablemente no hay otra virtud que haya sido tan mal entendida. Para muchas personas, el adjetivo «humilde» evoca la imagen de un individuo mal vestido, que no se hace notar y acostumbra a menospreciarse, que admitirá no poseer ningún talento, ocupará siempre el último sitio y se complacerá en ser pisoteado por todo el mundo. Sin embargo, ésta no es una imagen exacta de la persona que es verdaderamente humilde.

Humildad es la virtud por la que adquirimos el sentido de la realidad y de la proporción debida. Es la virtud por la que nos miramos a través de los ojos de Dios, para no ver más que lo que Él ha hecho en nosotros. Este *más que* es una matización importante, porque Dios ha hecho en nosotros algo realmente grande. Lo paradójico de la humildad es que nos vemos como algo maravilloso: seres inmortales divinizados por la gracia y destinados a la compañía eterna de Dios. No obstante, compaginamos ese conocimiento con el darnos cuenta -de una manera viva- de que no nos atrevemos a atribuirnos ni siquiera un poco de ello.

Tal vez quede más claro el contenido de la virtud de la humildad si tratamos de corregir algunas de las concepciones erróneas de la misma. Por ejemplo, el ir mal vestido no es un distintivo esencial de la humildad. Recuerdo que una joven que se dedicaba a mejorar las condiciones de vida en los barrios bajos de una gran ciudad me

decía: «Llevamos maquillaje y tratamos de vestir atractivas. Debemos hacer esto por los pobres, por deferencia hacia su dignidad de personas. Pensamos que merecen que se vaya bien vestido». Ciertamente, a esta joven mujer y a sus colegas no les faltaba humildad.

El no hacerse notar no es tampoco un signo de humildad, incluso, en realidad, puede ser un medio de llamar la atención. La breve parábola de Cristo que ilustra el principio de «todo aquel que se exalte será humillado, y todo el que se humille exaltado» ha sido con frecuencia mal interpretada. Jesús estaba recriminando a los fariseos, que gustaban de ufanarse y dominar a los demás. Jesús no trataba de que esa ilustración fuese tomada en sentido literal. Si así fuese, hubiera afirmado que si debíamos ocupar el último lugar era para poder ser llamados más arriba y dársenos público honor, lo cual no era ciertamente lo que intentaba decir. En la práctica, el hombre verdaderamente humilde se sentaría en la primera silla que encontrase. No se preocuparía de lugares altos o bajos porque no estaría pensando en sí mismo.

En esta línea, leí una vez de un santo que -cuando iba a empezar a comer algo de buen sabor- lo rociaba con cenizas para no poder apreciarlo. Sintíendome un poco culpable por no haberme edificado tal práctica, me dio gran consuelo leer de otro santo cuyo pensamiento estaba tan metido en Dios mientras comía, que era incapaz de decir -después de una comida- lo que había tomado. No tiene sentido el comparar a los santos, pero yo me quedaría con el segundo.

Si el no hacerse notar no es un signo de humildad, tampoco lo es el menospreciarse. No es humildad el degradarse falsamente. Dios *quiere* que estemos contentos con nosotros mismos como somos, porque sona obra suya. Quiere que digamos: «estoy feliz de ser quien soy, y no otro cualquiera». Como hemos dicho, esta cierta satisfacción de uno mismo es un buen indicador de la salud mental. Una persona que realmente piensa que no es algo bueno está enferma. Alguien que pretende tal cosa deshonra a Dios, que le ha hecho como es.

Llanamente, pues, no es una prueba de humildad el negar los talentos que Dios nos ha dado. Si nos ha otorgado algún don especial, espera que no olvidemos nunca su origen; pero también espera que lo utilicemos, cuando sea posible, para el bien de los demás. Uno de los tipos más engañosos de humildad consiste en decir -por ejemplo- «no me pidas que cante; sabes que soy incapaz», si realmente puedes cantar; o decir: «no me pidas que dirija el comité; sabes que no sé organizar bien», cuando realmente sabes hacerlo. La falsedad de este tipo de menospreciación es obvia. Sería lo que se ha llamado «humildad con compensación»: una forma de buscar alabanzas.

En lo que se refiere a ser pisoteado por los demás, nadie duda de la virtuosidad de renunciar a los derechos personales de uno y buscar un sitio al final, en interés de la paz y la caridad fraterna. Sin embargo, en este mundo nuestro interdependiente, es frecuente que nuestros derechos estén ligados a los derechos de los demás, y a veces a los de Dios. Si esa renuncia por nuestra parte lleva consigo poner en peligro el bienestar de otros, o la disminución del honor de Dios, es probable que tengamos que defender con los puños nuestros derechos (metafóricamente hablando, por supuesto).

No, si buscas una persona humilde no busques un carácter «sumiso». Busca una persona que esté en buenas relaciones con Dios, consigo mismo y con su prójimo; que se respete a sí mismo como una obra de arte salida de la mano de Dios; que no es «cobista» con los ricos y los famosos; que, al mismo tiempo que respeta a los demás como obras de arte salidas de la mano de Dios, no se muestra paternalista y suficiente con los modestos. Tiene sentido del humor porque es capaz de reírse de sí mismo. Tiene mucha paciencia con la ignorancia y la estupidez de otros, porque sabe que deberá rendir cuentas a Dios de los talentos que Él le ha dado. Es compasivo con los pecadores

porque le duele haber recibido mucha más gracia que ellos, y haberla utilizado tan mal. Su vida de oración es grande (aunque no puedas verlo) porque sabe lo mucho que tiene que depender de Dios.

Resulta evidente que la virtud de la humildad no está restringida a ningún tipo de vida concreto. Una persona puede dirigir una gran empresa y aun así ser humilde; puede ser empleado de un garaje y ser vanidoso. Una mujer puede ser una gran actriz y ser, asimismo, humilde; puede ser una camarera y ser también vanidosa. La cuestión está en el sentido que uno tenga de la realidad y de la proporción. Lo importante es reconocer lo que hay que reconocer: al Dios que nos ha hecho a cada uno, amorosamente, como somos. Todavía no ha terminado su obra en nosotros. Sólo si dejamos que penetren completamente sus continuas gracias alcanzaremos la plenitud de lo que Él quiere que seamos.

II. Soltar amarras

1

A nadie le gusta la mortificación; es decir, a nadie que esté en su sano juicio. El instinto más básico del organismo humano consiste en buscar el placer y evitar el dolor. Una persona que busca el sufrimiento como fin está mental o emocionalmente enferma. O es un masoquista o bien es víctima de sentimientos de culpabilidad psicológica que sólo puede borrar castigándose a sí mismo.

Sin embargo, algo muy diferente es que una persona contraríe ese instinto de placer en interés de una causa noble. Ése es un hombre haciendo algo realmente elogiabile: demostrar el abismo que hay entre el ser humano y los animales inferiores. Pensamos en las dificultades padecidas y las angustias que corrieron el riesgo de sufrir los hombres que lucharon por su patria. E inevitablemente pensamos en los cristianos que fueron contra el principio del placer para poder compartir la Cruz de Cristo.

La mortificación es un tema del que muchos de nosotros preferiríamos no hablar. Sabemos que estamos demasiado inclinados a evitar la negación de nosotros mismos. Nos gusta la vida fácil y preferimos acallar nuestra conciencia: si la despertásemos, podría acusarnos de esquivar uno de los deberes del cristiano.

En justicia para con nosotros mismos, sin embargo, hemos de reconocer que nuestras vidas no son completamente impenitentes. Una persona no puede ser un buen católico sin negarse a sí mismo en un cierto grado. La Misa de los domingos, la oración diaria, la abstinencia de los viernes y días de ayuno... todo eso supone penitencia. Más fundamentalmente, el guardar los mandamientos lleva consigo una cierta mortificación en sentido estricto. Cada tentación superada es un acto de negación de uno mismo. No obstante, sigue siendo cierto que muchos de nosotros buscamos a menudo lo más fácil; no por falta de buena voluntad, sino más bien por no habernos dado cuenta de la importancia de la penitencia.

Sabemos que tenemos que hacer penitencia por nuestros pecados, aquí o en el más allá. Cuando nos arrepentimos de verdad de nuestros pecados, Dios nos perdona gustoso. Sin embargo, quiere que reparemos por el daño que hemos causado; es algo así como la parte culpable en un accidente de automóvil que -aunque sea perdonada por su víctima- debe pagar por los perjuicios causados.

Cuando pecamos, no sólo nos dañamos espiritualmente a nosotros mismos: dañamos también al Cuerpo Místico de Cristo, del que formamos parte. No existe el pecado «estrictamente» privado. Cuando yo pecho, se pierde gracia para todo el Cuerpo

Místico. Cada cristiano bautizado sufre un poco por mi culpa. A través de la mortificación, puedo reparar por el daño causado al Cuerpo Místico de Cristo.

Con todo, no es ésta la única razón para hacer penitencia. Aun en el caso de que mi vida hubiera sido totalmente impecable, mi amor por Jesús me urgiría a hacer penitencia. Si quiero a Jesús, amaré a los que le son queridos..., a cada alma por la que Él ha muerto. La salvación de otros será importante para mí por ser tan importante para mi Señor. Otros necesitarían mi penitencia, aunque yo no la necesitara. Frecuentemente, esos otros no se dan cuenta de su necesidad de penitencia; o, lo que es peor, no les importa. Por designio de Dios, mi penitencia puede sustituir su falta de ella. Mis oraciones y mortificaciones pueden ser las que abran su corazón a la gracia de Dios.

Es, al tiempo, un privilegio y una obligación que Jesús ha convenido conmigo: el privilegio y la obligación de participar con Él en su obra de redención. El papa Pío XII, en su encíclica sobre el Cuerpo Místico, nos dice: «Muriendo en la Cruz, Cristo dejó a su Iglesia el inmenso tesoro de la Redención, a la cual Ella en nada había contribuido. Pero cuando esas gracias van a ser distribuidas, no sólo comparte la obra de la santificación con su Iglesia, sino que quiere que -en cierta forma-la santificación provenga de la Iglesia. Es éste un misterio profundo..., el que la salvación de muchos dependa de las oraciones y de las penitencias voluntarias que los miembros del Cuerpo Místico ofrezcan por esta intención».

Con este pensamiento ante mí, no desdeñaré la mortificación aunque pudiera honradamente decir -y ¿quién puede?- «no necesito hacer penitencia». Una fila sin fin de hermanos y hermanas se pierde en la distancia; hermanos y hermanas cuya salvación depende del dolor que soporte por ellos. La salvación de una persona que no haya visto nunca puede llevarse a cabo si yo soy capaz de negarme a mí mismo.

Además, yo me acercaré más a Dios al hacerlo. Hay una gratificación, en el orden natural, que nos viene a través de la mortificación: crecemos en madurez emocional. Una persona que es emocionalmente madura («bien formada», dicen los psicólogos) dirige su vida por la razón más que por la emoción. El control emocional se adquiere disciplinando nuestros impulsos, y no hay práctica mejor calculada para disciplinar nuestros impulsos que la práctica de la mortificación. Todos nos hemos encontrado con una persona emocionalmente inmadura. «Nunca creció», hemos dicho resignados. La persona que evita toda negación de sí misma es -invariablemente-una persona emocionalmente inmadura.

Incidentalmente, es a esto a lo que nos referimos cuando decimos que el negarse a uno mismo fortalece la voluntad. De hecho, la voluntad no es un músculo que pueda ser endurecido mediante flexiones. Nuestra voluntad es una facultad de nuestra alma espiritual y sólo puede ser fortalecida por la gracia. Cuando hablamos de fortalecer la voluntad, en realidad nos referimos a debilitar el impulso, que fácilmente puede llevar a la voluntad a decisiones necias. Muchos pecados se pueden atribuir a un impulso incontrolado. En la negación de uno mismo tenemos un excelente antídoto para la tentación y un poderoso preventivo del pecado.

Por amor a Cristo, pues, y por amor a nuestra propia alma debemos practicar la mortificación. Es bueno también volver a examinar nuestro programa personal de negación de nosotros mismos. Si tendemos a pensar siempre en la penitencia en términos de dificultad física, quizá tengamos que corregir nuestro sentido de la proporción. La mortificación interior es mucho más importante -y normalmente más difícil- que la penitencia externa.

Un hombre de mucho temperamento, por ejemplo, hará mejor en abstenerse de las «explosiones» de su carácter que en dejar de gastar bromas. Una mujer chismosa ganará más mérito en un solo día libre de comentarios que falten a la caridad que en

muchas semanas de comidas sin postre. Una persona cristiana agradecerá más a Dios reprimiendo su capacidad de encontrar fallos en los demás que tomando su café sin azúcar. Alguna mortificación externa es necesaria para todos, con tal de que no descuidemos la autodisciplina interior, más esencial.

No pasemos tampoco por alto las maravillosas oportunidades que las inevitables contradicciones nos brindan: el fuerte dolor de cabeza, la bronca del jefe, el neumático pinchado, las patatas quemadas, el mal tiempo. Aceptados sin queja y en unión con los sufrimientos de Cristo, cada pequeño dolor y contradicción puede convertirse en una preciosa fuente de méritos.

Volviendo a las penitencias exteriores y voluntarias, recordemos que una pequeña victoria es mejor que una gran derrota. Hemos tenido ocasión de ver al fumador empedernido que deja definitivamente los pitillos el miércoles de ceniza para volverlos a encender el día siguiente. La excusa con la que se conforma es: «Bueno, lo he intentado; lo que pasa es que no tengo fuerza de voluntad». Haría mejor en decidir: «No me fumaré ningún día el pitillo de después del desayuno».

Será una pequeña penitencia, pero posible y efectiva. Hemos tenido ocasión de ver también al bebedor que renuncia a la bebida durante la Cuaresma, para emborracharse el Domingo de Pascua. Habría hecho mejor en limitarse -en Cuaresma- a una cerveza o un whisky antes de comer y otra antes de cenar y privarse de la orgía pascual. (No estoy hablando aquí del alcohólico, para quien la total abstinencia es la única moderación posible.) Para el goloso, sería preferible quedarse sin postre un día a la semana que olvidar los dulces completamente para volver a empezar -poco a poco- a defraudar al Señor.

Dios quiere para nosotros un cierto grado de penitencia durante todo el año. Un pequeño éxito nos llevará a otro. Creceremos en fortaleza. Y Dios, que no nos pide más de lo que somos capaces, bendicirá con nuevas gracias nuestra buena voluntad evidente.

2

Hace cincuenta años había menos adelantos, pero la vida era más sencilla. La práctica de la virtud del desprendimiento era más fácil. No había grandes avenidas comerciales que provocaran urgentes demandas y necesidades artificiales. Los anuncios estaban prácticamente reducidos a decir dónde y a qué precio se podía comprar un determinado producto. Los visibles anuncios de medicina eran los únicos de gran tamaño tolerados.

Parece significativo que una constante subida del número de divorcios haya acompañado el alza de las ventas a plazos. La experiencia de los consejeros matrimoniales demuestra que la única causa de la mayor parte de los conflictos matrimoniales son las dificultades económicas. La tragedia es que tales dificultades son casi inventadas. La pobreza ha disminuido, pero la demanda ha subido. Si los ingresos se han incrementado, la ambición lo ha hecho en mucha mayor medida. Una progresión de pagos a plazos puede ser la causa de una rápida destrucción de la paz y felicidad familiares.

Gran parte de nuestra ambición tiene sus raíces en la pereza. Potentes máquinas de segar césped, cocinas y lavadoras automáticas, televisores de control remoto, puertas de garaje con célula fotoeléctrica: estas cosas ahorran tiempo y energía. La cuestión -de todas maneras- es si estamos utilizando nuestro agobio de tiempo y nuestra energía en algo constructivo y creativo; si estamos enriqueciendo nuestras vidas con un servicio mayor a Dios y al prójimo.

El orgullo puede llevar a la ambición tanto como la pereza. La nuestra es la era

del símbolo del «status». Un buen abrigo de lana abriga tanto como uno de visón, pero no es símbolo tan evidente -aunque sea falso- de riqueza. No se pescan más peces en un yate que en una lancha fueraborda, pero el yate satisface a su dueño mucho más. Una vivienda confortable puede encontrarse en una zona antigua, pero «un buen barrio» también es importante. ¿Quién puede resistir la tentación de una «casa de gran elegancia en una comunidad muy restringida»?

La publicidad moderna basa cada vez más su poder de atracción en presentar algo como «snob». Esto nos mueve a preguntarnos por qué estamos tan ansiosos de parecer mejores que nuestros amigos y vecinos, tan ansiosos de hacer que los demás sientan envidia. Quizá nos estamos sometiendo al simple orgullo.

Ciertamente, no somos coherentes con nuestra vocación de cristianos si nos dejamos llevar por la ola de consumo que arrastra a nuestro alrededor. Bienaventurados los que conservan su libertad de hijos de Dios y se niegan a ser esclavizados por *las cosas*. Bienaventurados los que se contentan con el confort y la comodidad ordinarios de la vida y no se sienten apremiados a poseer lo mejor o lo último. Bienaventurados los que encuentran su mejor placer en el amor mutuo a la familia y a los amigos y no sienten necesidad de ser superiores (o pretender serlo). La paz reina en la casa que está gobernada por el desprendimiento de las cosas materiales.

Tres veces bienaventurados los que reprimen su apetito de cosas superfluas, para poder así tener más que compartir con los menos afortunados. «No tengo derecho a tener dos abrigos si mi prójimo no tiene ninguno»; no sé qué santo dijo esto, pero es un principio cristiano que necesita hoy ser reafirmado.

El desprendimiento, o la pobreza de espíritu, es la virtud por la que vemos todas las cosas creadas en relación a Dios. Todo lo que contribuye a acercarnos más a Él -es decir, al cumplimiento de su voluntad- es bueno. Todo lo que sea un obstáculo para ese acercamiento es malo. El término «cosas creadas» comprende algo más que las posesiones materiales. Se refiere también a las personas. Es posible, por ejemplo, cultivar una amistad que nos aparte de Dios o que nos debilite espiritualmente. «Cosas» incluiría, asimismo, al trabajo y al descanso. Un hombre o una mujer pueden estar tan metidos en un trabajo, un deporte o un «hobby», que le lleve a descuidar sus responsabilidades familiares y sus deberes religiosos.

Hay muy pocas cosas que, por su naturaleza, sean buenas o malas. Ordinariamente, es el uso que hacemos de ellas lo que determina su calificación moral. El ideal sería que todas las cosas de la vida tuvieran a Dios como último fin. El propósito de nuestro descanso, por ejemplo, debe ser el refrescar nuestra mente y nuestro cuerpo para mantenernos en condiciones de cumplir con nuestra vocación y hacer la voluntad de Dios. No necesitamos darnos cuenta de este propósito cada vez que planeamos alguna diversión o experimentamos algún placer, pero éste debe ser el motivo que habitualmente nos mueva. Cualquier placer que vaya en contra de este propósito será, simplemente, equivocado.

De todas formas, nos encontramos continuamente con elecciones en las que el uso o no-uso de determinadas cosas parece indiferente. Nuestra decisión no será beneficiosa ni dañina para nosotros ni para los demás. En esos casos somos libres de hacer lo que prefiramos. Todo lo que Dios ha hecho es bueno, y a Dios le gusta que disfrutemos de sus dones creados. El apreciar la bondad de Dios y agradecerla es parte del honor que le damos.

En la práctica del desprendimiento es importante que nos guíe la virtud de la prudencia. A una persona imprudente, aunque tenga buena voluntad, la práctica del desprendimiento puede llevarla a consecuencias funestas. A modo de ilustración, puedo citar a un matrimonio católico que conocí, una pareja con ideales excepcionalmente

altos. Pensaban que no vivían la verdadera pobreza de espíritu si tenían una televisión en su casa. A consecuencia de esto, sus hijos pasaban la mayor parte de su tiempo libre en casa de sus amigos, viendo la televisión. La preocupación de esta pareja es admirable, pero hubieran sido más prudentes teniendo a sus hijos viendo la televisión en casa, bajo la supervisión de los padres.

Junto con la imprudencia, existe otro peligro al que nos exponemos cuando intentamos crecer en esta virtud: es la tentación de considerarnos el modelo de nuestro prójimo. Hemos adquirido un cierto grado de humildad. Quizá hemos dejado el tabaco, o el alcohol, o alguna otra compensación o lujo. Nos sentimos tentados, por ello, a mirar con piedad, si no con desprecio, a los que son menos ascetas que nosotros. Podemos incluso tratar de imponerles nuestras propias reglas.

Resulta evidente que el desprendimiento deja de ser una virtud si da muerte a la humildad y a la caridad fraterna; sin darnos cuenta, hemos dado con una diferencia característica entre un verdadero santo y un pseudo-santo. El verdadero santo, duro consigo mismo, siempre es comprensivo y paciente con la debilidad de los demás. El pseudo-santo, en cambio, exige de los demás y los critica. El amor de Dios nunca lleva a ofender al prójimo.

El desprendimiento es eso: muestra de nuestro amor de Dios; así de simple. Manifiesta un amor de Dios que va más allá del mínimo que supone abstenerse del pecado grave. Cuando crecemos en amor de Dios, crecemos necesariamente en espíritu de desprendimiento. «Lo que Dios quiere es lo que yo quiero. Todo lo demás está en segundo lugar.» Ésa es la actitud que hay detrás de todo desprendimiento.

Como la mortificación, el desprendimiento es una virtud para practicar en todo tiempo. Unos pocos minutos de serena reflexión con nuestra mirada en el crucifijo pueden hacer que nos sintamos avergonzados de la escala de valores que nos hemos construido. Pueden incluso llevarnos a renovar nuestra lista personal de deseos y objetivos.

3

Tal vez tú seas uno de los afortunados. Tu vida está libre de presión y de tensiones. Las circunstancias te han llevado a flotar en un entorno sin contradicciones. Tienes una personalidad excepcionalmente atractiva. La gente te cae bien y tú caes bien a todos los que te conocen. Siempre quedas bien como invitado en las relaciones sociales. Aun así, no dependes de dichas actividades. Combinas un temperamento plácido con una mente activa e inquisidora. Eres capaz de pasar una tarde tranquila en casa con un buen libro o un álbum de música clásica, disfrutando cada minuto de ellos. Tu trabajo es intenso e interesante. Te llevas bien con tus compañeros de trabajo y ellos saben cooperar contigo.

Si estás casado, has sido bendecido con una solícita y comprensiva esposa. Tu mujer (o marido) es una persona sin rastro de orgullo, capaz de servirte en cualquier momento. Parece que tus hijos han nacido libres del pecado original, por lo listos y obedientes que son. Sus profesores se maravillan de su inteligencia y ejemplar conducta. Aparte de algún catan-o ocasional, no recuerdas haber visto en tu casa la enfermedad. Los ingresos familiares son más que adecuados. No tienes deudas, sino dinero en el Banco.

«¡Parece un sueño!» dirás, y con razón; la persona que he estado describiendo sólo existe en alguna de las novelas románticas -pasadas de moda- o de las más «dulces» producciones de Hollywood. Aunque todos nosotros tengamos mucho que agradecer a Dios, nadie puede vivir mucho tiempo en la tierra sin experimentar su parte

de contradicción. Habrá contradicciones, angustias, dolor, pena y -en ocasiones- golpes que nos tambalearán. Aunque fuéramos perfectos -una ficción absurda-, tendríamos que convivir y trabajar con personas que no lo son.

Podemos esperar, por tanto, un cierto número de bofetadas en la vida. Si tenemos que mantener nuestro equilibrio emocional y nuestro sentido de orientación -bofetada tras bofetada- necesitamos un sólido estabilizador y guía. Los aviones modernos están equipados con un piloto automático. El centro de esa ayuda es un giroscopio, una aguja siempre vertical. El giroscopio puede sentir la más mínima desviación de rumbo e inmediatamente poner en movimiento las necesarias medidas correctoras. Nosotros también tenemos un giroscopio para nuestro progreso en la vida, y sería propio de locos el no utilizarlo. Nuestro giroscopio espiritual es la práctica conocida con el nombre de abandono en la voluntad de Dios. Abandono significa que, sin ninguna evasión o compromiso, con la mayor sinceridad y el 100 por 100 de entrega, identificamos nuestra voluntad con la de Dios: lo que Él quiere, lo queremos nosotros también. Nada más nos importa; sólo que su voluntad se haga.

Este abandono sólo puede crecer a partir de ciertas convicciones básicas. La primera es que Dios es infinitamente sabio. Sabe siempre lo que es mejor, incluyendo lo que es mejor *para mí*. La segunda convicción es que Dios es infinitamente poderoso. No hay nada que no pueda hacer ni nada que suceda sin su consentimiento. La tercera y más importante convicción es que Dios me ama. Me ama personalmente como individuo, por lo que podemos decir que su amor es ansioso y posesivo.

Comparativamente, es fácil aceptar estas verdades a un nivel teórico; como católicos tenemos que aceptarlas, si no queremos incurrir en herejía. Ahora bien, dar cabida en nuestra mente a estas verdades no es lo mismo que tenerlas por convicciones personales e inamovibles. Para adquirir ese abandono, esos principios deben penetrar «hasta los tuétanos». Debemos *sentirlos* de la misma forma que los creemos.

El principio que solemos encontrar más difícil de digerir es la realidad del amor personal de Dios por cada uno de nosotros. Hay que admitir que la magnitud del amor infinito es difícil de alcanzar por nuestras mentes, a pesar de lo que Jesús aseguró: «¿No se venden dos pajarillos por un as? Y ni uno solo cae a tierra sin el permiso de nuestro Padre... Por tanto, no temáis; vosotros valéis más que muchos pajarillos». (Mt 10, 29-31).

Pienso que hay cerca de 5.000 millones de personas en el mundo. Yo soy un puntito en un diminuto planeta del gran universo de planetas y estrellas. Mi mente humana casi se rebela ante la idea de que estoy tan íntimamente presente en la idea de Dios, de que soy el objeto tan exclusivo de su atención y de su amor como si fuera la única criatura que Él hubiera creado.

Conociéndome como soy, con mi propia pequeñez, tanto amor por parte de Dios parece ridículo -y es ridículo desde el punto de vista humano: no podríamos creerlo si Dios no nos diera la gracia para ello-. Con todo, tenemos la tendencia a tapar, a no tener en cuenta esa verdad que profesamos creer.

«Sí -decimos a la hora de la tentación-. Sé que Dios dice (o «que la Iglesia dice» o «que el cura dice») que esto está mal, pero no queda otra salida. Sé muy bien que esto es un pecado, pero no me queda más remedio que hacerlo. Tendría que pagar un precio demasiado caro para hacer cualquier otra cosa.» En realidad, lo que estamos diciendo es que -cuando las cosas van mal- no confiamos totalmente en el cuidado y en el amor de Dios. Estamos suponiendo que Dios está deseando contemplar indiferente desde arriba cómo nos trituramos por hacer su voluntad. O, quizá, no creemos realmente que Dios es infinitamente sabio. En este caso, pensamos que sabemos qué es lo que más conviene mejor que el mismo Dios. Debemos hacer las cosas a nuestra manera y no a la suya. Y

así, como el hombre que se salta la barrera de un paso a nivel, nos llevamos a nuestra propia destrucción.

En otras ocasiones, nuestra falta de confianza en Dios toma la forma de autocompasión, o tal vez incluso de desesperanza. Sufrimos una gran pérdida o dolor o fallo. «Si Dios me ama, ¿cómo ha podido permitir que esto me suceda?», nos preguntamos. «¿Cómo puede salir algo bueno de esto, para mí o para otro? ¡No tiene sentido!» Aunque nos rebelamos, el compasivo amor que Dios tiene por nosotros nos acoge, su brazo nos rodea y nos sostiene.

Ya que la idea del íntimo amor y cuidado de Dios para cada uno de nosotros nos parece tan fantástica, tenemos que recordárnosla con frecuencia. Necesitamos pedir, también con frecuencia, la gracia de superar nuestra incredulidad, nuestra lentitud para comprender, nuestra falta de confianza. Nuestro propósito debe ser darnos cuenta de una manera viva, hasta las puntas de los pies, de que Dios sabe más siempre; y de que Dios *me* ama con un amor insaciable. Entonces estaremos dispuestos para lanzarnos sin reservas a sus brazos. Estaremos preparados para abandonarnos a su voluntad.

Abandonarse a la voluntad de Dios no significa tener una actitud pasiva. No es que tengamos que evitar toda iniciativa, para dejarnos llevar como un tronco por la corriente del río. Dios nos ha otorgado los dones de la inteligencia y la voluntad. Quiere que los utilicemos; quiere que seamos capaces de pensar, de tomar decisiones a la luz de la razón que El nos ha dado. La única restricción es que todo lo que hagamos lo midamos con la medida de la voluntad de Dios. La gracia orientadora de Dios, invisible e insensible, se pondrá en marcha.

Algunas veces, la voluntad de Dios no parecerá clara. No podemos estar seguros de qué preferirá en esas circunstancias determinadas; nos vemos obligados a depender de nuestra sabiduría humana para decidir. Pues bien, aun en esos casos, nuestra decisión será la acertada. Dios lo quería, puesto que hemos abandonado nuestra voluntad en la suya. Aunque si la juzgamos con criterios humanos, esa decisión se muestra como errónea, seguirá siendo la acertada desde el punto de vista de Dios. Seguirá siendo la mejor elección a largo plazo, si bien es posible que tengamos que esperar a la eternidad para descubrir el por qué y el cómo.

«Tómame, Dios, y úsame como veas que debes. Ayúdame siempre a hacer Tu voluntad. Alegría o dolor, salud o enfermedad, éxito o fracaso..., no me dan miedo mientras haga Tu voluntad. Sé que nunca me pedirás nada que esté por encima de mis fuerzas. Y si me pongo testarudo, Señor, por favor, haz que cumpla Tu voluntad, la quiera o no. No te pido conocerla siempre. No te pido la gracia de resignarme o la de escogerla voluntariamente. Sólo que Tu voluntad se haga, Dios bendito; nada más importa.»

Cuando podemos rezar de esta forma, sabiendo lo que decimos con todo nuestro corazón, hemos alcanzado la meta del abandono. Hemos aprendido el secreto para tener paz interior en medio del alboroto exterior. Estamos en el camino hacia la vida confiada, constructiva y feliz. Sabemos que no podemos perder, si estamos en las manos de Dios.

III. La fe es la base

I

Si tienes una vocación profesional o que requiera conocimientos especializados necesitas antes llevar a cabo la práctica necesaria. El entrenamiento especializado lleva consigo tiempo y esfuerzo. E, incluso con tiempo y esfuerzo, muchos encuentran el

camino demasiado duro y lo dejan. En muchos de esos casos, el que abandona no tenía el talento necesario para lo que intentaba. Sin destreza manual, por ejemplo, no se puede ser un buen taquígrafo ni un buen cirujano.

Hay una vocación a la que todos debemos aspirar, a la que Dios nos ha llamado: la vocación a la santidad. Ésta lleva consigo un entrenamiento que dura toda la vida. La muerte es la licenciatura; sólo entonces se nos entregará el título.

Tenemos una gran ventaja, de la que con frecuencia carecen los que hacen una carrera profesional: contamos de antemano con el talento necesario. Dios nos ha dado las aptitudes requeridas. Sabemos que, mientras esté vivo nuestro empeño, no nos detendremos. No hay fundamento para el desánimo. No hay excusa para el fallo.

Fue en el bautismo cuando Dios nos dio las aptitudes necesarias para ser santos. En el momento del bautismo, Dios infundió en nuestra alma las tres grandes virtudes: la fe, la esperanza y la caridad. El don de Dios de esas virtudes es una muestra de lo que nos ama. Está tan ansioso (hablando en términos humanos) por tenernos con Él en el Cielo, que nos hace el camino lo más seguro posible. No nos deja, en nuestra lucha por acercarnos a Él, a merced de nuestra capacidad meramente humana para la fe, la esperanza y la caridad; nos proporciona una ayuda sobrenatural para la práctica de estas virtudes, para llevarnos hacia Él con mayor seguridad.

La palabra griega *Theos* significa Dios; de ahí que la fe, la esperanza y la caridad se llamen virtudes *teologales*. Su objeto inmediato es Dios mismo: creer en Dios, confiar en Dios, amar a Dios. Otras virtudes, llamadas morales, tienen objetos intermedios. Virtudes tales como la justicia, la sinceridad y la castidad, por ejemplo, se refieren al prójimo y a nosotros mismos.

Una virtud se define como «el hábito que perfecciona las potencias del alma y nos inclina a hacer el bien». Una descripción más simple de una virtud sería decir que es un talento espiritual.

Un talento natural, como, por ejemplo, el talento para la música y el arte, es un conocimiento innato. Un talento así no le hace a uno músico o artista necesariamente. Una persona puede nacer con un gran talento artístico, pero si no recibe lecciones de arte y no coge nunca un pincel en sus manos, su talento permanecerá oculto e inútil.

De modo similar, los talentos espirituales que Dios infunde en el bautismo pueden ser inútiles. Habiendo sido bautizados, tenemos una capacidad sobrenatural para creer en Dios y en sus enseñanzas, para confiar en sus promesas y para amarle. De todas formas, si no recibimos nunca una formación religiosa, nuestro talento para creer sería irreconocible e inútil. Como la esperanza y la caridad se apoyan en la fe, estas virtudes quedarían, asimismo, sin cultivar.

2

Si alguien te preguntase: «¿qué es lo más valioso que posees?», ¿le contestarías, sin un instante de duda: «mi fe católica»? Ésa debería ser tu respuesta. Nada de lo que tienes -familia, amigos, salud o posesiones materiales-puede compararse en valor, ni de lejos, con tu fe religiosa.

La fe es el fundamento más profundo de tu vida espiritual. La fe es la que da sentido a toda tu existencia. La fe es tu pasaporte para el Cielo.

Sin la fe, cierto y erróneo son palabras vacías. La moralidad es un asunto de conveniencia. El sufrimiento es un completo desastre. Santificarse es estúpido, y la más absoluta egolatría es el mayor objetivo que el hombre debe alcanzar.

Nosotros, que hemos sido católicos desde la infancia, tendemos a menospreciar nuestra fe. No habiendo sabido nunca lo que es vivir sin convicciones religiosas, la

damos por supuesta. Muchas veces, no agradecemos a Dios bastante su don más básico; no fortalecemos bastante nuestras creencias haciendo actos de fe explícitos. Podemos incluso ir descuidando su protección cada vez más y exponiéndola a peligros innecesarios.

En el bautismo, Dios infundió en nosotros la virtud de la fe. Esto significa que tenemos una capacidad especial, un talento sobrenatural para creer. No perderemos nuestra fe fácilmente. No la perderemos si no es por nuestra culpa.

Es prácticamente inevitable que nos veamos afectados por tentaciones contra la fe. Nuestra inteligencia, imperfecta y limitada, trata de rivalizar con las ilimitadas profundidades de Dios. Una hormiga, si tuviera inteligencia, podría entender más fácilmente el mundo de los seres humanos que nosotros la infinita magnitud divina. Si las creencias religiosas fuesen un conjunto de verdades evidentes por sí mismas, siempre en total armonía con cada una de las demás facetas del conocimiento y la experiencia humanos, no habría problemas con la fe; de hecho, ni siquiera existiría.

Por su misma definición, fe es creer en las verdades divinas por la autoridad de Dios, que nos las ha dado a conocer. Si esas verdades fueran demostrables, como lo es la verdad de que la línea recta es la distancia más corta entre dos puntos, no sería necesario invocar la autoridad de Dios. La fe no sería necesaria; no habría ningún mérito en ella ni tampoco recompensa alguna.

Sabemos, por tanto, que nos vamos a encontrar con tentaciones contra nuestra fe. (Si bien, como Arnold Lunn ha observado, las dificultades intelectuales de un creyente no son nada comparadas con las que acosan al que no tiene fe.) En cualquier caso, es importante que no incrementemos esas tentaciones corriendo riesgos innecesarios: una lectura imprudente, por ejemplo, puede amenazar fácilmente nuestra fe.

Los autores famosos, como los profesores universitarios, suelen tener una aureola de sabiduría que con frecuencia excede con mucho la realidad. Tendemos a supervalorar sus opiniones y afirmaciones. Así, leemos en un libro de un eminente «pensador» (o le escuchamos en clase), en un momento dado, dar por supuesto con seguridad que nadie que sea inteligente cree realmente hoy en día en «los dogmas, pasados de moda, de las mentes medievales». Interiormente nos sentimos dolidos por la acusación de falta de inteligencia, porque nosotros aún creemos en que Dios creó el universo y en que Jesucristo es Dios; empezamos a pensar si no estaremos equivocados.

Si nos exponemos deliberadamente a muchas de estas dudas a alto nivel, puede llegar el día en que sea demasiado tarde para volverse atrás. Podemos encontrarnos con que nuestra fe está destrozada y no es posible unir las piezas de nuevo. Es más probable que esto suceda si no nos preocupamos de buscar la respuesta a nuestras dificultades. Pero si tenemos la humildad de preguntar, cualquier sacerdote puede desarmar los sofismas que nos preocupan.

De una cosa podemos estar seguros: una fe que se cuida nunca se perderá. Sólo nuestra propia negligencia, sólo el ponerla en peligro sin necesidad, sólo nuestro orgullo intelectual o nuestro abuso de la gracia pueden arrebatar nos este inapreciable don.

3

Existe una diferencia entre la virtud de la fe y el acto de fe. La virtud, que es un estado de preparación para creer, fue infundida en nuestra alma en el bautismo. La mayoría de nosotros recibimos esta virtud siendo niños. Sin embargo, no pudimos ejercitarla hasta que llegamos a la edad de la razón. Sólo entonces aprendimos que existe un Dios que nos ha dado a conocer ciertas verdades; sólo entonces pudimos asentir libremente a las verdades divinas y decir, con todo su sentido: «creo».

Nadie puede hacer este acto de fe, si no es con la ayuda de Dios. Una persona puede prepararse para un acto de fe aprendiendo cosas acerca de Dios y de las verdades de la religión. Para el paso final, no obstante, en el que con toda nuestra mente y todo nuestro corazón aceptamos sin reservas a Dios y su revelación; para este paso final necesitamos la asistencia de Dios. Esta es la *gracia* de la fe, distinta de la virtud de la fe. Los que se convierten en su mayoría de edad recibieron primero la gracia de la fe y luego, en el bautismo, la virtud.

En cierta ocasión conocí a un no-creyente que decía: «si me uniera a alguna Iglesia, sería -desde luego- la católica. Todo parece muy razonable, pero, por algún motivo, no acabo de decidirme». Ésta es una persona en la que la totalidad de la gracia de la fe no ha penetrado todavía.

Puesto que la fe es un don de Dios, es algo que debe ser pedido. La persona que busca la fe, y que -con toda sinceridad- pide a Dios ese don, ciertamente lo obtendrá. Sin embargo, hay millones de personas que ni siquiera conocen la necesidad que tienen de la fe. Por nuestro amor a Cristo, una intención importante en nuestra oración diaria será «la conversión de los infieles».

Otra intención diaria será, asimismo, el crecimiento en la profundidad y fuerza de nuestra propia fe. La fe no es una actitud estática de la mente: o crece o se debilita o -en ocasiones- muere. Tenemos una particular necesidad de rezar cuando, como nos ocurre a la mayoría, nos vemos zarandeados por tentaciones contra la fe.

A menudo creemos que las tentaciones de fe surgen de escrúpulos intelectuales: oposiciones aparentes entre la religión y las creencias, por ejemplo, o dificultad para entender cómo puede estar Dios presente bajo la apariencia de pan. Estas tentaciones, sin embargo, son superadas fácilmente con la oración y -si fuera necesario- con el estudio.

Las tentaciones de fe que suelen ser de verdad perjudiciales son las que provienen de conflictos morales más que de dificultades doctrinales. Un hombre no pierde primero la fe por un problema doctrinal y luego se casa con una mujer divorciada; una mujer no pierde primero su fe y luego empieza a usar anticonceptivos. El orden cronológico es, con más frecuencia, el contrario.

Los hombres no podemos mantener un conflicto interior mucho tiempo. Cuando la mente y las emociones están en lucha, tenemos que establecer la paz de alguna forma. Cuando un hombre de fe se encuentra indeciso ante una acción pecaminosa, experimenta un doloroso estado conflictivo. La fe tira por un lado; el «yo», por otro.

El que padece esta situación puede restablecer su paz rápidamente renunciando al pecado, sin importar lo dolorosa que -por el momento- resulte esa renuncia. Si no está dispuesto a rechazar ese pecado posible o real, entonces es la fe la que cede. Empezará así a encontrar puntos que criticar en sus creencias religiosas; a construirse dificultades y a encontrar aparentes contradicciones. Por el momento, encontrará la paz que busca, pero una paz peculiar y funesta: ha perdido la fe. Ésta es la historia de la mayor parte de los apóstatas de la Iglesia.

No es preciso que estemos cercados por el pecado grave habitual. Sin embargo, cuando nos veamos amenazados por serias tentaciones contra nuestra fe, no estará de más hacer examen de conciencia con honestidad. Es posible que encontremos que es el egoísmo -en una u otra forma- la causa de las mismas.

4

Encontramos hoy una fuente de tentaciones de fe a la que nuestros antepasados no tuvieron que hacer frente: la inalcanzable frontera del conocimiento científico.

Cuando la tierra estaba considerada el centro del universo, con el Sol, la Luna y las estrellas girando alrededor de ella para nuestro servicio, era fácil creer en el gran interés de Dios por nosotros. Éramos seres importantes.

Ahora, en cambio, sabemos que la Tierra es un diminuto e insignificante planeta en la galaxia de soles y planetas conocida con el nombre de Vía Láctea. La Vía Láctea tiene millones de años luz de longitud; los astrónomos no se han puesto aún de acuerdo en cuántos. Recordemos que un año luz es la distancia que un rayo de luz recorrería en un año, yendo a una velocidad de 300.000 kilómetros por segundo. Un año-luz equivale, aproximadamente, a 10.000.000.000.000 de kilómetros y la Vía Láctea no es más que una de las incontables galaxias que se extienden a miles de millones de años-luz entre los desconocidos límites del espacio.

Además, puede haber vida en otros planetas. Pueden existir criaturas superiores a nosotros, en algún punto entre nosotros y los ángeles. Empezamos a pensar: «¿Es posible que el Poder infinito que ha creado todo eso pueda estar interesado en nosotros, pequeños microbios que se mueven en esta cabeza de alfiler que es nuestra Tierra? ¿Puede Dios haber tomado forma humana y convertirse en uno de nosotros?».

Esto es lo que podríamos llamar «orgullo invertido», un peculiar tipo de humildad. Nosotros, que juzgamos la importancia de las cosas por su número y medida, atribuimos a Dios nuestro modo de pensar. Ponemos en duda la revelación divina, porque no podemos concebir que Dios haya podido fijarse en nosotros, una raza insignificante originada en un diminuto fragmento enfriado y separado de una estrella.

Nos olvidamos de que esto es precisamente lo que la infinitud de Dios implica: Él no está limitado por el tiempo o el espacio, la medida o el número. No hubiera supuesto ningún esfuerzo excesivo para el poder infinito de Dios el crear este inconmensurable universo para poder producir este puntito de tierra que es nuestro planeta; una plataforma espacial para lanzar las almas a la eternidad. ¿Todo un universo para producir un mundo diminuto? ¿Un océano entero para producir una pequeña perla? Eso no hubiera desanimado a Dios en absoluto.

Es muy posible, desde luego, que Dios haya tenido otros planes para el universo. Puede haber almas en el cielo procedentes de otros mundos que se extinguieron hace mucho tiempo. Pueden existir ahora planetas habitados por criaturas inteligentes que nunca pecaron y no necesitan la redención. Puede haber otros planetas, aún formándose, destinados para ser ocupados dentro de miles de millones de años. No hay límite para lo que Dios haya hecho o pueda hacer. Sin duda tenemos algunas sorpresas reservadas para cuando, viendo a Dios cara a cara, veamos en Él todas las cosas.

Ante todo, seamos humildes. Pero no tratemos de cortar a Dios por nuestro patrón en nuestra humildad. Él puede haber creado otros seres para que le amen y proclamen sus maravillas. A pesar de todo, cien billones de ellos no lograrían distraer su atención y su amor infinito. No le maravilla la cantidad ni le confunden los números.

Ya pueden los astrónomos continuar investigando el universo; los físicos desintegrando el átomo; los paleontólogos y antropólogos tratando la historia humana desde hace millones de años; incluso pueden establecer que el cuerpo humano (no su alma) es el resultado de la evolución de un mono. Siempre seguirá siendo cierto que Dios amó tanto esta raza humana como para hacerse hombre y morir por nosotros.

Conociendo nuestra imperfección y pequeñez, tú y yo no podemos entender la predilección de Dios por nosotros. No es necesario que lo comprendamos. Es suficiente con que sepamos que así es, porque Dios ha dicho que así es; es suficiente que concedamos a Dios el derecho de hacer lo que quiera y como quiera. Nosotros, con audacia y agradecimiento, limitémonos a rezar el Credo.

La pérdida de la fe puede ser el resultado del orgullo intelectual o del pecado habitual; pero hay también otro peligro potencial que puede venir del sentimiento más que de la inteligencia o de los sentidos. Éste es el peligro con el que se enfrenta la persona que en su infancia tuvo malas relaciones con su padre. Cuando el padre ha sido un tipo frío y estricto, quizá incluso severo y dominador -incluso cruel-, el niño desarrollará, casi seguro, un sentimiento de hostilidad hacia él.

En muchos casos, el niño tiene miedo de admitir su sentimiento explícitamente. Limita su hostilidad al subconsciente y, a nivel consciente, asegura a todo el mundo -incluido él mismo- que quiere a su padre. Sin embargo, la hostilidad está presente. La hostilidad encubierta ejerce una fuerte presión sobre sus emociones.

Desgraciadamente, en su vida posterior, esta hostilidad se manifestará hacia todo aquel que represente la imagen de la paternidad. Dios, por su misma naturaleza, tiene imagen de padre. El adulto que interiormente tiene ese resentimiento puede sentir la tentación de transferirlo a Dios Padre. El peligro es más acuciante si la ley de Dios es una barrera para algo que desea hacer.

La persona puede dudar de rebelarse directamente contra Dios. No obstante, hay una figura paternal menos augusta y más cercana: el párroco. Una persona con una hostilidad reprimida hacia su padre encontrará extremadamente difícil establecer una relación amistosa con un sacerdote. Le criticará y se resistirá a sus peticiones y orientaciones. A menos de que el sacerdote posea un tacto excepcional, llegará el día en que el feligrés se enfrente abiertamente con su párroco, coronando su rebelión con el abandono de la Iglesia.

Es difícil encontrar una parroquia en el país que no tenga, por lo menos, un miembro que sea ex-católico porque «tuvo una pelea con el párroco». En ocasiones, el enfrentamiento no será abierto porque no ha habido contacto personal. El rebelde puede llegar a dejar la Misa y los Sacramentos con la excusa de que «no puedo tragar a ese hombre» (refiriéndose al párroco, por supuesto). Este católico alejado no se da cuenta de que está intentando saldar la deuda con su propio padre, «castigando» al sacerdote y, en última instancia, al mismo Dios.

Esto no significa que, por sentir una cierta actitud de resentimiento hacia un sacerdote determinado, padezcamos un acuciante problema emocional. Podemos sentirnos heridos con razón por un sacerdote. Aprovechando el progreso de la ciencia psicológica, los seminarios llevan a cabo un concienzudo esfuerzo para eliminar cualquier signo de inestabilidad emocional en los candidatos al sacerdocio. Una buena compostura personal y un cierto grado de prudencia están en los lugares más altos de la lista de requisitos para la vocación sacerdotal. Con todo, ningún procedimiento da resultados exactos. En ocasiones, una persona de carácter inestable puede pasar por el tamiz.

Y aunque no fuera así, los sacerdotes somos humanos. Tenemos nuestros fallos, cometemos nuestra porción de faltas. No es sorprendente que a veces hagamos algo que ofenda a algún feligrés. Aparte de esto, pueden haber también caracteres que choquen: a veces ocurre que dos individuos, personas intachables tomadas a solas, sean incompatibles entre sí y cada uno encuentre al otro irritante.

Si nuestra fe tiene una base fuerte, no dejaremos que nuestros resentimientos -vengan de donde vengan- nos alejen de Dios. No «castigaremos» a Dios porque sentimos la tentación de enfadarnos con algún sacerdote. No «castigamos» a nuestro párroco porque nos recuerda someramente a nuestro padre. Si nuestra fe está fortalecida por la caridad, haremos por nuestro insoportable párroco lo que haríamos con cualquiera

que nos ha ofendido: rezaremos por él y le encomendaremos a la misericordia de Dios. Al mismo tiempo, seguimos cumpliendo felizmente con nuestros deberes religiosos. Sabemos que un sacerdote no es la Iglesia, ni mucho menos Dios.

IV. La esperanza es el estímulo

1

Estás seguro de que te vas a ir al cielo, ¿verdad? Debes sentirte seguro de alcanzar ese objetivo, porque la virtud teologal de la esperanza fue infundida en tu alma cuando fuiste bautizado. No empezaste a ejercitarla hasta que creciste lo suficiente para darte cuenta del amor que Dios te tiene. Aprendiste entonces que Dios te creó porque te quiere con Él en el Cielo; que Dios te ha prometido todas las gracias que necesites -a lo largo de tu vida- para ir al Paraíso; que Dios es Todopoderoso, que puede hacer todo lo que quiera; que Dios nunca deja de cumplir sus promesas: lo que dice que va a hacer, lo hace.

Probablemente no eras consciente de ningún método formal de razonamiento. Aun así, en un momento dado al principio de tu desarrollo espiritual, juntaste todas esas verdades e hiciste un acto de esperanza. Sabías entonces -como sabes ahora- que si haces las cosas todo lo bien que razonablemente puedes para cooperar con Dios, Él te conducirá seguro a través de todos los peligros, y te llevará con Él al Cielo.

Es fácil ver por qué un acto de esperanza es también un acto de adoración, por qué por medio de la esperanza reconocemos la bondad infinita de Dios, su poder infinito y su absoluta fidelidad. A nivel de conversación, podemos ver por qué la desesperanza es un pecado tan grave. La desesperanza (o incluso la ansiedad injustificada) pone en duda el poder de Dios -su capacidad de ayudarnos a superar las tentaciones- o que merezca la pena confiar en Él. Y, lo que es peor, la desesperanza pone en duda el amor de Dios: si en realidad se preocupa de nuestras cosas.

Podemos no ir al Cielo, por supuesto. Pero, si no vamos, será porque no habremos utilizado la gracia de Dios; porque no lo habremos intentado de verdad. La única incertidumbre que puede haber es la de nuestra propia perseverancia. Es bueno tener una sana desconfianza en nosotros mismos y en nuestras propias fuerzas. Seríamos idiotas si nos creyéramos impecables. A pesar de todo, la desconfianza en nosotros mismos se ve compensada sobradamente por la confianza en Dios. Quiere que vayamos al Cielo mucho más que nosotros mismos podamos desearlo. Salvo coartarnos nuestra libre voluntad, no hay nada que Dios no vaya a hacer para llevamos al Paraíso.

No es corriente que una persona pique por desesperanza. No es corriente que una persona diga: «Estoy perdido. No tengo posibilidades de ir al Cielo». Es menos corriente todavía el que una persona mantenga dudas injustificadas sobre su salvación. Estas situaciones espirituales existen, pero suelen ser síntomas de enfermedad mental o emocional. El pensamiento racional está bloqueado y seriamente perturbado en esos estados y, en tal situación de depresión involuntaria, el paciente no es culpable de pecar.

Los pecados contra la virtud de la esperanza suelen ser de presunción más que de desesperanza. La presunción se da cuando queremos que Dios ponga no sólo su parte para llevamos al Cielo, sino también la nuestra. En sentido figurado, pretendemos retorcer el brazo de Dios, obligándole a que nos dé gracias a las que no tenemos derecho.

Podemos estar descuidando la oración; podemos estar descuidando los sacramentos; podemos estar exponiéndonos a la tentación innecesariamente; podemos

estar leyendo libros que no debiéramos leer; cultivando amistades (duna persona divorciada quizá?) que sólo pueden traernos peligros. Cuando surja el pecado -como ha de suceder inevitablemente en esas circunstancias- nos diremos que Dios es bueno, que entiende nuestra flaqueza, que no nos abandonará. Lo que realmente estamos diciendo, en este caso, es que a Dios no le preocupa si le queremos o no; que Dios nos aceptará con cualquier condición, incluso con las que nosotros le pongamos. En pocas palabras: estamos diciendo que Dios es tonto. Este es el pecado de presunción.

Si Dios tuviera que elegir, preferiría, sin duda, que esperásemos demasiado de Él, antes que no tener en Él ninguna confianza. Sin embargo, la regla de oro de la esperanza -«seguros, pero no presuntuosos»- debe ser nuestro punto de mira y nuestra práctica. Tendremos fallos. Espiritualmente, podremos perder el tiempo, hacernos los remolones, tropezar e incluso caer. Si caemos doce veces, otras tantas cogeremos la mano que Dios nos tiende y nos volveremos a levantar. No nos rendiremos. Esto es lo importante: no nos rendiremos. Seguiremos intentándolo. Haremos lo mejor que podamos y confiaremos en que Dios nos conducirá seguros a la meta de nuestro zigzagueante sendero. Lo hará.

2

Resulta extraño que muchos de nosotros mostremos tan poco afán por ir al Cielo. Todos tenemos un gran deseo de ser felices. Estamos pendientes con mucha anticipación de las vacaciones que se acercan, en las que, liberados durante un cierto tiempo de la monótona rutina, podamos «divertirnos un poco». El pensamiento del Cielo, en comparación, nos deja impasibles. No experimentamos nin guna sensación de placentera felicidad ante la visión de lo que nos espera tras la muerte.

Una de las razones de esta actitud impasible hacia las alegrías del Cielo es el hecho de que para estar en él hay que haber muerto antes. Para muchos de nosotros, además, la muerte será precedida por el sufrimiento. Nuestras mentes están tan preocupadas con la idea del sufrimiento y la muerte, que parecemos incapaces de levantar la vista para ver lo que viene después. El sufrimiento y la muerte son el polvo de la ventana, que empaña la visión del mundo maravilloso que hay fuera de nuestra destartalada vivienda actual.

No es deshonoroso que nos asuste enfrentamos con la muerte. Dios ha querido que sea así. Si la muerte fuese demasiado atractiva, podríamos no tener el debido cuidado con nuestra vida y nuestra salud; podríamos exponernos con demasiada facilidad a peligros físicos. Nuestra aversión a la muerte es el mecanismo constructivo mediante el cual Dios se asegura de que alcanzaremos el número de años que ha dispuesto para nosotros. En pocas palabras, el instinto de auto-conservación.

Con todo, y a pesar de nuestra repugnancia por la muerte, da la impresión de que el Cielo debería ejercer sobre nosotros una atracción mayor que la que ejerce. Pero esto no puede ocurrir a menos que obliguemos a nuestra mente a traspasar el horrible espectro de la muerte, a menos que meditemos con frecuencia sobre el futuro sublime que nos espera.

No podemos, por supuesto, llegar en esta vida a conocer lo que el Cielo es. La intensidad de la felicidad que allí se alcanza está tan por encima de nuestra imaginación, que ni siquiera Dios puede hacer comprender a nuestras limitadas mentes la naturaleza de la bienaventuranza que nos tiene preparada. Si un publicista tuviera que inventar un eslogan, para el Cielo, bien podría ser éste: «Hay que verlo para apreciarlo». Una madre podría explicar mejor a un niño de cinco años la naturaleza de la felicidad conyugal, que Dios la felicidad del Cielo a nosotros.

No somos tan ingenuos como para pensar que el Cielo es un parque bonito y tranquilo en el que nos sentaremos cómodamente y charlaremos con nuestros parientes y amigos, por el que Dios se paseará de vez en cuando para saludarnos inclinando la cabeza con un gesto de aprobación. Pero ¿hemos intentado alguna vez imaginar, aunque sea vagamente, lo que pueda ser el caer en el torrente impetuoso del amor de Dios por nosotros, una vez disuelta la barrera de la carne? ¿Hemos tratado de entender lo que significa encontrarse en una explosión de amor, cuando con ojos ilimitados se percibe al que es infinitamente bueno e infinitamente amable?

En esta vida encontramos la felicidad más grande en compañía de la gente que queremos y que nos quiere. Pero nunca hemos conocido un amor tan grande y, por lo tanto, una felicidad tan inmensa como aquella que, sin sepa ramos de ellos -sino todo lo contrario-, nos lleve a poseer a Dios y a que Él nos posea a nosotros. Sí, veremos a nuestra familia y a nuestros amigos en el Cielo, nos gozaremos -de una manera en cierta forma inconsciente- de que estén con nosotros. Pero nosotros y ellos estaremos tan embebidos en la penetrante alegría de amar a Dios y de ser amados por Él, que tendremos poco tiempo de pensar en los demás.

Lo mejor de todo es que la felicidad del Cielo nunca puede desvanecerse ni disminuir. Sólo puede crecer y crecer y crecer por toda la eternidad. Y la eternidad - recordémoslo- no es un espacio muy largo de tiempo: es un único momento de exquisita evasión..., que no tiene fin. En el Cielo no existe la sucesión del tiempo. Si después de haber estado en el Cielo un billón de años, alguien nos preguntara cuánto tiempo llevábamos allí, nuestra respuesta sería: «¡Acabo de llegar!».

Es una lástima que no tomemos de nuestra fe en el Cielo la fuerza espiritual que deberíamos tomar. Las tentaciones perderían mucha fuerza y los problemas diarios, mucho peso, si pudiéramos darnos cuenta, siquiera mínimamente, de qué cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman.

3

¿Cuál de los atributos de Dios tienes más presente? La respuesta a esta pregunta revelará mucho sobre el tono habitual de tu vida interior.

Una persona, al pensar en Dios, puede dar énfasis al atributo de su infinita justicia. Verá a Dios en su papel de juez del hombre. La imagen que tenga de Dios se parecerá a la de un padre severo y exigente. En consecuencia, es probable que su vida interior tenga un trasfondo de ansiedad, o incluso de temor excesivo. No sólo se preocupa de las imperfecciones presentes, sino también de las faltas pasadas. «¿Puedo estar seguro -se pregunta- de que se me han perdonado? ¿Puedo estar seguro de que la ira de Dios se ha aplacado?» Paradójicamente, puede ser una persona virtuosa a pesar de su preocupación: a veces, los que menos tienen que temer de la justicia de Dios son los que más se preocupan por ella.

En cambio, hay otro tipo de personas que piensan siempre en Dios como infinitamente misericordioso; para éstos, Dios es el Dios de la compasión y de la ternura. He aquí otra paradoja: la persona que sólo enfoca la misericordia de Dios es con frecuencia laxa en su vida interior, o incluso adicta al pecado habitual. Se imagina a Dios como un padre indulgente meciendo a su hijo. Otorga a Dios una tolerancia sin límites, no sólo para la flaqueza humana, sino también para la pereza y la maldad. Tal imagen puede llegar a engendrar paz en la conciencia, pero una paz falsa, como la que pueda sentir una persona que, sin saberlo, esté inhalando gas de monóxido de carbono.

Otro tipo menos frecuente de personas es el que se obsesiona con el atributo divino de la omnisciencia. Para una persona así, el Dios que todo lo sabe no es tanto amoroso y protector como un superior dispuesto a contemplar cada movimiento con mirada crítica. En consecuencia, esa persona será nerviosa e indecisa en temas

espirituales y morales. Siempre consciente de la vigilancia apremiante y justiciera de Dios, tendrá miedo de que cada una de las cosas que hace sea equivocada. En su forma más extrema, este estado de ánimo se llama escrupulosidad.

El ideal sería que nuestra imagen de Dios fuera equilibrada. Dios es justo, sin duda; pero no hay que dejar que su justicia nos haga olvidar su misericordia. Sí, es misericordioso; pero la convicción de su misericordia no debe cerrar nuestros ojos a su justicia. Es un Dios que todo lo sabe, en cuya presencia vivimos y nos movemos; pero el cuidado que tiene de nosotros no es una actitud pesimista, que espera siempre lo peor. Dios vigila sobre nosotros sólo para defendernos, mantenernos y enseñarnos en nuestro crecimiento espiritual.

No es fácil mantener siempre un equilibrio perfecto en nuestra idea de Dios. De todas maneras, hay un atributo de Dios en el que nos podemos concentrar sin miedo a la exageración: su infinita bondad. Dios es bueno no sólo en el sentido de que es santo, sino también en el de que es bueno con nosotros. Es el Dios de la generosidad sin límites, cuyo celo por nuestros intereses no conoce reservas.

Muy pocos son capaces de valorar la bondad de Dios como se debe. Esto se manifiesta en el hecho de que la proporción de nuestras oraciones que dedicamos a dar gracias sea tan pequeña. Aunque pasáramos todo el día sin hacer nada más que decir «Gracias, Dios mío», no habríamos correspondido adecuadamente por todo lo que Dios ha hecho, hace y va a hacer por nosotros.

Párate un instante y echa una mirada atrás a tu vida. A medida que vas revisando los años, ¿no es cierto que descubres muchos momentos en los que la mano de Dios es claramente visible, aunque no lo fuera entonces? Quizá hubo una época de tentación, cuando fácilmente pudiste haberte encaminado a la ruina espiritual, e incluso podías haber acarreado la infelicidad a los que te querían. Parece un milagro que lograses sobrevivir a la tentación o que, de alguna manera, escapases a las consecuencias de tu pecado. Ciertamente fue un milagro, aunque entonces pudiera parecer un simple golpe de suerte.

Asimismo, en esa mirada retrospectiva quizá repares en una temporada de desánimo grande en tu vida: la muerte de un ser querido, la pérdida de un trabajo, una enfermedad grave o el fracaso de un plan deseado. Entonces Dios parecía lejano; dudabas incluso de que se preocupara de ti. Ahora, sin embargo, puedes ver el gran bien que ha surgido de ese aparente desastre. Dios estaba pendiente de ti, aunque tú pensases que te había olvidado.

Todos nosotros, si hemos dado a Dios alguna participación en nuestra vida, podemos volver la vista a esos períodos de gran crisis y ver en ellos la semilla de posteriores beneficios para nosotros mismos. Puede haber algún lector de esta página que esté pasando por alguna de esas crisis ahora mismo. Tal vez se sienta tentado de pensar que Dios le ha abandonado y no crea que pueda salir ningún bien de la agonía que está padeciendo. Pero Dios es bueno. Dios sí que se preocupa. Dios *está* en el tema. Dentro de cinco o diez o quince años podrás mirar atrás y decir: «Gracias, Señor. Reconozco que, para que mi bien fuera mayor, tuvo que pasar la oscura noche».

Nos es difícil de entender el hambre que Dios tiene de amarnos, la urgencia con que nos quiere con Él eternamente en el Cielo. No hay nada que no vaya a hacer para llevarnos seguros a Él, con tal de que nos abramos un poco, de que cooperemos en una mínima parte. Y a su bondad se unen su infinita sabiduría y poder. Sabe lo que es más eficaz para nuestro temperamento y flaquezas personales. Tiene poder sobre las circunstancias para que sus objetivos se cumplan.

Por cada gracia notable que nosotros, mirando hacia atrás, podamos reconocer, hay, desde luego, un millón de gracias menores, de las cuales no es capaz de alcanzar

nuestro entendimiento ni siquiera la décima parte. Como un huésped de suaves e invisibles dedos, las gracias constantes de Dios nos empujan hacia adelante. Sólo de vez en cuando notamos un empujón más fuerte y evidente que, dada la terca resistencia que oponemos, no puede ser puesto en duda.

Quizá nos haga mucha falta que, junto con nuestra oración de petición, abunden mucho más nuestras acciones de gracias y, sobre todo, los actos de esperanza.

V. El amor es el fruto

1

Sabemos que toda la vida interior puede resumirse en una sola frase: «Amar a Dios». Para eso nos ha creado: para que podamos amarle. Ésta es la única razón de nuestra existencia, lo que nos prepara para el éxtasis de la unión cara-a-cara con Él en el Cielo. Sin amor, un alma podría ir al mismo centro del Cielo y seguir estando en el infierno; podría estar rodeada de Dios, los Ángeles y los Santos, y no darse cuenta de su presencia. Un alma sin caridad es un alma sin visión sobrenatural, un alma completamente ciega.

Es una gracia que Dios haya infundido en nuestras almas la virtud de la caridad en el bautismo; que nos haya dado ese don para amarle. No es fácil amar a alguien a quien no hemos visto nunca; y esto es especialmente difícil cuando nuestro amor hacia un Dios invisible entra en conflicto con el deseo de un bien menor, pero visible. La realidad es que, sin la ayuda de Dios, seríamos incapaces de amarle.

Por otro lado, se nos presenta como un gran misterio el hecho de que nuestro amor signifique tanto para Dios. Si lo pensamos honradamente, tendremos que admitir que nuestro amor, incluso en sus mejores momentos, es muy imperfecto. Siempre hay una buena parte de interés propio, aun en nuestros amores más desinteresados: a la mujer, a los padres, a los hijos, a los hermanos. Puede ayudarnos a iluminar un poco este misterio el examen de lo que podríamos llamar la «anatomía» de nuestro amor de Dios.

Lo más importante que nos sucede al ser bautizados es que nos hacemos uno con Cristo; nos incorporamos a Cristo, sería la expresión teológica. Nos unimos a Cristo de una forma que nuestra mente humana no puede ni siquiera intuir. Cristo nos hace partícipes de su Espíritu, del Espíritu Santo, del Espíritu del amor divino. No hay ejemplo que pueda ser adecuado para ilustrar la naturaleza de nuestra unión con Jesús; el más cercano, al que podemos llegar por vía de paralelismo, es imaginarnos la intimidad de la unión que existiría entre dos personas que compartieran una única alma. De alguna forma, cada uno sería el otro. Algo similar ocurre después del bautismo: en cierto sentido, tú eres Cristo y Cristo es tú mismo.

Nuestra unión espiritual con Cristo, sin embargo, no destruye nuestra libertad personal: con nuestra cooperación hacemos posible que Jesús actúe en y a través de nosotros. Y así lo hace, especialísimamente, en nuestros actos de amor de Dios, que consisten simplemente en identificar nuestra voluntad con la suya: lo que Dios quiere es lo que nosotros queremos. Ese amor nuestro se muestra en nuestra obediencia a la Ley de Dios, una obediencia que supone el sacrificio de uno mismo.

Nuestra obediencia, acto de renuncia a nosotros mismos, crea un conducto sin obstáculos por el que el propio amor de Cristo puede ir, a través de nosotros, al Padre. Nuestro amor personal -aun el más grande- es ridículamente débil. Pero nuestro amor es transformado para convertirse en vehículo del amor de Dios. No somos nosotros los que

amamos a Dios; es Cristo el que, a través de nosotros, ama al Padre. Tantos millones de almas bautizadas en estado de gracia como hay, son como otros tantos prismas, a través de los cuales el amor infinito de Jesús se refracta hacia el Padre, con una variedad sin límites. El Espíritu Santo, el Espíritu de amor, fluye del Hijo al Padre de cien millones de formas diferentes. Y como el amor divino es un intercambio, el amor del Padre vuelve al Hijo con la misma diversidad. Amándonos a cada uno de nosotros, Dios puede amar, y ama de hecho, a su Hijo.

Por tanto, somos los instrumentos creados del amor de Dios. Somos agentes de ese comercio de amor infinito que para siempre ocupa al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Está claro que, cuanto más nos apartemos del yo, seremos agentes más efectivos. Cuanto más nos apartemos del pecado -no sólo mortal sino también venial-, cumpliremos con más perfección nuestra vocación de amar.

2

Dios nos ha hecho para amarle... por siempre. Toda la razón de ser de nuestra vida se contiene en esa vocación de amar. Comparados con esta vocación, todos los objetivos humanos caen en la mayor insignificancia.

A primera vista, puede parecernos que Dios es miserablemente mal pagado. Todo el mundo va de un lado a otro durante el día, ocupado en mil deberes e intereses. Los padres trabajan en una carrera contra reloj para mantener a sus familias; las madres sirven a las necesidades del marido y los hijos, sin distracción; hombres y mujeres solteros en colegios, oficinas y mercados tienen sus propias preocupaciones y tensiones. Sentimos la tentación de decir: «damos a Dios una parte muy pequeña de nuestro tiempo. Si Dios nos hizo para eso, su propósito no le está dando muy buen resultado».

Pero, si luego nos fijamos en la naturaleza de la caridad, nos daremos cuenta de que no se trata de pasar todo el día mirando al Cielo (o al Sagrario) y diciendo una y otra vez: «¡Dios mío, te quiero!». Deben hacerse actos explícitos de amor, sí; pero lo que principalmente espera Dios de nosotros es que le mostremos nuestro amor hacia Él cumpliendo con lo que nuestra naturaleza humana nos exige.

Eso significa -como mínimo- que respetemos la voluntad de Dios y vivamos nuestras vidas dentro de los límites de sus mandatos. Mejor dicho, significa que Dios debe ser el objeto de toda nuestra vida; aparte de todos los fines intermedios que nos proponamos, Dios debe ser el fin último de todas nuestras acciones.

En la práctica, esto consiste en tratar de cumplir lo mejor posible con las obligaciones que la vida nos ha impuesto. Si estamos unidos a Cristo por la gracia santificante, el amor de Dios se manifestará en nuestro esfuerzo por ser un buen padre, madre, prójimo, ciudadano o feligrés. Amaremos a Dios siendo un buen profesor, enfermera, secretaria, mecánico, comerciante, médico, abogado o político. Amaremos a Dios incluso en nuestro trato social y en nuestras diversiones.

En pocas palabras, amamos a Dios tratando de hacer buen uso de los talentos, grandes o pequeños, que Él nos ha otorgado. De alguna manera, las circunstancias de la vida nos han situado en un área de existencia y de actuación determinada que es exclusivamente nuestra. Esta área, por poco importante que pueda parecer, es la parcela particular de todo el panorama divino en la que Él quiere que trabajemos. O bien, cambiando el ejemplo, es nuestro «ritmo», que debemos llevar lo mejor que nuestra capacidad nos permita.

A medida que avanzamos en nuestro día, estamos llevando a cabo el plan de Dios para el mundo. Para Dios, éste es el séptimo día; Él está «descansando» y deja que nosotros continuemos (bajo su dirección) la obra de la Creación. No estamos pensando

conscientemente en Dios todo el tiempo más de lo que un hombre piensa explícitamente en su familia, cuando su mente está ocupada en el trabajo que le da el pan y la mantequilla. Con todo, cada nuevo día con Dios como nuestro fin último habla de nuestro amor hacia Él.

Puede parecernos que ejercemos una influencia ridículamente débil sobre el mundo. Podemos ver muy poca «creatividad» o importancia a gran nivel en lo que estamos haciendo. Sin embargo, esto no debe preocuparnos. Un hombre en una trainera dobla su espalda para remar sin saber ni preocuparse de lo que hay delante de la barca; deja la dirección al timonel. Para nosotros, Dios es el timonel, y nuestra contribución a su objetivo final puede ser mucho más importante de lo que creemos.

No, Dios no está siendo tan mal pagado en amor como el ocupado mundo en el que vivimos pudiera aparentar. Ciertamente, es una pena que haya tanta gente que no tenga su vida orientada hacia Dios, que no haga más que desafiarse continuamente a sí misma; y debemos compensar a Dios, con un servicio más perfecto, por todo el amor que busca y no encuentra.

3

Sabemos que, si amamos a Dios, deberemos amar también todo lo que Él ama; debemos amar a nuestro prójimo. Dios ha hecho que ésa sea la puerta y la medida de nuestro amor por Él. «Si alguien dice que ama a Dios y no ama a su prójimo -nos advierte San Juan- es un mentiroso.»

Más aún, el amor por nuestro prójimo debe ser medido por el amor que nos tenemos a nosotros mismos: «Amarás al prójimo como a *ti mismo*», es el mandamiento de Dios. Hay una peculiar clase de amor propio que es reprochable: el narcisismo de la persona ego-centrista que se rinde culto a sí misma; pero también hay un verdadero y sano amor propio que Dios quiere que todos tengamos.

Ese amor propio se manifestará, a nivel material, en el cuidado inteligente que tenemos de nuestro bienestar físico y mental. Evitamos peligros innecesarios para nuestra salud y seguridad; procuramos conseguir todo lo que sea preciso para mantener la salud del alma y del cuerpo: comida, alimento, cobijo, medicinas, amistades y afecto; evitamos el dolor corporal y mental innecesario y buscamos la felicidad que este mundo debe dar; tratamos de dar a nuestra vida natural la duración que le está destinada.

A nivel sobrenatural, las pretensiones del amor propio son similares, pero con un fin más alto: lo que buscamos con ello es la vida *eterna*. Para lograrla evitamos todo lo que ponga en peligro nuestra felicidad eterna; intentamos dar a nuestra alma, a través de la oración y los sacramentos, todo lo que precisa para su crecimiento y su salud, para conservarla en gracia.

El amor propio a nivel material es algo que poseemos con relativa facilidad, gracias a nuestro instinto de conservación. Pero la práctica del amor propio a nivel sobrenatural es más difícil de lograr; no es un instinto natural, sino que surge de la virtud de la fe, fortalecida por la de la esperanza. Dado que el alma es tan superior al cuerpo, y la vida eterna tan superior a la terrena, debemos otorgar primacía siempre a nuestro bienestar espiritual. Puede haber momentos en los que haya que sufrir dolor corporal y privaciones por el bien de la salud espiritual e, incluso, sacrificar la vida natural para preservar la sobrenatural, como los mártires han testimoniado.

Debe estar claro, ahora, lo que Dios quiere decir cuando nos invita a amar al prójimo como a nosotros mismos. Debemos desear para nuestro prójimo lo que queremos para nosotros: los medios necesarios para adquirir la salud natural y la felicidad en la medida en que sean posibles y, sobre todo, para alcanzar la vida eterna.

El amor al prójimo se manifiesta, a un primer nivel, en la preocupación que tenemos por su bienestar temporal. Ésta es la razón por la que llamamos caridad, o amor, a nuestros esfuerzos por mejorar la situación de nuestros hermanos menos favorecidos. Tanto personalmente como a través de nuestros obispos y organizaciones benéficas, alimentamos a los hambrientos; vestimos a los desnudos; damos cobijo a los que no tienen hogar y educación a los incultos; combatimos los prejuicios raciales; cuidamos a los enfermos, buscamos la justicia y la igualdad de oportunidades para todos.

A un nivel más alto -y más importante-, buscamos el bienestar espiritual de nuestro prójimo: rezamos por toda la humanidad cuando pedimos la conversión de los pecadores e infieles; cooperamos en la obra de conversión de nuestra propia parroquia y contribuimos a las misiones nacionales y extranjeras; estamos dispuestos, si nos lo piden, a colaborar en la catequesis; de palabra cuando es posible, y *siempre* con el ejemplo, tratamos de animar a los débiles a ser mejores y de ganar a los que están en pecado.

Nuestro amor al prójimo no tiene que ser fruto del sentimiento, como no lo es nuestro amor a Dios. Lo que prueba e indica nuestro amor no es lo que *sintamos* hacia nuestro prójimo que, en un caso determinado, puede parecerse antipático, sino lo que de verdad *hagamos* por él.

Teniendo en cuenta la suprema importancia del amor al prójimo, sería bueno que nos examinásemos periódicamente de nuestra fidelidad a esta obligación. Cada domingo por la mañana, después de recibir la Sagrada Comunión, cuando le decimos al Señor lo que le queremos, podríamos preguntarnos: «¿Qué he hecho esta semana para mostrar mi amor al prójimo?».

4

Sería mucho más fácil amar a Dios si no nos pidiese que demostrásemos ese amor queriendo al prójimo. En ocasiones, la obligación de amar al prójimo es el deber más difícil de los cristianos. La razón es que el prójimo no es sólo esa persona tan agradable con la que nos lo pasamos «en grande»; nuestro prójimo incluye también a la más antipática y ruin de las personas con que nos podamos encontrar.

Escucha a Jesús: «Habéis oído que se dijo: *amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo*; pero yo os digo: amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, rezad por los que os persiguen y os calumnian, para que podáis ser hijos de vuestro Padre que está en los Cielos» (Mt 5, 43-45).

Nuestra naturaleza humana -nuestra naturaleza *meramente humana*- se rebela ante esta idea. Si alguien nos ha ofendido, todo nuestro ser clama venganza. Si «todavía» no hemos encontrado la forma de hacerlo, alimentamos rencores contra el culpable. Imaginamos para él toda clase de cosas malas, y esperamos, en el fondo, que alguna de ellas le ocurra. Por lo menos, éste es nuestro primer impulso.

Afortunadamente, Dios no nos pide que amemos a nuestros enemigos con un amor *natural*, que es una emoción que surge en nosotros hacia una persona que nos atrae con fuerza. Sería casi imposible tener este amor natural por un enemigo, sentir afecto por alguien que nos ha herido profundamente.

Dios nos pide un amor sobrenatural, que no depende del sentimiento en absoluto. Por medio de ese amor sobrenatural, superamos nuestras emociones y vemos a nuestro enemigo a través de los ojos de Dios, más que a través de los nuestros. Vemos a esa persona desagradable como un alma que Dios ha creado por amor, un alma que quiere tener con Él en el Cielo, un alma por la que Jesús ha muerto. Si nuestro enemigo

es tan valioso para Él, no nos atreveremos a oponernos a Dios, a desear un mal a nuestro adversario, a condenarlo al infierno, ni siquiera con el pensamiento.

Por el contrario, pondremos los medios para reprimir ese rencor. Aun costándonos, diremos sinceramente: «Sí, Dios mío, perdono a esta persona que me ha ofendido en aquello». Luego rezaremos por ella, para que reciba las gracias necesarias para cambiar su forma de ser y convertirse en la clase de persona que Dios quiere.

La oración es el antídoto perfecto del odio. Si eres capaz de rezar por una persona, no la odiarás. Quizá sientas aún una fuerte aversión por ella, pero tu amor sobrenatural está por encima del sentimiento, como la luz del sol sobre las nubes.

Has perdonado a tu enemigo. Estás rezando por él. ¿Espera Jesús algo más de ti, cuando dice «amad a vuestros enemigos»? ¿Debes admitir a tu adversario en tu círculo de amigos y actuar como si nada hubiera sucedido?

No necesariamente. Si sabes que esa persona te volverá a herir si le das la oportunidad, una manifestación de sabiduría será evitarlo, en la medida que puedas. Más aún, tienes derecho a buscar resarcimiento por los daños que te ha causado. Quizá tengas que llevarle a juicio, al tiempo que rezas por él.

De todas maneras, si alguien que te ha ofendido te pide perdón, debes perdonarle. Ya le habías perdonado interiormente, y ahora lo haces también de forma externa. Le tratarás educadamente, le saludarás si te cruzas con él por la calle o le encuentras en una reunión social. Ciertamente la perfección de la caridad está en recorrer más de la mitad del camino hacia tu enemigo, dar el primer paso hacia la reconciliación. Un simple «¿qué tal?», cuando te encuentras con tu enemigo, le hará ver claro que no le guardas rencor. Si se niega a responder o lo hace de forma descortés, tú has cumplido con tu deber. No tienes necesidad de volver a hablarle hasta que sea él quien tome la iniciativa.

Perdonar, rezar, reconciliarse. Para el que ha sido profundamente ofendido, ninguna de estas cosas es fácil. He ahí la razón de por qué el amor a nuestros enemigos es una prueba tan infalible de nuestro amor a Dios.

5

Hay pocos refranes tan mal entendidos como el que dice que «la caridad empieza por los de casa». Con frecuencia, esta máxima se invoca para conseguir esquivar una obligación externa a nuestra familia. «No puedo dar nada para la construcción de la parroquia», dice un hombre; «aún no he pagado el piso y la caridad empieza por los de casa». Cuando se pide a una mujer que participe en alguna actividad fuera de su familia, se excusa diciendo que ésta necesita toda su atención; «la caridad empieza por los de casa», repite mentalmente. La actitud de ciertas personas puede estar totalmente justificada al declinar la responsabilidad propuesta; no obstante, cuando dicen que «la caridad empieza por los de casa» no están utilizando la frase según su verdadero significado.

El sentido correcto del proverbio es el de que en el hogar de todos -esté donde esté-debe reinar el amor. Si no practicamos la caridad con los que tenemos más cerca, ¿cómo podemos afirmar que amamos al prójimo? «La caridad empieza por los de casa» significa que el hogar es el sitio más *adecuado* para demostrar nuestra caridad.

Una de las continuas tragedias de la vida es que causamos -¡con tanta frecuencia!- los daños mayores a los que tienen más derecho a nuestro amor. Es cierto que el hogar nos presenta muchas tentaciones contra la caridad; en familia ¡están tan a la vista de unos las faltas y debilidades de los otros! Es inevitable que pongamos nerviosos a los demás en ocasiones: ¡Nos enfadamos por tan poca cosa! «¿Tienes que

hacer siempre tanto ruido con la boca?», decimos; «¿No sabes sentarte sin hacer ruido con los dedos en la mesa?». «¿No puedes dejar de chapotear en el baño?»

Otra fuente de faltas de caridad en el hogar es el hecho de que estemos tan indefensos ante los demás. Como no tenemos nada que temer de los que nos quieren, es fácil que recaigan sobre ellos las broncas y los enfados que pertenecen a otros. Un lugar común psicológico lo constituye el hombre que, regañado por su jefe, vuelve a casa para hacer pasar a su mujer un mal rato. Es ella la que se gana el resentimiento que él no se ha atrevido a mostrar ante el jefe.

Los niños también soportan, en muchas ocasiones, enfados indebidos. Javi comete una pequeña falta que no requiere más que una ligera indicación. La madre, sin embargo, tiene un mal día y está «hasta las narices». Por eso, la travesura de Javi le acarrea toda una reprimenda totalmente desproporcionada a la magnitud de la falta cometida. Javi no sabe que acaba de convertirse en desaguadero de la ira acumulada por su madre; sólo puede llorar quejándose -en su mundo- de las injusticias de «los mayores».

Pero Javi se tomará la revancha haciendo a su familia destinataria de sus enfados. Ha hecho alguna tontería hoy en clase y ha sido humillado por las iras de sus compañeros. Ha vuelto del colegio en plan testarudo e irrita a su familia durante el resto de la tarde. Puede excusarse la conducta de Javi, por supuesto: no tiene la concepción de una persona mayor sobre la dinámica de la conducta humana.

Por lo demás, no hay duda de que la caridad debe empezar por los de casa. Para una familia que se tira los trastos a la cabeza frecuentemente, hay una solución muy simple: que sus miembros se pongan de acuerdo en tratarse como amigos, más que como parientes; que muestren entre sí la misma consideración y cortesía que mostrarían, no ya sólo a amigos, sino a personas conocidas eventualmente; que usen tanto como quieran expresiones del estilo de «por favor», «gracias», «¿te importaría...?», «perdona» y «lo siento»; que vayan con cuidado con los resentimientos que vienen de fuera y buscan una cabeza inocente que hacer rodar; que cada uno se vigile especialmente cuando esté cansado o preocupado sin razón; sobre todo, que cada uno tenga el suficiente sentido del humor para soportar las faltas de los demás.

Una familia así hallará sus esfuerzos muy bien recompensados por la paz y la armonía que habrá en su hogar. La caridad habrá empezado por los de casa y saldrá de ese hogar hacia todo el mundo, y Cristo podrá habitar allí confortablemente como uno más de la familia.

VI. Los puntos de apoyo de la santidad

1

La palabra «prudencia» no está hoy en día de moda. El viejo consejo «deja que tu conciencia sea tu guía», ha dado paso al «¡Sigue ese impulso! Si *sientes* que tienes que hacer algo, hazlo. No te dejes martirizar por los dictados de la razón»: Eso afirma la filosofía -si puede llamarse así- por la que guían su conducta muchos de nuestros contemporáneos.

Algo que pone de manifiesto este hecho es la creciente frecuencia con que se hacen y deshacen los matrimonios. Ignorando toda responsabilidad ante Dios o hacia los hijos, hombres y mujeres van -a través del juzgado- de idilio en idilio. Para ellos, la razón ha sido destronada en favor del sentimiento.

La persona prudente no es esclava del sentimiento, como tampoco es tímida o

excesivamente precavida. La virtud de la prudencia no es más que el hábito de actuar de acuerdo con los principios de la recta razón. Denominamos conducta racional a la conducta prudente, para diferenciarla de la conducta impulsiva. Una persona prudente mide las consecuencias de sus acciones antes de tomar una decisión; las consecuencias para él y para los demás. No actúa basándose en lo que siente al hacerlo, sino a la luz de lo que, considerados todos los elementos, debe hacer. La prudencia es la prueba de la verdadera madurez. Sin lugar a dudas, a la persona que «nunca creció» le falta prudencia.

La prudencia puede ser virtud natural o sobrenatural. La prudencia natural se refiere principalmente a los asuntos temporales. Se practica la prudencia natural cuando se cierra la casa por la noche, para evitar que entren ladrones. De modo similar, se es prudente cuando se pagan las deudas puntualmente, para que no le retiren a uno el crédito conseguido.

La prudencia natural es una virtud adquirida por la experiencia tanto propia como ajena. Aprendemos, sobre todo, de nuestros fallos. Cuando hacemos alguna tontería, con resultados deplorables, tendremos cuidado, si somos inteligentes, de no repetirla.

La prudencia sobrenatural, sin embargo, no puede adquirirse. Con las demás virtudes cardinales de la justicia, fortaleza y templanza, fue infundida en nuestras almas por la gracia del bautismo. Estas cuatro virtudes reciben el nombre de «cardinales», que viene de la palabra latina *cardo*, que significa «punto de apoyo», «quicio». Todas las otras virtudes morales se apoyan en la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza. Sin ellas, ninguna otra virtud podría practicarse en grado de perfección.

La prudencia sobrenatural es un don que otorga Dios para distinguir entre lo que es bueno y lo que es malo en sentido moral, así como para distinguir lo bueno de lo mejor. Si pagas tus deudas puntualmente para mantener tu crédito, estás practicando la prudencia natural; si lo haces porque lo consideras como una obligación de conciencia, estás practicando la prudencia sobrenatural. Cuando un hombre casado piensa: «debo dejar de coquetear con esa chica si no quiero dar al traste con mi reputación», es naturalmente prudente; cuando piensa: «debo dejar de coquetear con esa chica si no quiero arriesgarme a cometer adulterio», es sobrenaturalmente prudente.

Parece claro que la prudencia, tanto natural como sobrenatural, es una virtud que debe ser muy apreciada. Puede resultar difícil saber, en un caso concreto, si la prudencia ha sido natural o sobrenatural; determinar si nos han impulsado motivos humanos o sobrenaturales. No debemos preocuparnos. Será mucho más fácil que la prudencia sobrenatural actúe si tenemos una prudencia natural a partir de la cual edificar; dice un axioma teológico que la gracia actúa con mayor eficacia cuando se apoya sobre la bondad natural.

Probablemente hay poca gente que se preocupe de pedir a Dios, en su oración, que le aumente la prudencia. A pesar de ello, Dios es el único del que un aumento de la prudencia sobrenatural puede proceder. Si nuestra felicidad, la de ahora y la de la otra vida, depende en tan gran medida de la prudencia, parecería demasiado *imprudente* omitir esta petición en nuestras oraciones diarias.

2

La justicia es la virtud por la que damos a cada persona aquello a lo que tiene derecho. Por el contrario, la injusticia es el vicio por el que privamos a alguien, en contra de su razonable voluntad, de aquello a lo que tiene derecho. La justicia es una de las cuatro virtudes cardinales, uno de esos cuatro puntos de apoyo de los que todas las

restantes virtudes morales dependen.

En los libros de texto de Teología Moral que estudian los candidatos al sacerdocio, ocupa mucho más espacio el apartado de «la justicia y los derechos» que el de cualquier otra virtud. Esto no es sorprendente, ya que ninguna otra virtud da lugar a tantas preguntas como ésta.

«¿Es el robo de 1.000 pesetas un pecado venial o mortal?»; «¿Estoy obligado a restituir un artículo que he aceptado, sabiendo que era robado?»; «¿Es pecado falsear la declaración de impuestos?»; «¿Qué debo hacer si una tienda se equivoca a mi favor al hacer la cuenta?». Éstas y un millar de preguntas similares giran en torno a la virtud de la justicia. Será mejor dejarlas para el propio confesor o la sección de consultas de la hoja parroquial, ya que no es nuestro propósito abordarlas aquí.

Tampoco tiene aquí cabida ese aspecto de la justicia que constituye una auténtica plaga en nuestros días: la justicia racial. El mal moral que supone el negar a una persona sus derechos económicos, sociales o educativos, por razón de su color, es indudable; como también lo es el que pocos de nosotros estamos libres de falta en este tema.

Seamos del Norte o del Sur, del Este o del Oeste, la mayoría de nosotros hemos pecado, tanto por discriminación activa como por pasivo consentimiento. No obstante, se ha dicho y escrito bastante sobre este tema como para mover la conciencia de aquellos a los que aún les funciona. No es -ahora- mi intención el añadir nada a esos consejos. Por el momento, prefiero centrar la atención sobre un campo más restringido de la justicia.

Los objetos físicos no son las posesiones más preciadas del hombre. Puede haber seres anormales que consideren el dinero como el bien más alto, pero la mayoría de nosotros estaremos de acuerdo en que la felicidad es mucho más preferible que la riqueza. La primera es un compuesto de muchas cosas: el sentimiento de la propia dignidad, la confianza en que uno es querido por algunos y respetado por todos, el contentarse con lo que uno tiene, la paz interior, etc., son algunos de los componentes de esa felicidad.

Pero existe algo muy particular en el comportamiento humano: estamos dispuestos a quedarnos sin nuestras posesiones materiales, si tuviéramos que hacerlo, para conservar nuestra felicidad (de hecho, esto es lo que muchos hacen al abrazar la pobreza voluntaria) y, en cambio, aunque nunca hayamos pensado en robar ni un céntimo a nadie, somos capaces de estorbar o destruir la felicidad de otros sin muchos escrúpulos de conciencia.

Hay muchas formas de quitar a otros la felicidad y, por tanto, de pecar contra la justicia. Un ladrón muy común de la felicidad es, por ejemplo, la murmuración. Si, por habladurías, echamos abajo la reputación de una persona y hacemos que disminuya el respeto que se le tiene, pecamos contra la justicia, además de contra la caridad; si, por medio de astutas insinuaciones, enfrentamos al prójimo con el prójimo, somos tan malhechores como un hombre con una pistola; si en casa ponemos caras largas y siempre estamos dando disgustos a la familia, estamos robando la felicidad a la carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre.

Hay, también, otras muchas maneras de quitar a los demás su felicidad. La crítica dura y cruel, el poner en ridículo, las broncas, las respuestas secas a preguntas hechas con buena intención, etc., son, en grados diferentes, atentados contra la felicidad de la familia, los amigos o los compañeros de trabajo.

Si somos plenamente conscientes de la infinita compasión de Jesús, Señor Nuestro, por todos los que sufren, tendremos motivos para preocuparnos cuando hemos sido un injusto agresor del derecho de otro a la felicidad. El ladrón de dinero tendrá un

juicio menos severo que el ladrón de la felicidad. Haremos bien en pedir que nadie llore sobre su almohada o use sus puños contra nosotros con la imaginación, por culpa de alguna acción o palabra nuestra.

3

En las mentes de muchas personas, la palabra «templanza» está asociada al consumo de bebidas alcohólicas. Tal vez por razón de las actividades de algunas sociedades benéficas, la virtud de la templanza es concebida como sinónimo de la completa abstención de bebidas tóxicas.

Habría que aclarar dos malentendidos sobre el concepto de templanza: en primer lugar, la templanza es la virtud moral que nos sirve de guía en el uso de las cosas creadas por Dios, y su aplicación no está en absoluto limitada al uso del alcohol; en segundo término, la templanza no tiene por qué implicar la abstinencia. Quien la practica es aquel que usa los dones de Dios con moderación, evitando tanto el extremo del exceso como el del defecto. En otras palabras, la templanza es la virtud de esa regla de oro: *Ni tanto, ni tan calvo*.

Por supuesto que hay ocasiones en las que «ni tanto» significa «nada». Para una persona alcohólica, la virtud de la templanza supondrá la total abstención, porque no es capaz de tomar ni una sola copa sin perder el control de su avidez por el alcohol. Sin embargo, otra persona que esté libre de este vicio puede tomar una o dos copas por razones sociales, y seguir viviendo la templanza.

De modo similar, para una persona soltera o que haya contraído el voto de castidad, cualquier concesión a su instinto sexual sería una falta de templanza. Para una pareja casada, por el contrario, la falta de templanza en el sexo sólo se daría cuando uno de los dos cónyuges pidiera demasiado (exceso) o se negase a aceptar una petición razonable del otro (defecto).

Si miramos alrededor nuestro -o quizá si nos miramos al espejo- y vemos el alto porcentaje de personas con peso excesivo, podemos concluir que la falta de templanza en la comida es mucho más común que la falta de templanza en la bebida. Por más que la ciencia médica nos advierte de que la obesidad es dañina para la salud, nosotros seguimos acumulando calorías. Una persona de peso normal, mantenida por una dieta, ofrece un buen ejemplo de la práctica de la templanza.

Es difícil encontrar un aspecto de la vida al que la virtud de la templanza no pueda aplicarse. Así, por ejemplo, un ama de casa, que por dejadez tiene su casa sucia y sin atractivo, estará descuidando la templanza en la limpieza por defecto; si tiene tal pasión por la limpieza como para sacrificar el confort familiar por la pulcritud, estará descuidando la templanza por exceso.

La templanza es una de las cuatro virtudes cardinales. Su papel en la vida interior se parece mucho a la función del regulador de una pieza de maquinaria, cuya misión sea el conseguir que la máquina funcione a la velocidad debida, ni muy rápida ni muy lenta.

Solemos pensar en la templanza con relación a cosas materiales, sin tener en cuenta que también es esencial para nuestras prácticas espirituales. Una persona que no reza casi nunca, está descuidando la templanza, por defecto, en su piedad. Por otro lado, un padre o una madre que pasa todo su tiempo libre en la iglesia, en detrimento de su familia, está descuidando la templanza en su piedad por exceso, porque la vocación de un padre o de una madre no es la de un fraile o la de una monja de clausura.

De igual manera, una persona puede negarse a participar en alguna actividad social o parroquial, teniendo tiempo para ello; otra puede estar tan metida en

ocupaciones externas al hogar que descuide sus deberes en casa. Ninguno de los dos estaría viviendo la virtud de la templanza, uno por defecto y otro por exceso.

Con un poco de examen de conciencia, es probable que muchos de nosotros hallemos alguna falta de templanza en nuestras vidas. No hay por qué asustarse, ya que no es fácil mantener siempre un equilibrio perfecto en todo. A pesar de ello, la templanza es el ideal al que debemos tender y, gracias a Dios, contamos con lo necesario para alcanzarla: tenemos la virtud cardinal de la templanza infundida en nuestra alma por la gracia del bautismo.

4

La fortaleza, tal y como lo aprendimos hace tantos años en el catecismo, es la virtud que nos lleva a soportarlo todo, hasta la muerte, por causa de Cristo. Es una de las cuatro virtudes cardinales que nos han sido otorgadas a través del bautismo.

Cuando nos enfrentamos con esta virtud, es probable que alimentemos la esperanza de que, si nos encontramos ante la disyuntiva de negar a Cristo o sufrir la muerte, tendremos el suficiente coraje para elegir esta última. Pero, como parece evidente que el martirio es -para muchos de nosotros- una posibilidad remota, lo más seguro es que pronto dejemos de pensar en ella. En consecuencia, corremos el riesgo de no considerar la fortaleza como una virtud fundamental, creyendo que para nosotros -aquí y ahora- no tiene gran trascendencia.

Rebajar aquí la virtud de la fortaleza sería un grave error, ya que, en realidad, es vital para la práctica cotidiana de nuestra fe. Necesitamos fuerza moral para combatir la tentación y coraje espiritual para aceptar con alegría la voluntad de Dios y cumplirla con valentía.

El mérito eterno es la recompensa del esfuerzo y la lucha. Una persona virtuosa - en el sentido corriente de la palabra- no es una persona que no tiene tentaciones, sino aquella que se ha enfrentado incluso con grandes tentaciones y las ha vencido. Una persona sin tentaciones puede ser bondadosa, pero sólo podrá ser virtuosa cuando su fidelidad haya sido probada.

Tal vez sea el olvido de la virtud de la fortaleza lo que conduzca a los sofismas con los que los pecadores se excusan a veces. Pensemos, a modo de ejemplo, en una mujer que se ha divorciado de su «terrible» marido y tiene hijos pequeños. Deja que sus sentimientos la lleven a enamorarse de otro hombre y, con un matrimonio civil, se embarca en una unión que es adulterio. «Sé que está mal -afirma-, pero los niños necesitan un padre. Estoy segura de que a Dios no le parecerá mal.»

Otro ejemplo puede ser el de la madre cuya salud no aguantaría otro embarazo; su ciclo es demasiado irregular para arriesgarse, su marido encuentra la continencia demasiado difícil, y opta por la contracepción. «Dios comprenderá nuestra situación -se dice a sí misma la pareja-; no podemos hacer otra cosa.»

Vayamos ahora al hombre de negocios que se perdona sus trampas con la excusa de que «tengo que hacerlo para vencer a la competencia», o al encargado de oficina que defiende sus dudosos negocios, con un «es parte del juego».

Tenemos, además, el numeroso cortejo de los que mienten para evitar un momento embarazoso, o los que cometen un fraude para salir de un mal momento financiero, o los que engañan a los niños para aprovecharse de su inocencia, o los que murmuran de otros para ganar popularidad.

Te habrás dado cuenta de que, en todos estos ejemplos, los protagonistas suponen que Dios espera que seamos buenos cuando es fácil serlo. Cuando la práctica de la virtud se hace difícil, nos consideramos dispensados de la obligación de cumplir

los mandamientos. Nadie afirma esta falacia, claro está; lo absurdo de la misma resultaría demasiado evidente. Con frecuencia, esta cuestión se evita pretendiendo distinguir entre Dios y su Iglesia; hablando de que la Iglesia prohíbe o manda más de lo que Dios espera de nosotros. Esto conduce a otra falacia: que Cristo y su Iglesia son separables.

El hecho es que, en todos estos ejemplos, falta fortaleza a las personas envueltas en ello. O, mejor dicho, que no están ejerciendo la virtud que poseen por el bautismo.

No es cierto que el martirio sea un singular privilegio del que gozan sólo algunas personas que viven en naciones comunistas. Hay algo de martirio en la vida de cada persona que pone su empeño en seguir a Cristo; que trata, día a día, de vivir fielmente su fe. Se ha dicho -con verdad- que muchas veces es más fácil morir por Cristo que vivir para Él.

VII. La oración da el poder

1

«¿Hay algo malo en ello, padre? No consigo tener visión sobrenatural ni sacar ninguna fuerza de la oración. Se me hace muy difícil rezar. Nunca tengo ningún sentimiento piadoso ni elevado cuando estoy en la iglesia. Para mí, la religión es una insoportable y absurda manera de sentirme coartado. ¿No será que me falta fe?»

Todos los sacerdotes se enfrentan, de vez en cuando, con cuestiones de este tipo que, en el fondo, lo único que indican es que no se ha entendido la naturaleza básica de la religión.

Nuestro primer deber en la vida es amar a Dios. Para eso nos ha creado: para que le amemos. Ahora bien, nos equivocamos si tenemos la idea de que ese amor se mide por la intensidad con que nuestros sentimientos respondan, como ocurre con los demás amores humanos. La respuesta del sentimiento es parte integrante del amor humano; el amor a Dios, sin embargo, tiene su origen en la voluntad, como algo independiente de las emociones.

Amar a Dios no es ni más ni menos que ponerle sobre todo lo demás, darle el lugar adecuado en nuestra jerarquía de valores. En la práctica, significa querer lo que Él quiere. No debemos dejar que nada ni nadie esté por encima de Dios, haciendo de su voluntad la norma de nuestra vida. En una palabra, nuestro amor a Dios se manifiesta en nuestra obediencia a su voluntad.

Por tanto, una persona ama a Dios cuando identifica su voluntad con la de Él. Puede tener un amor a Dios muy grande y, al mismo tiempo, sentirse emocionalmente *frío* hacia Él.

Todos estamos de acuerdo en que hay una amplia gama de «temperaturas». Hay personas que son frías y reservadas por naturaleza, mientras que otras son nerviosas y apasionadas, además de todas las posibilidades intermedias. Los psicólogos no se han puesto aún de acuerdo sobre si estas variaciones se deben al desarrollo de la infancia y adolescencia, o bien a los diferentes sistemas nerviosos y glandulares. En cualquier caso, está claro que cada uno tenemos nuestro propio temperamento.

Evidentemente, no es *malo* que nuestro amor a Dios se manifieste en el sentimiento. En algunas personas esto ocurre, y es bueno que así sea, y es algo por lo que debemos dar gracias a Dios. El entusiasmo espiritual puede hacer la oración gozosa y los deberes religiosos agradables, en vez de penosos. Pero debemos asegurarnos de que bajo ese entusiasmo está el sólido sustrato de la voluntad; si no, corremos el peligro

de que al desaparecer el sentimiento, lo haga también nuestra unión con Dios, o que, por lo menos, ésta se debilite.

En igualdad de circunstancias, la persona que encuentra dificultades en la oración tiene más mérito al hacerla que la que disfruta rezando. Cuanto más cuesta hacer algo por Dios, más valor tiene realizarlo. Insisto en que esto no quiere decir que el sentimiento deba condenarse, sino que no podemos fiarnos de la temperatura emocional a la hora de juzgar el crecimiento de nuestra vida interior.

Una última observación puede ser útil. Una persona puede sentir la tentación de excusarse de rezar porque el sentimiento no la acompaña, porque no se siente «en situación» de rezar. Deberá entonces acordarse de que el propósito práctico de la oración no es conseguir un impulso emocional. En primer término, rezamos porque la oración es un deber esencial para con Dios, un deber de la criatura hacia su Creador. Y ese deber sigue existiendo con independencia de la satisfacción que nos produzca o lo inspirados que nos encontremos. En otras palabras, uno reza para agradar a Dios y no a uno mismo.

Sin tener en cuenta la aridez espiritual que podamos sentir, siempre tenemos el deber de considerar en nuestra oración la grandeza y la bondad infinita de Dios; de agradecer a Dios sus gracias e implorarle el perdón de nuestras faltas.

2

«¿Cómo va la oración?» Si es honrado, el católico medio responderá a esta pregunta diciendo: «No tan bien como me gustaría». Y cuanto mejor sea el católico, más firme será su convicción en esta respuesta. Para los que no estamos satisfechos con nuestro esfuerzo en la oración, es reconfortante recordar que Dios no nos pide más de lo que podemos dar. Puede que no estemos rezando todo lo bien que deseáramos; pero, si estamos rezando todo lo bien que podemos, no hay por qué preocuparse.

Sin embargo, es posible que algunos de nosotros no hagamos la oración con la perfección que deberíamos, por el simple hecho de no haber comprendido bien lo que es rezar. Todos aprendimos de niños que rezar es «elevar nuestra mente y nuestro corazón a Dios». A pesar de haber aprendido esta definición, un número sorprendentemente grande de personas piensa que la oración es *exclusivamente* hablar con Dios, como si las palabras fueran su elemento más importante. A veces, la mejor oración es aquella que se hace sin ruido de palabras volviendo silenciosamente nuestros pensamientos hacia Dios, con piedad. Pensamos en Él, en su bondad y en su misericordia, y eso mueve a nuestro corazón a darle gracias, o experimentamos pena y dolor por no haber hecho más por Él. Pensamos en su amabilidad y deseamos poder amarle con más ardor; quizá nos demos cuenta de que deberíamos luchar más para merecer ese amor. Todo esto se hace, o puede hacerse, sin una sola palabra. Esta actividad de la cabeza y el corazón es lo que se llama oración mental, que se distingue de la oración vocal.

Para hacer más gráfica la naturaleza de la oración mental, imaginemos a un padre viendo a través de una ventana a sus hijos que juegan en el jardín. Sin articular palabra los mira, al tiempo que su corazón se va hacia ellos en un acto de amor paternal, que le lleva a hacer el propósito de ser un buen padre para ellos. De igual manera, en la oración mental «contemplamos» a Dios, y nuestro corazón se nos escapa hacia Él en un acto de amor. Quizá haya también sentimientos de gratitud, o de arrepentimiento o de una fidelidad renovada y más generosa. Ésta es, sin duda, la mejor forma de hacer oración.

Si queremos progresar en la oración, no tenemos más que buscar momentos a lo largo del día para esa contemplación: tal vez en la Iglesia, con el libro que llevamos a la

oración cerrado y los ojos puestos en el Sagrario; en la soledad de nuestra habitación; en un paseo sin acompañantes; en el autobús, con los ojos «cerrados» a lo que ocurre a nuestro alrededor... Hay muchas oportunidades: sólo hay que buscarlas.

La gran ventaja de la oración mental es que da a Dios la oportunidad de hablarnos; esto es esencial si queremos que nuestra oración produzca frutos. No quiere esto decir que la oración vocal deba abandonarse; hay momentos y lugares en los que la oración vocal es la más apropiada: en Misa, por ejemplo, o en otras ceremonias públicas en las que rezamos juntos, y en ocasiones en las que estamos demasiado distraídos o cansados para fijarnos en Dios sin ruido de palabras, o en las que queremos ganar las indulgencias concedidas a ciertas oraciones vocales. Lo que quiero decir es que la oración es, o debe ser, un intercambio con Dios, una ocasión de especial e íntima unión con Él. Si, pues, debe ser un auténtico intercambio, una verdadera unión, Dios debe tener su parte en ella; debe haber momentos de contemplación silenciosa en los que Él pueda hablar sin palabras -como lo hemos hecho nosotros- en una mirada a nuestro corazón de la que es correspondencia la nuestra.

Esos momentos llegarán más fácilmente si luchamos habitualmente por vivir en unión con Dios, empezando por el ofrecimiento de nuestro día, con todo el corazón a Él, al comienzo de la jornada: ofrecimiento de todos nuestros pensamientos, palabras, obras, alegrías y sufrimientos; ofrecimiento que será como un toque del Rey Midas que convierta todo nuestro día en el oro de la oración continuada, que haga de cada uno de sus momentos fuente de mérito eterno. La cabeza podrá no estar conscientemente en Dios todo el tiempo, porque tendremos que fijar la atención en el trabajo y en las demás actividades. Sin embargo, el pensamiento de Dios estará como a flor de piel, y no nos será difícil dirigirle, de vez en cuando, una rápida mirada de amor.

3

Tenemos que rezar. Es una obligación que no podemos eludir. No sólo porque, como criaturas que somos, debemos rendir pleitesía a Nuestro Creador, lo cual es cierto. Sino que -y esto es lo más importante-, a través de la oración, mantenemos nuestra unión con Dios y abrimos nuestra alma al caudal de su gracia. Tan vital es para nuestra vida interior la oración, como el tubo de aire para el buzo.

Nadie puede precisar con exactitud cuándo y cuánto debemos rezar. Ciertamente, no debemos empezar ni un solo día sin ofrecérselo a Dios, ni terminar sin darle gracias por sus beneficios recibidos a lo largo de la jornada y pedirle perdón por los pecados cometidos durante la misma. Entre esos dos puntos, nuestra generosidad con Dios establecerá la medida de nuestra oración.

Sería una idiotez manifiesta decir: «No tengo tiempo para rezar». Es cuestión de vida o muerte. Debemos encontrar tiempo para la oración, aunque tuviéramos que dejar el periódico, la televisión, las relaciones sociales o el descanso. No se nos ocurre decir que no tenemos tiempo para comer; quizá nos dejemos alguna comida, pero en seguida la recuperaremos, porque somos conscientes de que tenemos que comer si queremos seguir viviendo, y sí que queremos.

Lo importante es tener un tiempo fijo y concreto para la oración. El tiempo que dediquemos deberá ser lo suficientemente largo como para poder concentrarnos y hacer algo más que rezar un Padrenuestro y un Avemaría a toda prisa. Podemos utilizar parte del descanso en el trabajo de mediodía, o bien fijarnos un rato a media tarde. Si hacemos jornada intensiva, podemos encontrar tiempo levantándonos un rato antes.

También es importante que construyamos una muralla alrededor de la hora de la oración para evitar ocuparla en otras cosas. Es lo mismo que hacemos con las horas de

la comida: son, en la medida de lo posible, «sagradas». «No, a esa hora no —decimos— ; es la hora de la comida.» Cuando el horario se desordena, la oración no debe ser nunca lo primero que quede arrinconado.

Felizmente, la mayor parte de los católicos son conscientes de la importancia de la oración. El «no tengo tiempo para rezar» se oye con menos frecuencia que la queja: «No puedo concentrarme en la oración. ¡Me distraigo tanto!». Decir eso es tanto como confesar que somos humanos. La mente es mucho más jaleosa que un niño de cuatro años. A veces, hablar con Dios en la oración es como intentar hablar con un amigo por teléfono cuando hay dos o tres niños armando jaleo en la habitación.

Tenemos que recordarnos que las distracciones involuntarias no destruyen los efectos de la oración. Una vez que hemos empezado a hacer la oración y hemos fijado nuestra mirada en Dios con la intención de comunicarnos con Él, todas las distracciones del mundo no pueden hacer inválida nuestra oración. Es inevitable que haya ocasiones en las que nuestra mente esté especialmente dispersa, y sólo podamos atisbar a Dios de cuando en cuando, como si estuviéramos viendo un programa de televisión mientras hay gente yendo de un lado a otro delante de la pantalla. Puede suceder que, al final de diez o quince minutos de oración, sólo podamos decir: «Dios mío, lo único que puedo ofrecerte es un montón de distracciones». Si es cierto, díselo; Dios aceptará ese ofrecimiento con el mismo placer que si hubiésemos estado contemplándole todo el rato, porque Él estaba presente en el reposado centro del huracán de nuestras distracciones.

Afortunadamente, sabemos que la oración no cuesta siempre tanto. Si la hacemos regularmente, con perseverancia, habrá momentos inefables en los que notaremos la cercanía íntima de Dios, de los que sacaremos impulsos y fuerzas renovadas; lograremos profundizar más; nos veremos tal y como somos, a través de los ojos de Dios; distinguiremos el camino que debemos tomar. Vale la pena pasar doce ratos de oración distraído para experimentar uno tan lúcido como éste.

4

Hay muchas personas que, con toda la buena intención del mundo, piensan que rezar consiste casi exclusivamente en «pedir». Siempre que se dirigen a Dios lo hacen con un interminable: «Dame, dame, dame». No se dan cuenta de que nuestro primer deber en la oración consiste en dar algo a Dios: adoración.

En la oración de petición hay una cierta adoración, en cuanto que confesamos nuestra dependencia de Dios y admitimos que todo el bien proviene de Él. En la verdadera oración de adoración, sin embargo, Dios es el único objeto de nuestra atención: nuestros ojos están clavados en Él. La adoración incluye, por tanto, todos esos actos de la cabeza y del corazón por los que reconocemos la grandeza infinita de Dios, su sabiduría, su bondad, su justicia, su misericordia y su amor. El acto de fe es oración de adoración, así como el de esperanza, el de contrición, el de temor de Dios, o el de acción de gracias.

El acto de amor es, por encima de todos, el más agradable a Dios. No hay forma de rendirle más honor que entregándole nuestro amor. Es tan fácil decir: «¡Dios mío, te quiero!»; y, por más débil que sea ese amor, no deja de agradar a Dios oírlo decir. Podemos pedirle también que lo fortalezca, que aumente la entrega que le ofrecemos. Como el ruidoso ritmo de la batería de una orquesta, ese «¡Dios mío, te quiero!» debería marcar el compás de todas las demás oraciones nuestras.

Esas otras oraciones incluirán, necesariamente, algunas de petición. Como mínimo, Dios espera que le pidamos las gracias necesarias para alcanzar el Cielo. Ésta

es la gran responsabilidad que tenemos en la vida: salvar nuestra alma. Esto es lo que Dios nos pide por encima de todo lo demás. Si fracasamos en esto, habremos fracasado en lo único que realmente importa. Además, es un deber que tenemos que llevar a cabo nosotros mismos; no es algo que los demás puedan hacer por nosotros.

De ordinario, el egoísmo no es un rasgo admirable del carácter. Sin embargo, en la oración no tenemos más remedio que ser egoístas; en la oración de petición, nuestra primera intención debe ser siempre «las gracias que necesito, Señor, para hacer tu voluntad e irme al Cielo». Pedimos, en pocas palabras, la gracia de la perseverancia final, la gracia de una muerte feliz. No hay ninguna cosa que podamos pedir a Dios que pueda estar por encima de ésta.

Además, ésta es la única petición que podemos hacer a Dios sin añadir el requisito de «si es ésa tu voluntad». Todas las restantes peticiones, por el contrario, están condicionadas: pedimos tal o cual favor, siempre que esté de acuerdo con la voluntad de Dios. No ocurre esto, sin embargo, cuando pedimos nuestra salvación eterna, porque *sabemos* que es la voluntad de Dios. No hace falta añadir el «si...».

Ahora bien, la salvación de nuestro prójimo es de vital importancia para Dios. Habiendo cumplido con el deber de ser santamente egoístas, pidiendo nuestra unión eterna con Dios, la caridad nos lleva a pedir por los demás. No debe haber límites en nuestro amor para esto. En la Misa y en las restantes oraciones, nuestra lista de peticiones debe ser larga.

«Por mis padres, por mi familia, por mis parientes y amigos, vivos y difuntos. Por todos por los que debo o me he propuesto o he prometido rezar; por los que me han pedido que lo hiciera. Por todos de los que soy, de alguna forma, responsable y, especialmente, por todos los que han sufrido mi mal ejemplo o mi falta de caridad. Por mis enemigos. Por el Santo Padre, por todos los obispos, sacerdotes y religiosos. Por los misioneros y por la gente con la que hacen su labor. Por los enfermos y moribundos. Por las almas del Purgatorio.»

Es una larga lista, y nuestras intenciones particulares la alargarán aún más. Puede venimos bien el tenerla escrita para que, si no hay tiempo, baste con decir: «por las intenciones de mi lista». Afortunadamente, Dios puede leer lo que sentimos tan bien como lo que pensamos.

VIII. Los santos son instrumentos

I

«¡Sé tú mismo!»; de todas las frases que se oyen por ahí, ésta es una de las más absurdas. La verdad es que nadie tiene derecho a ser él mismo hasta que sea lo que Dios quiere. O bien, en otras palabras, hasta que su «sí mismo» no se identifique con el de Cristo.

Mucha gente cree que su personalidad es algo que sólo les incumbe a ellos. Tal actitud ignora por completo el derecho que Dios tiene en esta cuestión. Por el bautismo fuimos hechos «otros Cristos», miembros de su Cuerpo Místico y partícipes de la obra de la Redención. Nos convertimos en la lengua, las manos y el corazón de Cristo en el mundo. Permaneciendo invisible, Él sólo llegará a otros a través de ti y de mí. Éste es, a la vez, nuestro más alto privilegio y nuestra obligación más seria: hacer que Jesús sea mejor conocido y, por tanto, más amado; y lo haremos si mostramos a los demás aquellas cualidades de la cabeza y del corazón que hicieron a Jesús tan adorable.

El prestigio personal puede no ser un objetivo particularmente admirable si se

cultiva para el provecho propio o para lograr el éxito social o profesional. Sin embargo, el adquirir prestigio para provecho de Cristo es una empresa muy meritoria. Seremos instrumentos mucho más eficaces en las manos de Cristo si tenemos una personalidad agradable. Si atraemos a los demás, ejerceremos una influencia mucho mayor cuando nos proponemos hacerles el bien.

Para aplicarte esto a ti mismo, examina tu propio círculo de amistades. ¿No es cierto que las personas cuyas opiniones respetas y cuyos consejos sigues suelen ser las que resultan más atractivas? ¿No es también cierto, por el contrario, que si encuentras a alguien desagradable te resistes a aceptar sus opiniones y a hacer caso de sus sugerencias? Es evidente que Dios quiere que tengamos prestigio, para gloria suya, en el mejor sentido de la palabra. Bien podemos decir que Jesús tiene un interés propio en nuestro prestigio.

Por temperamento, podemos estar inclinados a enfadarnos fácilmente o a ser testarudos o apocados o criticones o vanidosos. Como cristianos, no tenemos derecho a decir: «soy así, y los demás no tienen más remedio que aguantarme como soy». Por el contrario, tenemos el deber de descubrir nuestros defectos y de tratar de luchar para eliminar aquellas circunstancias personales que nos alejen de los demás.

Cristo respeta la libre voluntad que, como Dios, me ha dado. No me forzará a entrar en sus moldes. Sin embargo, si deo que Jesús haga de mí lo que quiera, sin quedar por ello coartada mi libertad, ¿cuál será el resultado? Una persona excepcionalmente amistosa, con una sonrisa y una palabra amable para el cobrador del autobús, el ascensorista, la cajera o el vecino de al lado; una persona atenta que advertirá en seguida las necesidades de los demás y estará dispuesta a echarles una mano; una persona agradable, que se preocupará de los problemas de los demás, sin refugiarse nunca en el pretexto de que «ya tengo bastantes problemas»; una persona caritativa, sin murmuraciones ni críticas amargas: la fama de cualquiera estará segura en mis manos; una persona paciente, que tolerará la ignorancia y la estupidez de los demás, aun cuando tenga que cargar con las consecuencias de sus faltas. Si ocupo un puesto de responsabilidad, quizá tenga que imponer la disciplina o echar alguna regañina, pero no mostraré nunca exteriormente mi propio enfado mientras lo hago.

Amistoso, alegre, atento, agradable, caritativo, amable, simpático, paciente: ésa es la clase de persona que Jesús quiere que sea. ¡Cómo me querrían los demás! Puede parecer una empresa demasiado ambiciosa, pero todo es posible con la gracia de Dios. Por lo menos, puedo intentarlo... ¡ahora!

2

La mayoría de nosotros, en los momentos de mayor clarividencia, nos sentimos apenados de no hacer más por Dios. Tenemos noticias de misioneros que, en las calurosas junglas africanas o en los monótonos poblados coreanos, consumen sus vidas en servicio de Dios; de hombres y mujeres -médicos, enfermeras, profesores, granjeros y mecánicos-, que se han trasladado con sus familias a una nación subdesarrollada para trabajar como misioneros seculares, sin más paga que la necesaria para su subsistencia. Sin irnos tan lejos, vemos alrededor nuestro a personas que tienen poco tiempo para el recreo o el descanso, porque destinan casi todo su tiempo al mejoramiento de la parroquia, la vecindad o la ciudad. Pensamos en todas esas personas, y nos sentimos acomplexados.

Está bien que nos sintamos humillados al contemplar tal heroísmo y generosidad. Sin embargo, la verdadera tragedia no es que la mayoría de nosotros no estemos haciendo cosas grandes por Dios, sino que ni siquiera las cosas pequeñas las

hagamos por Él; esas cosas pequeñas que tenemos tan a mano y que, sumadas, dan una gran cantidad.

Si hemos entendido de verdad cuánto nos ama Jesús a cada uno de nosotros, nos habremos dado cuenta de la profunda compasión que siente por todos los que sufren. Vivimos en un mundo lleno de dolor -físico y mental-, de problemas y de ansiedades; pues bien, todo lo que hagamos por aligerar la carga de nuestro prójimo, aunque sea un poco, será inmensamente agradable a Nuestro Señor.

Sabes por propia experiencia que no es muy difícil hacerte la vida más agradable. Si eres padre, sabes cómo te gusta que te digan «tienes los mejores hijos del mundo»; si eres ama de casa, sabes lo «ancha» que te quedas cuando te dicen que «tu casa está siempre bien puesta y atractiva»; si eres hombre, te creces cuando oyes a tu jefe o a un amigo decir: «¡buen trabajo!». Simplemente un comentario del tipo de «me gusta tu nudo de corbata» o «qué traje tan elegante», provoca en ti una reacción verdaderamente desproporcionada a la relevancia de lo que te han dicho.

Hay una tremenda fuerza animante en una sonrisa, con o sin palabras; la afirmación de su fuerza suena a vulgar, de tan repetida en canciones y versos. Hay algo mágico en la sonrisa que esbozas al dependiente del supermercado con el que cruzas la mirada, o a la persona que ves en la iglesia, cuyo nombre no conoces, o al policía de la esquina, o al cajero de detrás del mostrador, o al cartero que llama a tu puerta. Quizá porque nos parecen demasiado pequeñas, menospreciamos estas cosas; les damos menos valor del que tienen desde el punto de vista de la caridad, desde el punto de vista de Cristo.

Hace poco estuve en el funeral de un amigo que tenía un pequeño negocio de su propiedad. Su negocio podría haber sido más grande y próspero, si no hubiera dedicado tanto tiempo a ser amable con los demás, en detalles pequeños. El sacerdote que predicó en el funeral dijo, con verdad: «Si hubiera que esculpir un epitafio en la tumba de este hombre, debería decir: *siempre tuvo tiempo para ser amable*. Será recordado por mucha gente durante más tiempo que muchos otros ciudadanos más ricos y prominentes. Si todas sus delicadezas se pusieran una encima de otra, llegarían muy alto a los ojos de Dios; pesarían más, con la medida de Cristo, que muchas obras de importancia mundial de las que hemos oído hablar».

De cada uno de los que reclamamos para nosotros el título de cristianos debería poder decirse lo mismo. El adquirir esa fama no requiere cualidades heroicas, sino sólo ser conscientes de que somos instrumentos de Cristo, de que a Cristo le urge hablar y actuar a través de nosotros, de que Cristo quiere hacer de nosotros canales, a través de los cuales llegue a otros su misericordia.

Para empezar, podemos preguntarnos: «¿Cuántas veces he sonreído hoy? ¿Cuántas veces he tenido una palabra de ánimo o de aliento para otra persona?». Después, estaremos en condiciones de examinar nuestro comportamiento en campos más amplios de nuestra actividad apostólica.

3

Cuando examinas tu conciencia, ¿se te ha ocurrido alguna vez preguntarte si has dejado de practicar la virtud del celo apostólico? A menos de que lo hagas de vez en cuando, puedes caer en la falsa y peligrosa tentación de contentarte con la forma en que vives la fe.

Si asistes a Misa con regularidad, recibes los sacramentos con una frecuencia razonable, rezas a diario y contribuyes a las colectas parroquiales y diocesanas, quizá te sientas cómodamente seguro de que eres un buen católico. Pero sólo lo serás si esas

prácticas crean y alimentan en ti el espíritu del cielo cristiano.

El celo puede definirse brevemente como la «preocupación por las cosas de Dios». La persona que practica esta virtud tiene su vida centrada en Dios: lo que es importante para Dios lo es también para él.

Algunas personas, sin embargo, son bastante egocéntricas en su vida interior. El católico egocéntrico es aquel que ve la religión simplemente como un medio para salvar su alma propia e individual; que ve la Iglesia como una agencia -externa a él- prevista por Dios para conducirlo sano y salvo al Cielo, ignorando así que él es la Iglesia..., junto con quinientos millones de hermanos y hermanas suyos de los que es responsable. «Dios me ama -dice confiado el católico egocéntrico-. Jesús ha muerto por mí. Me salvaré.» Las dos primeras afirmaciones son ciertas. Sin embargo, su salvación es dudosa si no se preocupa de los restantes tres mil millones de personas que hay en la tierra, por los que también ha muerto Jesús.

Una buena forma de medir la intensidad de nuestro celo es ver la parte de nuestra oración que dedicamos al honor de Dios y de sus obras. Parte de ésta debemos dedicarla -necesariamente- a nosotros mismos, porque Dios quiere que le pidamos las gracias que necesitemos para irnos al Cielo. Sin embargo, las peticiones para uno mismo no deben ocupar la mayor parte del tiempo: hay demasiados asuntos distintos de éste que llevar a nuestra oración.

El celo por el honor de Dios se traducirá en mucha oración de adoración: actos de fe, de esperanza y especialmente de amor y de total entrega. El honor de Dios nos llevará, asimismo, a hacer actos de desagravio: oraciones y mortificaciones con las que reparamos a Dios por los innumerables pecados con los que diariamente se le ofende. Encontraremos la paz ofreciendo a Dios la Misa como un acto de pura y perfecta adoración al Dios Santo e infinito.

La preocupación por las cosas de Dios se mostrará, asimismo, en las oraciones que ofrezcamos por el Cuerpo Místico de Cristo, del que formamos parte. Pediremos por el Romano Pontífice, para que tenga la gracia y sabiduría necesarias para su tremenda misión de guía. Pediremos por nuestros obispos, sacerdotes y religiosos, de los que la salud y el crecimiento del Cuerpo de Cristo depende en tan gran medida. Pediremos especialmente por los misioneros, hombres y mujeres que están tan expuestos a la soledad y el desánimo; por la gente entre la cual trabajan, en nuestro país o fuera de él, para que sus corazones se abran a la Palabra salvadora de Cristo.

De modo muy especial -y siempre- pediremos por los que nos rodean, recordando que, como en una cadena humana, o entramos en el Cielo todos de la mano o no entraremos. Si estas intenciones ocupan la mayor parte de nuestra oración, entonces sí que tenemos celo, en mayor o menor medida.

No obstante, el celo verdadero no se contenta sólo con la oración. Son nuestras acciones las que, de modo más claro, lo ponen de manifiesto. ¡Podemos hacer tanto por Dios si son sus intereses los que nos mueven!

Un primer paso que podemos dar es esforzarnos por ser instrumentos más útiles en las manos de Dios. Esto lo lograremos, en gran medida, con un plan serio de lecturas. Podemos leer libros que aumenten nuestros conocimientos de la fe y nos hagan más capaces de explicarla a los demás. Podemos leer revistas católicas, que nos hagan conocer los problemas con los que la Iglesia de Cristo se enfrenta en el mundo de hoy, y nos indiquen el papel que podemos jugar en su solución.

Si se presenta la oportunidad en nuestra comunidad local, podemos participar en las clases de educación para adultos: un curso de oratoria hará que tengamos más seguridad en nosotros mismos y mayor eficacia al hablar en nombre de Cristo; un curso de sociología nos mostrará la interacción de fuerzas que actúan en nuestra sociedad, a

las que tendremos que hacer frente si queremos mejorarla; un curso de psicología nos hará comprender mejor las raíces de nuestra conducta y la de los demás, y nos aumentará la capacidad de comunicarnos con el prójimo; un curso de filosofía y teología nos ayudará a llegar al fondo de los problemas, contemplándolos desde el punto de vista de Dios; un curso de literatura e historia ampliará nuestros horizontes, liberándonos de la estrechez de miras y dando mayor profundidad a nuestros pensamientos y palabras.

Dios quiere que cultivemos los talentos -pocos o muchos- que nos ha dado.

En las parroquias suelen estar en marcha clases de Catecismo para pequeños y mayores a las que podemos ofrecer nuestra cooperación; además, nada impide que colaboremos en las catequesis organizadas en escuelas, por ejemplo, que siempre son una ayuda para la acción parroquial. También las Conferencias de San Vicente de Paúl son un instrumento muy eficaz para proporcionar ayuda material y espiritual a los necesitados, igual que otras actividades benéficas -como, por ejemplo, dispensarios parroquiales o no- nos ofrecen un extenso campo de acción. Todo esto aparte del apostolado que hacemos, a título personal, impulsados por nuestro propio celo cristiano.

¿Y qué podemos decir de la tarea de convertir a otras personas? Si hay en nuestra parroquia clases de Catecismo, el celo seguramente nos urgirá a buscar asistentes a las mismas. Si nuestra parroquia es demasiado pequeña para mantener esas clases, nada nos impide fijarnos en los amigos y vecinos que puedan mostrar algún interés por la fe católica, y convencerles de que nos acompañen al rectorado de la parroquia para presentarles a algún sacerdote que les indique dónde pueden recibir esa instrucción.

Lo que caracteriza a las células sanas de un cuerpo vivo es la capacidad de reproducirse por sí mismas. En el Cuerpo de Cristo hay muchas, demasiadas, células estériles. Es una verdadera tragedia que haya tantos católicos que no han colaborado con Dios en ninguna conversión. Nuestro Señor depende de que nosotros queramos ser sus instrumentos para convertir a otras almas. Es cierto que muchos de nosotros, con nuestra oración y mortificación ofrecidas, podemos haber conseguido conversiones que no conocemos. Sin embargo, nuestra *acción* puede y debe ser tan real como nuestra oración. Lo que hagamos puede ser algo muy sencillo, como prestar a un amigo no-católico un escrito de literatura católica, instándole a leerlo: «Tengo aquí un artículo muy interesante que creo que te gustará».

Al repasar las manifestaciones de nuestro celo no olvidemos las oportunidades que la vida civil nos ofrece. Algunos católicos creen erróneamente que una «buena acción» debe hacerse en nombre de la Iglesia o, por lo menos, tener algún propósito expresamente religioso. No es así: todo lo que contribuye al bienestar de los hombres es agradable a Dios, si se hace por amor suyo. Los movimientos para la mejora de las ciudades, la creación de escuelas, las asociaciones de padres y profesores, las iniciativas de ayuda a la comunidad, y otras muchas empresas cívicas se ofrecen al celo del que se preocupa por las cosas de Dios.

«¿Y de dónde saco el tiempo?», puede preguntar alguien. La virtud del celo lleva consigo sacrificio. Tal vez tengamos que dejar una noche de diversión, o perdamos nuestro programa favorito de televisión, o recortemos el tiempo que dedicamos a alguna otra afición o «hobby». El celo verdadero siempre encuentra tiempo. Está claro que ninguno de nosotros podemos participar en *todas* las empresas buenas y nobles; pero sí colaborar, por lo menos, en una pequeña parte de éstas.

En las obras de celo, la capacidad y las oportunidades varían ampliamente, según la educación que hayamos recibido (aunque ésta no influya tanto como a veces creemos), según el sitio donde vivamos y las exigencias de nuestras obligaciones con la

familia. Sin embargo, parece claro que no todos los católicos egocéntricos son padres analfabetos de familias de dieciséis hijos que viven en islas desiertas.

IX. Conocerse a uno mismo

I

El éxito de las grandes empresas norteamericanas está, en gran parte, en su política de continua autoevaluación. Sus consejos de administración y equipos de dirección se hacen con frecuencia preguntas como éstas: «¿Qué departamentos rinden más? ¿Cuáles no? ¿Qué hay que mejorar? ¿Por qué? ¿Cómo?». Sin esa constante autoevaluación, un negocio se hundiría o, por lo menos, perdería casi toda su virulencia.

La vitalidad de nuestra vida interior depende también de una autoevaluación periódica. Como persona, necesitamos un informe de nosotros mismos más que una empresa. Los humanos tenemos una desgraciada facilidad para engañarnos a nosotros mismos: nos persuadimos, sin dificultades, de estar haciendo algo muy bien, cuando en realidad no es así. Además, tenemos una fuerte tendencia a fijarnos una línea habitual de conducta y nos resistimos a cualquier intento -incluso por parte de Dios- que nos haga salirnos del camino por el que estamos acostumbrados a ir. Como cambiar nos resulta incómodo, cerramos los ojos ante la necesidad de hacerlo. He aquí la razón por la que el examen de conciencia es tan necesario para nuestro crecimiento interior.

Desgraciadamente, muchas personas sólo conciben el examen de conciencia como un preludio de la confesión, generalmente muy breve. La mayoría cometen el error aún mayor de creer que el examen de conciencia es un mero «contar» pecados; a quienes así piensan no se les ocurre ir a las causas, preguntarse: «¿Por qué lo hice? ¿Qué hay que cambiar?». De este modo, la cizaña espiritual sigue creciendo, porque las raíces permanecen intactas.

El confesar que se quiere a Dios no tiene sentido si no va unido al propósito serio de crecer en fidelidad. Por otro lado, no es posible crecer en santidad sin un examen de conciencia frecuente. Muchos católicos lo hacen al tiempo que las oraciones de la noche; sin embargo, también ellos lo suelen limitar frecuentemente a la pregunta: «¿Qué pecados he cometido hoy?». Si sólo me pregunto «¿Qué?», y no «¿Por qué?», mis pecados de mañana serán, muy probablemente, los mismos que los de hoy. El único cambio que podré lograr será el de que vayan siendo menos numerosos. Ahora bien, en un buen examen de conciencia, las causas son mucho más importantes que el número.

Además, el examen de conciencia debe tener su parte positiva. No cometer pecados es sólo media parte de la vida interior, la media parte negativa. Sobrenaturalmente hablando, estamos andando a la pata coja si nuestra idea de santidad se limita a evitar el pecado. Dios espera que hagamos todo *por* Él; que practiquemos la virtud, además de rechazar el vicio. Un buen examen de conciencia deberá incluir preguntas como las siguientes:

¿Cuántas veces he vivido hoy el cariño con los demás, olvidándome de mí mismo?

¿Cómo he vivido la paciencia ante lo que me ponía nervioso?

¿Con qué frecuencia he tenido una palabra de alabanza o de consejo para otro?

¿He tenido hoy presencia de Dios continuamente?

¿Cuántas veces he pensado, antes de tomar una decisión, qué era lo que Dios quería de mí en ese momento?

Independientemente de nuestro examen diario, haríamos bien en hacer otro con

mayor detenimiento, por lo menos cada semana. Quizá nos fuese posible, semanalmente, detenernos en una iglesia al volver del trabajo o de las compras. Ahí, en un banco delantero de la silenciosa y vacía iglesia, con los ojos puestos en el Sagrario, podemos celebrar nuestro consejo de administración personal. La oración

introdutoria puede ser breve: «Señor, ayúdame a saber lo que quieres de mí».

Luego, podemos proceder a una revisión de nuestra situación actual:

Sinceramente, ¿qué parte ocupa Dios en mi vida?

¿Lucho de verdad -día a día- para hacer de la voluntad de Dios la norma y medida de mi conducta?

¿Qué proporción de lo que hago es de verdad relevante, contemplado con ojos de eternidad?

¿Qué hay que cambiar?

¿Qué hay que cambiar cuanto antes?

¿Dónde y cómo he de empezar a hacerlo?

Con el examen diario y semanal, desarrollaremos la capacidad, que ahora tenemos dormida, de hacer más y más el bien; la vida tendrá más sentido, al experimentar la satisfacción que nos proporcionarán los resultados.

2

Entre otras cosas, quizá sientas que debes preguntarte: «¿No tengo demasiado aire de suficiencia?». El individuo autosuficiente es un personaje penoso: es el hombre (o mujer) que habla por los codos, jactándose de sus proezas, reales o imaginarias, repitiendo en su conversación nombres de gente importante a la que asegura conocer, teniendo la solución para todos los problemas.

Similar al jactancioso es la persona que siempre trata de atraer la atención hacia él. Otra figura común es aquel que todo lo critica, restando importancia a cualquier plan o idea, a menos que él haya sido el primero en proponerlo.

Tales personas son dignas de compasión, porque no son nunca felices. Su conversación y su conducta, entre ridículas e irritantes, son los mecanismos a través de los cuales pretenden defenderse de un sufrimiento que les acucia constantemente. La verdad es que, en el fondo de sí mismos, sufren un acusado complejo de inferioridad e inadaptación, demasiado doloroso como para tolerarlo o enfrentarse con él. En consecuencia, cargan durante toda su vida con el irremisible propósito de probarse a ellos mismos que eso no es cierto, y que la realidad es que son personas importantes.

Sus ineficaces esfuerzos deben movernos al cariño hacia ellos más que al enfado. Debemos tolerar su «necesidad» de alabanza, atención y reconocimiento constantes. Debemos ser comprensivos con ellos por la simple razón de que tales personas no son más que una proyección exagerada, una proyección en «cinerama» de nosotros mismos. Todos tenemos el deseo, fuertemente enraizado, de considerarnos importantes, de convencernos de que sobresalimos en algo, de que se cuenta con nosotros. Los psicólogos consideran una de las necesidades básicas del hombre este ansia de que nos tengan en cuenta en alguna medida. Si no experimentamos lo que valemos, nuestra personalidad se verá inevitablemente frustrada.

Hay poca gente que no padezca, en ocasiones y en pequeña medida, ese complejo de inferioridad e inadaptación. Otras veces, en cambio, el complejo se acentúa más; por ejemplo, cuando cometemos una falta humillante de cualquier tipo, o cuando alguien nos ha dejado atrás con un éxito notable. Tengo idea de que los jubilados y los ancianos sufren con frecuencia complejo de inútiles y echan de menos que se valoren sus acciones, al verse marginados del agitado mundo en que vivimos, por su

involuntaria inactividad.

Incluso para las personas más brillantes, no ha habido ninguna época tan humillante como la nuestra. Oímos que otras personas descubren medicinas maravillosas, diseñan naves interplanetarias, adquieren fama en el arte, la ciencia o la aventura. Mientras tanto, nosotros seguimos por el mismo camino, tan rutinario y aburrido como siempre.

Nuestra fe es un antídoto maravilloso contra esas tentaciones de sentirnos inferiores. Sabemos por ella que el único propósito global de nuestra exigencia es dar gloria a nuestro Padre del Cielo, entregándonos con toda el alma al cumplimiento de su voluntad. Si hemos comenzado el día ofreciéndonoselo sin reservas a Dios -con todos nuestros pensamientos, palabras, obras y sufrimientos- y lo vivimos en estado de gracia, *habremos volado hasta la cumbre*. Nuestras acciones, por pequeñas que sean, estarán llenas de sentido y tendrán valor eterno. Hasta el hecho de atarnos los cordones de los zapatos reverberará en el Cielo.

Nuestro día puede ser rutinario e improductivo desde el punto de vista de una sociedad que juzga sólo por los resultados materiales; pero si lo hacemos en unión con Dios, habrá sido un millón de veces más importante que el del hombre que, sin importar le Dios, haya hecho aterrizar un satélite en la luna ese día.

¿Inferior? ¿Inútil? ¿Inadaptado? No, mientras te queden fuerzas para decir: «Por Ti, Dios mío; todo lo hago por Ti».

3

— ¿Cuál es tu actitud hacia Dios?

— Bueno, supongo que la misma que la del resto de la gente -puedes responder-. Creo que Él es mi Creador y Redentor. Lucho por amarle con todo mi corazón, y trato de mostrar ese amor cumpliendo sus mandamientos.

Ésa es una respuesta razonable para una pregunta inesperada. Si reflexionas un poco más, sin embargo, te darás cuenta de que tu actitud hacia Dios *no* es como la del resto de la gente.

Lo que crees de Dios es lo que todos los católicos creen: Dios es espíritu puro; en Él hay tres Personas; Él es nuestro Creador y Redentor; Él es nuestro Juez, nuestro fin y nuestra recompensa. Él nos ama, nos ayuda con su gracia y escucha nuestras oraciones. Éstos son los hechos. Sin embargo, cuando oímos estas realidades en la infancia las fijamos en nuestra mente. A cada una de esas verdades le damos un especial colorido, de acuerdo con nuestra personalidad y forma de ver las cosas. Si los espíritus pudieran tener una imagen, diríamos que nos hicimos nuestra propia imagen de Dios, distinta de la que cualquier otro hombre se haya podido hacer.

La primera noción que conocernos de Dios suele ser la de Dios como Padre. Éste es, además, el concepto que mejor le define y el más duradero.

Supongamos que tu padre era una persona estricta y severa. Era siempre justo, de acuerdo; pero no tardaba en perder los estribos ante tus travesuras infantiles y era riguroso en sus castigos. Por ello, puede que tal vez tengas una imagen un tanto sombría de Dios, sobrecargada con el temor constante de su ira, de su juicio y de sus castigos. Tu actitud hacia Dios puede estar llena de ansiedad, e incluso de temor servil.

Imaginemos, por poner otro caso, que tu padre era reservado e introvertido, más bien reacio a los besos y carantoñas a sus hijos. En ese caso, aceptarás por la fe el hecho de que Dios te ama, pero tal vez te resulte difícil darte verdadera cuenta del amor intenso, personal y posesivo que Dios tiene por ti. Tu actitud hacia Dios puede consistir en un cierto sentido de lealtad, austero e impersonal.

Tu padre pudo ser una persona tan centrada en su trabajo que no tuviera mucho tiempo para pensar en sus hijos. Si así fue, quizá veas a Dios como un ser distante y despreocupado de ti y de tus intereses.

Tu padre pudo ser un padre locamente emotivo, que ignorase su mala conducta, o que se riese cuando debería haberte reñido. Así, tal vez sientas la tentación de menospreciar la justicia divina. Quizá creas que puedes pecar impunemente, o que puedes esperar el perdón si no te reformas.

Por último, pensemos que tu padre conjugaba la justicia con la paciencia y la comprensión; que era generoso en sus muestras externas de cariño; generoso también con el tiempo y la atención que dedicaba a sus hijos. Con un padre así, es de suponer que tu actitud hacia Dios sea de completa confianza y de entrega alegre y sin temores; lo más seguro es que estés feliz y sereno con tu vida interior.

Difícilmente puede cambiarse completamente la formación emocional que recibiste en tu niñez. A medida que crecemos en madurez, no obstante, nuestro conocimiento de Dios es más profundo. La lectura espiritual y los retiros periódicos pueden ser especialmente útiles para reformar la primitiva imagen que teníamos de Dios.

Con todo, puedes seguir sintiéndote insatisfecho con la discrepancia entre el Dios de tu cabeza y el Dios de tu corazón; puedes estar especialmente descontento de no sentirte más cerca de Dios, de que a tu oración le falte adoración y espontaneidad.

¡Ánimo! Dios es un Dios de amor. Conoce tu interior y tus dificultades emocionales mejor que tú mismo. Nunca te pide más de lo que puedes dar. Cuando haces las cosas lo mejor posible, Dios está contento, a pesar de que ese «lo mejor posible» esté lleno de imperfecciones.

4

¿Eres una persona demasiado sensible? Espero que no, porque una persona hipersensible se crea una gran cantidad de infelicidad innecesaria y es una carga para su familia y sus amigos.

María Pérez, por ejemplo, tiene una sensibilidad anormal. Se cruza con su amiga Elena López por la calle. Elena no le dice nada. María vuelve a casa terriblemente deprimida, preguntándose: «¿Qué habré hecho para que Elena se porte así conmigo?». En realidad, Elena estaba muy preocupada pensando si debía o no comprarse el traje de 9.999 pesetas que acaba de ver. Ni siquiera vio a María Pérez.

Juan Martínez es otro ejemplo. Sentado en su despacho, contempla a dos compañeros de trabajo en el pasillo, charlando y riéndose. Juan está seguro de que están hablando de él. La verdad es que están discutiendo sobre una sorprendente victoria que su equipo favorito obtuvo anoche. Pero los pensamientos de Juan son muy otros.

Un tercer caso es el de Juana Rodríguez. El presidente de «su» asociación benéfica dijo: «Agradecería a los señores miembros que dejaran los comentarios para después de la reunión y pusieran atención a lo que estamos haciendo». Juana lo consideró como una alusión personal y abandonó la sociedad.

La persona que siempre está siendo despreciada, ofendida, deliberadamente ignorada, o a la que «se está poniendo verde», es, sin duda alguna, demasiado sensible. Todos nosotros nos hemos encontrado alguna vez con gente irritante, pero sólo en contadas ocasiones. La gente que ofende a los demás a propósito constituye una pequeña proporción; no es posible encontrárselos cada día.

Otra muestra de nuestra sensibilidad es el grado con el que nos preocupamos de lo que los demás piensan de nosotros. Es perfectamente normal el deseo de estar bien

considerado por los demás; los psicólogos nos dicen que la «aceptación de los iguales» (es decir, el estar bien considerado por nuestros compañeros) es una de las necesidades más básicas del hombre. La persona que dijese: «no me preocupa lo que piensen los demás», daría muestras de ser más anormal -y, ciertamente, más orgullosa- que el alma demasiado sensible.

Necesitamos ser aceptados; pero la persona demasiado sensible siente esa necesidad con apremiante urgencia. La mayoría de nosotros nos damos por satisfechos con estar bien considerados y ser respetados. Es necesaria una afrenta o descortesía inequívocas para que nos resintamos. No nos enfadamos fácilmente porque tenemos una buena imagen de nuestro valor personal. Cuando nos miramos en el espejo de nuestra mente, nos gusta lo que vemos. Nos damos por satisfechos si vemos que a los demás también les gusta. Esto no significa que seamos vanidosos. Significa, simplemente, que estamos contentos con nosotros mismos tal y como Dios nos ha hecho. Sabemos que ha obrado bien haciéndonos como somos y no deseamos ser ningún otro. Esto no es orgullo, sino un estado emocional perfectamente normal y deseable.

No es tampoco el orgullo lo que hace a la persona hipersensible sentirse ofendida con tanta facilidad. Por el contrario, sufre un complejo de inferioridad en su subconsciente. Este complejo puede deberse a alguna circunstancia desafortunada de la infancia: tal vez a la incapacidad para cumplir con los exagerados planes que los padres le habían trazado. Sea cual fuere la razón, la persona demasiado sensible no está contenta con la imagen que tiene de sí misma. Tiene el oculto temor de no ser respetada y aceptada por los demás. Inconscientemente, *espera* ser minusvalorado. En consecuencia, ve la ofensa donde no la hay.

En su forma más extrema, la hipersensibilidad puede requerir la ayuda del psiquiatra para su curación. No obstante, si es menos acusada, como suele suceder cuando aparece, bastan la oración y la lucha para superar sus inconvenientes. La inseguridad subyacente puede no ser eliminada, pero sí pueden detectarse las manifestaciones externas. Si nos damos cuenta de que nuestra hipersensibilidad es causa de muchos enfados inmotivados, e incluso de la infelicidad de los que nos rodean, la caridad se encargará de exigir que realicemos esa tarea.

5

Dios quiere, sin duda, que disfrutemos al practicar la religión. Pero esto no quiere decir que el buen cristiano tenga que ir cantando y brincando todo el día. Significa que -normalmente- debemos encontrar en nuestra fe una fuente de silenciosa alegría, de paz interior. Si la inquietud u otro defecto de la mente es algo crónico en nuestra vida interior, podemos sospechar que la culpa es de alguna dificultad humana subyacente: No es corriente que Dios nos pruebe con un permanente desasosiego interior.

Uno de los fenómenos que más comúnmente quitan la paz es el conocido con el nombre de escrupulosidad. La persona escrupulosa tiene deformada la capacidad de juzgar en materias morales: ve pecado donde no lo hay, o bien por deformación de las ideas (al pensar en Dios lo piensa severo y justiciero siempre más que como Padre amoroso); o por temperamento (es «preocupón», tiende a ahogarse en un vaso de agua); o por soberbia (se quiere no tener ni el menor fallo, porque le afea a uno mismo y por temor servil a Dios). Nunca está satisfecha con sus oraciones y las repite hasta la saciedad. En la confesión siempre tiene miedo de no haber dicho los pecados adecuadamente, y quiere repetirla una y otra vez para asegurarse; a duras penas podrá el confesor tranquilizarla, y tenderá a abandonar el confesonario tan inquieta como llegó.

Los escrúpulos tienen una vertiente psicológica -falla la formación y el equilibrio humano- y otra moral; de esos dos aspectos, el dominante en algunos casos puede ser el primero, es decir, que la psicología de la persona en cuestión sea tan enfermiza que llegue a constituir un auténtico caso patológico: una neurosis que, esta vez, se manifiesta en la vida moral de la persona, como podría hacerlo en otros campos: un hombre, por ejemplo, puede ser anormalmente indeciso en su profesión, o en otra ocupación, sintiéndose obligado a revisar una y otra vez su trabajo; una mujer puede sentirse forzada a barrer su casa seis o una docena de veces al día y no quedarse convencida de que está limpia.

En estos casos, los escrúpulos constituyen un problema emocional más que espiritual y, claro está, el confesor no puede hacerlo todo para curarlos. Atenderá pacientemente a esa persona, le ayudará a controlar su defecto, procurará serenarla, pero a veces se requerirán también remedios médicos, y no sólo los consejos espirituales y la ayuda de la gracia.

En cambio, en los casos normales, cuántas veces la gracia y la paciencia y la fortaleza de un confesor han devuelto poco a poco la paz y la alegría a un alma atormentada por escrúpulos; incluso, al corregirse el defecto que desencadenó esa tendencia al escrúpulo -hacerse menos «preocupón», menos complicado interiormente, fiarse más de Dios, etc.- mejora el equilibrio de la personalidad y la capacidad de juicio, no sólo en moral, sino también en otros campos: se madura interiormente.

Los sentimientos de culpabilidad son otro tipo de problemas psicológicos que pueden complicar la vida interior de una persona, quitándole su alegría en la práctica de la religión. Que se tengan sentimientos de culpabilidad, en el sentido psicológico del término, no quiere decir simplemente que se reconozcan los pecados cometidos. Cualquier persona normal se siente culpable cuando ha cometido un pecado deliberadamente, y es bueno que así sea. Este sentido de culpabilidad desaparece, no obstante, cuando el pecador se arrepiente, se confiesa y obtiene el perdón de Dios. En cambio, si el sentimiento de culpabilidad se debe fundamentalmente a un defecto psicológico, constituye como un telón de fondo oscuro de todo lo que pensamos y hacemos, como una vaga convicción de falta de valía personal, que ni el arrepentimiento ni la absolución pueden aliviar establemente. Habrá que reforzar la vida interior del que padezca estos sentimientos, ayudándole a que confíe más en la misericordia infinita de su Padre Dios, para lo que servirá la frecuencia de la confesión, la comunión y una sana dirección espiritual; habrá también que fomentar la virtud humana del optimismo, para que se vaya acostumbrando a valorar también las cosas buenas; pero en algunos casos declarados, habrá que acudir a los servicios psiquiátricos.

Cristo nos dio los sacramentos para nuestra salud espiritual, y no para la física o psicológica; aunque no olvidemos que un espíritu de verdad sano con la gracia de Dios influye en la actitud psicológica e incluso en la forma física. De por sí, el sacramento de la penitencia no curará una neurosis como tampoco curaría una tuberculosis, pero es verdad que la oración y los sacramentos son una ayuda, de hecho, dándonos fortaleza y optimismo para superar la cruz que significan nuestros padecimientos físicos y mentales.

6

¿Cuándo es mortal un pecado? Esta pregunta tiene una fácil respuesta: todos podemos recordar la lección del catecismo en la que aprendimos que un pecado es mortal cuando se desobedece a Dios en materia grave, con plena advertencia de lo que hacemos y consentimiento pleno de la voluntad. La definición es suficientemente clara.

Sin embargo, al aplicarla, podemos encontrar algunas dificultades.

El elemento «materia grave», normalmente, y si uno se fía de Dios, del Evangelio y de la Iglesia más que de su propia cabeza y de sus gustos, no ofrece especiales dificultades. La moral católica, razonando a partir de los principios de la ley natural y divina, nos dice qué actos u omisiones son incuestionablemente graves. De este modo, es materia grave quitar la vida a otro injustamente o hacerle un daño físico considerable; es materia grave quitar la fama a otro o dañarle seriamente en sus bienes o no dar el salario a un obrero; es materia grave ceder a los impulsos sexuales fuera del matrimonio o, en él, cerrando arbitrariamente la apertura a la vida. Éstas y otras muchas faltas morales han sido claramente calificadas de graves.

No, no es la «materia grave» la causa de las dificultades reales a la hora de determinar el pecado mortal, en una persona de mediana formación. Tampoco lo es el elemento «plena advertencia». Está suficientemente claro que no podemos normalmente cometer un pecado por ignorancia (a menos que sea una ignorancia culpable, o fingida, o fácilmente vencible), ni por olvido ni por semiinconsciencia. No podemos ofender a Dios si no sabemos lo que estamos haciendo y -fuera de esas falsas ignorancias- sin saber que esa acción ofende a Dios. Aunque podemos sentirnos vagamente culpables si inadvertidamente hemos comido carne un viernes de Cuaresma, el sentido común nos dice que ahí no ha habido pecado, y mucho menos grave.

Sólo cuando nos enfrentamos con el requisito del «consentimiento pleno de la voluntad» parece que surgen problemas más complicados. Por un lado, hay que saber cuándo se ha consentido o no, lo que a veces puede encerrar cierta dificultad, sobre todo si se trata de pecados internos (movimientos de ira o de odio, pensamientos de impureza, juicios temerarios, etc.): ¿habré consentido o no?, se pregunta el interesado a veces con preocupación. Lo interesante es saber que la tentación -aunque se reitere y por fuerte que sea- no es pecado: pecado es aceptarla o ponerse voluntariamente en ocasión de aceptarla. Pero no es lo mismo sentir que consentir: tantas veces sentimos sin que intervenga la voluntad -sin quererlo-; por ejemplo, cuando «sentimos» envidia y, de verdad, no querríamos sentirla, tanto que incluso nos lo repetimos una y otra vez; consentir en esa tentación es admitir, ya con la voluntad, verdadera pena por el bien ajeno o verdadera alegría -de la voluntad- por el mal que haya sufrido. Eso es pecado.

Pero además de esa posible dificultad -que se allana a medida que se forma la conciencia-, el tema del consentimiento se complica frecuentemente con la aparición de numerosos «imponderables». ¡Hay tantos factores que pueden interferir en la libre elección de nuestra voluntad y que pueden disminuir la responsabilidad de un acto! Temor, preocupación, tensión, pasión, cansancio... son sólo una muestra de las variables que pueden influir, y que de hecho influyen, en nuestra voluntad. Por ejemplo, una persona cansada y excitada no es tan responsable de un enfado repentino como otra que esté reposada y relajada.

Pero no nos llamemos a engaño: esos «imponderables», habitualmente, no llegan a anular la libertad y la responsabilidad humanas; afirmar lo contrario sería reducir la condición del hombre a la del animal: un perro no puede sustraerse a la atracción de un hueso, y el hombre, en cambio, si se lo propone, puede -y debe poder, si quiere ser y vivir como hombre- dejar de probar un guiso. Lo ordinario es que el hombre, aun con todos los condicionantes que se quiera, actúe libremente -nada ni nadie puede decidir, en último término, por él-. Todos tenemos conciencia de esto. Lo que influye en la voluntad -las pasiones, las deformaciones culturales o de ambiente, los hábitos adquiridos, etc.- raramente puede anular nuestra responsabilidad, igual que la virtud de un monje austero no deja de ser meritoria porque se la facilite el ambiente severo del monasterio.

Estos principios generales hay que saber aplicarlos con sumo cuidado ante otros influjos que pueden afectar a la voluntad, como pueden ser las condiciones normales de la mente, que la psicología moderna no conoce aún bien. En algunos casos patológicos, las coacciones internas, las fobias y complejos, pueden hacer difícil -y en ocasiones imposible- el libre ejercicio de la voluntad: piénsese, por ejemplo, en los cleptómanos. Casos como el señalado son extremos. En cambio, los que nos consideramos mental y emocionalmente sanos, podemos vernos afectados -en menor medida- por influjos que pueden pasarnos inadvertidos, pero que rara vez pueden llegar a anular nuestra libertad y, por tanto, nuestra responsabilidad; rara vez llegan a cegar la mente de tal manera - como podría hacerlo, por ejemplo, un miedo incontrolable- o a anular la voluntad, aunque puedan atenuar su responsabilidad: es obvio que es mayor crimen matar a sangre fría que en una inesperada y apasionada discusión, aunque, si en ambos casos hay consentimiento de la voluntad, en ambos casos hay ofensa gravísima a Dios.

Lo que llevamos dicho nos ha de valer -y ésta sería nuestra primera conclusión- sobre todo para juzgar de la bondad o maldad y de la gravedad de nuestros propios actos. De los de los demás -y más aún de sus intenciones-, en rigor, sólo puede juzgar Dios: sólo Él conoce lo que hay en el interior del hombre; sólo Él sabe todas las presiones (y hasta qué punto han influido) en el ejercicio de un acto de la voluntad de nuestro prójimo: puede éste haber realizado alguna acción que, objetivamente contemplada, sería pecado mortal. Tal vez podremos decir: «Es una acción pecaminosa», y deberemos procurar ayudarle a que no la vuelva a cometer; pero nunca deberemos juzgar: «Ha hecho un pecado mortal», porque sólo Dios puede hacer ese juicio.

Otra conclusión de lo que llevamos dicho es que la persona de buena voluntad, que, de verdad, pone todo su empeño en cumplir lo que Dios le pide, nunca debe desanimarse cuando su progreso sea lento o parezca que no avanza. Quizá esa persona concreta en un momento concreto y en unas circunstancias concretas, para subir un escalón ha de luchar más que otros que suben -por las razones que sean- con mucha soltura un tramo entero. Sólo Dios puede medir, en último término, hasta qué punto estamos luchando. Y mientras sigamos luchando, no podemos dudar de la victoria final.

X. Los padres, formadores de santos

1

Si eres padre, especialmente si eres un padre joven, puedes sentir la inquietud de no saber si te adecuas a la psicología del niño. ¡Ten confianza! La realidad es que eres mejor psicólogo de lo que crees.

La infancia es la época de mayor vulnerabilidad en el desarrollo de la personalidad humana. Los padres que llevan a sus hijos a la pubertad libres de prejuicios psicológicos serios, pueden luego «retirarse a descansar». Sus responsabilidades futuras como padres no deben dejar de preocuparles, pero la época más crucial ha terminado. A la edad de doce años, más o menos, la personalidad humana está sólidamente asentada. No habrá grandes alteraciones posteriores.

Desde el momento de su nacimiento -se ha dicho que incluso antes- una de las grandes necesidades que el niño experimenta es la de ser amado. Es el amor lo que le hará sentir su propio valor. Es amado; por lo tanto, es capaz de ser amado; luego, su persona tiene un valor. Además, el amor hace que el niño se sienta seguro; no sufrirá ninguna tensión porque, siendo amado, sabe que alguien cuida de todas sus necesidades.

El niño, por supuesto, no se hace estos razonamientos. En sus primeros años, especialmente en la infancia, un niño opera sobre todo a nivel del instinto. Pero su instinto es agudo y perceptivo. Es difícil para nosotros, los adultos, imaginar lo desarrollada que está la sensibilidad de una criatura con respecto a la presencia o ausencia de cariño a su alrededor.

El ser rechazado, o el no ser amado, es uno de los daños más serios que pueden hacerse a un ser humano. Un niño que no se sienta querido sufrirá dificultades emocionales a lo largo de toda su vida. En sus años maduros mostrará -inevitablemente- dificultades en su personalidad. De alguna forma, tratará de defenderse contra profundos sentimientos de rechazo e inseguridad, demasiado dolorosos de admitir conscientemente.

La falta de cariño no es la única causa por la que un niño puede sentirse inseguro. El mismo resultado, si bien de forma menos perniciosa, producirá la continua discordia en el hogar, los gritos y enfados de los padres que discuten dejarán su huella en el cerebro y en todo el sistema nervioso, y en la personalidad misma del niño. Los dos que se enfrentan son aquellos de los que el niño debe depender si quiere vivir. Sus discusiones le inspiran el temor de que su hogar se destruya; temor que, además, puede llevarle a tener que escoger entre las dos personas que más quiere. Un niño, en estas circunstancias, vive sometido a una continua tensión. A modo de ejemplo, se ha comprobado, por medio de encuestas en los colegios, que un niño inteligente que falla en sus estudios ha sido, en muchas ocasiones, víctima de las discordias en su hogar. Si se tiene en cuenta la complejidad del proceso del desarrollo de la personalidad, podemos dar gracias a Dios por haber hecho tan sencillas las reglas de la paternidad. Realmente, éstas pueden reducirse a dos básicas.

La primera es: padres, quered a vuestros hijos. Con la palabra y con las obras, dadles frecuentes muestras de vuestro amor. Nunca dirás a tu hijo «te quiero» bastantes veces. Nunca le podrás amar demasiado. El tipo de niño llamado «consentido» no es la víctima de un amor excesivo, es la víctima de unos padres reacios que, sintiéndose culpables, tratan de compensar el amor, que no son capaces de dar, satisfaciendo los caprichos del hijo. El amor no está reñido con la disciplina. Si hay amor, éste se manifestará incluso en el castigo: «Porque te quiero tanto, y deseo que seas feliz en la vida, tengo que castigarte; no a ti sino tu falta». Aunque no lo diga con palabras, ése será el mensaje que llevará el amor de un padre.

La segunda regla fundamental es: padres, quereos. Que vuestros hijos *vean* que os queréis. No hay seguridad mayor que puedas dar a tus hijos de que su mundo es estable y seguro.

Un conocimiento más profundo de la psicología infantil puede ser útil, en relación con muchos problemas incidentales de la paternidad. Pero si los padres se aman de verdad y aman a sus hijos, ya están poniendo firmemente por obra el 90 por 100 de dicha psicología.

2

Es natural que los padres tengan ambiciones para sus hijos. Si queremos a alguien, necesariamente deseamos que sea feliz. Equiparando la felicidad con el éxito, muchos padres anhelan los triunfos de sus hijos: en el colegio ahora y, después, en la vida profesional. Más aún: los padres tienden a medir su propio éxito como padres, por el éxito -material o espiritual- de sus hijos. Si su hijo saca matrículas de honor, o consigue un trabajo importante, o se casa con un buen partido, o entra en un convento, o es ordenado sacerdote, papá y mamá sienten el *triunfo como* si fuera suyo: es la prueba

de que han formado a su hijo bien.

Este orgullo paternal es comprensible. Es una de las recompensas que acompañan a los sacrificios de la paternidad. Sin embargo, esta ambición y este orgullo llevan consigo un peligro oculto: el de que, en su celo por el futuro del hijo, traten de que éste vaya más allá de los límites de su capacidad. No hay forma más segura de conseguir que un niño tenga complejo de inferioridad que pedirle más de lo que es capaz de dar.

El celo excesivo se manifiesta especialmente en la actitud de los padres con respecto al rendimiento escolar de sus hijos. Por la misma naturaleza de los porcentajes, el 50 por 100 de los niños tendrán una capacidad mental media o inferior a la media. Sin embargo, muchos padres encuentran dificultades para aceptar que su hijo sea normal. Presuponen que todo hijo suyo debe ser un superdotado.

En consecuencia, a Juanín, que tiene un coeficiente intelectual por debajo de 100 y al que le cuesta gran esfuerzo aprobar las asignaturas, se le «pincha» y se le empuja para que saque mejores notas. Su situación es doblemente desgraciada si tiene un hermano o hermana brillantes en el colegio; entonces el rendimiento de Juanín es comparado con el de su hermano o hermana más inteligente: «¿por qué no sacas sobresalientes y notables como tu hermano (o tu hermana)?».

Por más que lo intenta, Juanín no es capaz de satisfacer las ambiciones de sus padres. Desilusionado por la inutilidad de sus esfuerzos, cada vez estará más abocado al fracaso. Si se le comprendiera y su esfuerzo fuese reconocido, Juanín podría llegar a ser una persona con confianza en sí mismo. Si no, se verá obligado siempre a considerarse de segunda clase. Sufrirá complejo de inferioridad durante toda su vida.

El complejo de inferioridad puede provenir, asimismo, de unos padres que sólo vean los fallos. Unos padres así no pueden soportar la idea de que su hijo sea algo distinto de un modelo de virtudes, y son pródigos en críticas con frases del estilo de «eres un niño malo», «eres tonto», «eres un patoso», «no haces nada bien», «no se te puede encargar nada», etc.

Así, el niño llega a convencerse en su interior de que es malo o tonto o patoso o irresponsable, convicción que le acompañará siempre. El daño será mayor si es rara la vez que sus padres tienen una palabra de aprobación, quizá con el temor (infundado) de que las alabanzas estropeen al muchacho.

Por el contrario, la alabanza de los padres es esencial para lograr que el niño tenga confianza en sí mismo y sepa lo que vale. Los padres prudentes nunca adulan, pero saben encontrar ocasiones en las que, honradamente, pueden felicitar al niño. Cuantas más ocasiones encuentren, mejor. Habrá veces en las que la conducta del niño deba ser objeto de una reprimenda o de un castigo. No obstante, a la hora de regañar hay que tener buen cuidado de distinguir entre la conducta del niño y el niño mismo. Es mucho mejor decir «eso que has hecho está mal», que «eres un niño malo»; mucho mejor decir «me has engañado», que «eres una mentirosa», etc. Y, para compensar, la aprobación debe ser siempre más frecuente que la reprimenda.

Los padres que aceptan a su hijo como es y no le piden más de lo que puede dar de sí, y que combinan la corrección con la aprobación frecuente, están ofreciendo a su hijo una saludable imagen de sí mismo.

3

Un privilegio maravilloso que los padres tienen es el de ser los primeros en presentar Dios a sus hijos. La presentación no es tan sencilla como decir: «Miguelito, éste es Dios». Las relaciones del niño con Dios se van logrando gradualmente, día tras

día y año tras año. Son los padres, no obstante, los que tienen el honor de descubrir a sus hijos la faz de Dios.

Su primera imagen de Dios y su primer sentimiento *acerca de Dios* permanecerán en el niño durante toda su vida. La imagen será luego refinada y perfeccionada, al aumentar su conocimiento, pero la actitud básica del niño hacia Dios seguirá siendo siempre la misma. He aquí la razón de la importancia de que el niño vea a Dios, desde el principio, como lo que realmente es: un Dios de amor.

Un niño debería oír «Dios te quiere», con la misma frecuencia que «mamá te quiere».

Debería saber que Dios cuida de él, amorosamente, mientras duerme, y que está a su lado, ayudándole, a lo largo de todo el día. Debería también oír hablar a menudo de la bondad de Dios, tanto en lo material como en lo sobrenatural: «¡Qué bueno es Dios al darnos la hierba, los árboles y estas flores tan bonitas!»; «¡Qué bueno ha sido Dios al darte un alma tan preciosa!».

Amor y Bondad; el concepto que el niño tenga de Dios debe forjarse alrededor de estas dos ideas. También deberá conocer la justicia de Dios, pero -a ser posible- después de tener la convicción del amor de Dios indeleblemente impresa en su mente.

Cuando surja el tema del infierno, el niño deberá conocer su verdadera naturaleza. No se le debe dar entonces una visión como la del «Inferno» de Dante, sino más bien explicarle que es el horrible estado de infelicidad que sufren las personas que han querido separarse para siempre de Dios. Dios no quiere que vaya nadie al infierno. Dios no envía a nadie al infierno; si un alma va allí es porque quiere, porque hubo algo en esta vida que amó más que a Dios. A pesar de querernos tanto, Dios no puede *hacer* que le amemos si no es ésa nuestra voluntad. Dios no puede *hacer* que vayamos con Él al Cielo, si nosotros nos negamos. Ésta es la verdad sobre el infierno. Esta es la verdad que un niño, de acuerdo con su capacidad, debe conocer.

Sería una gran tragedia que un padre utilizase a Dios como un instrumento de disciplina. Sería una injusticia para con Dios el utilizarle como maza con la que golpear al niño en la cabeza; «Dios no te querrá si haces eso»; «Dios castiga a los niños malos». Tales afirmaciones hechas al chiquillo le presentan a Dios como a un policía canonizado, al tiempo que dañan para siempre su concepto de Dios. Si se nombra a Dios en un problema de comportamiento, deberá ser siempre de forma positiva, como, por ejemplo: «Si quieres a Dios, harás lo que El te pide», o «cuando te portas bien, estás diciéndole a Dios que le quieres».

Al niño, no sólo debe presentársele a Dios como un Dios de amor, sino que se le debe ayudar también a formarse una conciencia recta. No se le debe decir: «Eso es un pecado grave», cuando el pequeño no tiene edad suficiente para distinguir entre lo bueno y lo malo, moralmente hablando. Un niño de tres o cuatro años no puede cometer un pecado; decirle que ha pecado es, por tanto, crear sentimientos de culpabilidad en su mente que le pueden atormentar durante el resto de su vida. Cuando sea mayor puede experimentar confusos sentimientos de indignidad, cuyos orígenes se pierdan en su memoria. Sin saber por qué, se seguirá sintiendo culpable después de una buena confesión.

Cuando el niño llega al uso de razón, los padres sabios procurarán tener cuidado para no exagerar la magnitud de sus faltas. Si las travesuras infantiles, desobediencias, enfados o mentiras son calificados como pecados mortales, el resultado será una conciencia deformada.

Sí, es un privilegio envidiable del que gozan los padres: ser los primeros en hacer que sus hijos conozcan a Dios. ¡Ojalá lo den a conocer basándose en la verdad, como realmente es!

La época de la adolescencia es un tiempo de entrenamiento, tanto para los padres como para los hijos. Dura de los trece a los diecinueve años, aproximadamente. Es el período de la vida durante el cual una persona va dejando gradualmente de ser niño, para ir penetrando en la madurez.

Por su misma naturaleza, la adolescencia es una época de inquietud, de cambio. El adolescente no es exactamente la misma persona hoy que ayer, ni mañana será exactamente la misma que hoy. Por ello, la adolescencia es tiempo de confusión emocional, en el que el joven trata de formarse una nueva y siempre cambiante imagen de él mismo.

Durante la niñez, la vida es bastante estable. Teniendo un lugar definitivamente asignado en la sociedad, el niño tiene una imagen definida de sí mismo. Sabe lo que significa ser un niño porque sabe lo que se espera de un niño. De modo similar ocurre con el adulto. El adolescente, sin embargo, no está nunca seguro de su posición. Es reacio a abandonar la segura situación de la infancia, al tiempo que la naturaleza le urge a adquirir la independencia de pensamiento y de acción que la madurez exige. La naturaleza misma está también desarrollando el poder reproductor y despertando el impulso sexual. El joven tiene que luchar contra tensiones y sentimientos completamente nuevos para él. Tiene que construirse controles que nunca hasta ahora había necesitado. Tiene que aprender lo que ser un hombre (o una mujer) significa.

No es sorprendente que el adolescente tenga que vivir en un mundo de confusión emocional, como él mismo suele reconocer. Pone a prueba la paciencia de sus padres, alternando manifestaciones de afecto y de trato infantiles con formas de caprichosa independencia propias de adultos. En ocasiones, los padres colaboran al estado de confusión del adolescente. Un día le dicen: «Eres demasiado mayor para hacer eso; ya no eres un niño». Y al siguiente día: «Eres muy joven para aquello; quítate esa idea de la cabeza». No es difícil de comprender por qué el joven encuentra difícil respuesta a la pregunta: «¿Quién soy yo?».

Por este sentimiento de inseguridad, el muchacho trata de encontrar la estabilidad identificándose con otros de su edad. Tener un lugar en la «pandilla» le hace sentirse seguro. En su deseo de ser aceptado por sus compañeros, se adapta servilmente a sus modos de conducta. Él (o ella) debe peinarse de una forma determinada, vestir de una manera concreta, llevar tales zapatos, hablar el «argot» de sus amigos.

Esta afición a las modas juveniles puede llegar a irritar a los padres: «¿Tienes que peinarte de esa forma tan extraña?»; preguntan: «¿Qué hay de malo en la chaqueta que tenías?»; «No me importa que todas en el colegio *estén* usando sombra de ojos». Éstas son reacciones comunes de los padres.

Sin embargo, es la búsqueda de independencia del adolescente lo que más preocupa a los padres. Sus órdenes se ponen en duda, sus directrices son rechazadas, sus instrucciones no se obedecen. Como una gallina que empollase a un patito, los padres comienzan a preguntarse de dónde viene su inconstante hijo o hija; comienzan a preguntarse si habrán fallado en su intento de formar bien a su criatura.

En realidad, todo eso está previsto por la naturaleza: no le faltarán medios para salir adelante. Si el muchacho ha tenido ese consejo sabio y amoroso durante sus años jóvenes, saldrá de las tormentas y tensiones de la adolescencia sin perjuicios serios. Tal vez logre confundir a sus padres durante el proceso, pero acabará anclando en el puerto seguro de la madurez.

El adolescente necesita quien le guíe, y que lo haga con fortaleza. Él mismo, consciente o inconscientemente, busca ese consejo. En medio de su confusión e

incertidumbre emocional, agradece la protección contra sí mismo. Esa firme dirección se requiere especialmente cuando sus normas de conducta chocan con las de la Moral, decencia o educación. La comprensión de las necesidades y problemas del adolescente llevará a los padres, no obstante, a ejercer su autoridad con paciencia y cariño.

Entre los padres que lean este libro, tal vez un 1 por 100 se entere -antes de un año- de que su hija soltera está embarazada. Es a ellos a los que me dirijo ahora, con el ruego de que afronten su grave problema con inteligencia y caridad.

Cuando la hija amada dice a sus padres que está «esperando», la primera reacción de ellos suele ser disgustarse horrorizados. ¿Cómo ha podido sucederle eso a su niña -que quizá no ha cumplido los veinte- a la que tanto han querido y mimado? Había sido siempre tan buena... ¡Y ahora esto! ¿Cómo ha podido convertirse en un ser tan inconsciente? ¿Dónde han fallado ellos -los padres-al formarla? De este tipo son las acusaciones y recriminaciones que los padres pueden sentirse tentados de hacer a su hijo y a ellos mismos. El shock es comprensible, pero una reacción así es la peor respuesta posible a la situación.

En primer lugar, la muchacha no se ha vuelto mala por el hecho de su embarazo. Puede haber cometido un solo pecado, en un instante de tentación repentina. Esa única falta no quiere decir que todo su carácter haya cambiado. Sin duda, ha llorado amargamente su pecado, se ha confesado y ya está en gracia. No es una prostituta.

El hecho de que vaya a tener un hijo no empeora su pecado. De hecho, su mismo embarazo puede ser muestra de su bondad. Si ella fuese de otra manera, si no hubiera querido «buscarse problemas», se habría conseguido un contraceptivo. El pecado de cortar con los frutos de la relación sexual habría sido más malicioso, porque -del mismo modo que en la masturbación mutua de los que se juntan para «acariciarse»- hubiera sido un pecado contra la naturaleza. Más aún, si su hija no hubiera tenido conciencia, tal vez habría procurado un aborto, para evitar ese dolor, añadiendo el pecado de asesinato a su primer delito.

Permítase recalcar el hecho de que tener un hijo no es un pecado. La unión extramatrimonial fue un pecado, pero el embarazo resultante no lo es. La criatura que esta hija lleva en su vientre está destinada a ser un hijo de Dios. Cuando ella y su novio concibieron el cuerpo del niño, pusieron en movimiento el poder creador de Dios; y Dios insufló un alma espiritual e inmortal a ese cuerpo. Es el comienzo de un nuevo santo para el cielo.

La muchacha puede confesar su situación llorando o -con el fin de disimular el miedo que lleva por dentro- como de pasada o, incluso, con actitud desafiante. Sea como fuere, es de esperar que los padres traten de disimular sus sentimientos de pesar y afronten el hecho con garbo. Si hay alguna ocasión en que su hija pueda necesitar de su comprensión y de su amor, es ésta.

La chica está atemorizada, dolorida, apenada y confundida. Éste es el momento para que los brazos paternos la acojan con seguridad: «Sentimos lo ocurrido, hija mía, pero te seguiremos queriendo tanto como siempre. Deja de preocuparte: el mundo no se ha hundido. Llevaremos esto juntos, y no será tan malo como piensas».

Luego, acudir al sacerdote o a algunas otras personas que les orienten con buen criterio católico pondrá las cosas en su lugar. El matrimonio con el padre del niño no será indicado a menos de que se pueda confiar firmemente en que será feliz y duradero. Cuestiones del tipo de si será mejor el matrimonio que tener al niño secretamente, o de si será mejor conservar al niño o dejar que lo adopten, sólo pueden ser decididas después de un cambio de impresiones sereno y realista con consejeros cualificados.

Cualquiera que sea la solución final, cuando la crisis haya pasado y su hija sea feliz y sonría de nuevo, los buenos padres llegarán incluso a considerar éste como uno

de sus

mejores momentos. Han sido capaces de superar su propio shock y temor, en aras del amor. Han sido capaces de olvidarse de sí mismos para convertirse en torres gemelas de fortaleza para su hija, cuando ésta más los necesitaba.

XI. La segunda juventud

I

¿Qué estás haciendo con el fin de prepararte para la vejez? Esto puede sonar como la primera frase del anuncio de un seguro, pero la preparación para la vejez comprende mucho más que asegurarse la situación económica. En realidad, la seguridad económica es el factor menos importante en esta preparación.

Mucha gente, cuando hace planes para sus últimos años, los envuelve de una aureola de «independencia». Quieren ahorrar dinero, o asegurarse una pensión, con la intención de no ser una «carga» para nadie. Aun así, cuando llega la hora de cumplir esos planes, muchos que tienen sustanciosas rentas se siguen encontrando bastante miserables. ¿Cuál puede ser la razón?

En mi opinión, una de las causas es que ese ansia de independencia es un espejismo derrotista. Teniendo esa manía de ser independientes, sembramos las semillas de innumerables frustraciones, que cosecharemos después de los setenta. Porque, a menos de que muramos jóvenes, no tendremos más remedio que depender de otros, de alguna manera, hasta que podamos decir el *nunc dimittis*.

No hay cantidad de dinero capaz de evitar la rigidez de los huesos producida por la artritis, que hace tan de agradecer la mano de otro en quien apoyarse. El dinero no reanimará el corazón cansado, que hace que sean las piernas de otro las que tengan que correr para hacernos un recado. El dinero no arreglará la vista borrosa ni la dureza de oído, que requieren consideración por parte de otros. El dinero no rejuvenecerá la mala memoria, que pide paciencia para los que nos rodean; memoria que es tan certera para los hechos ocurridos mucho tiempo atrás, y tan olvidadiza para evitar que se quemé la comida de hoy.

Tanto si nos gusta como si no, dependemos de alguna forma de otros. Si hemos hecho de la independencia un ideal, podemos destruir fácilmente la felicidad de los que podrían ser los años más agradables de nuestra vida. Nos dolerá el hecho de no podernos valer por nosotros mismos para todo. Pasaremos la vejez refunfuñando - incluso sin dar las gracias- cada vez que nos tengan que echar una mano. Seremos de esa detestable clase de viejos que están siempre regañando, quejándose y compadeciéndose a sí mismos.

¿Qué razón hay para exagerar tanto el valor de la independencia? Si cada ser humano fuese completamente independiente de los demás, nuestro mundo sería frío y triste. No habría lugar para el ejercicio de la atención, la gentileza, el cariño o la generosidad...; no habría oportunidad para la práctica de la polifacética virtud de la caridad cristiana. Las cualidades más nobles de la humanidad se verían disminuidas por la falta de la luminosidad que la dependencia de otros proporciona.

A ti y a mí, que estamos aún vigorosos y activos, no nos sienta mal tener que ayudar a otros de cuando en cuando. Por el contrario, encontramos en la práctica de la caridad alguna compensación a nuestra sensación de falta de valía, desde el punto de vista de Dios. Hemos hecho muchas cosas, a lo largo de los años, de las que nos hemos arrepentido. Estamos ante la oportunidad de equilibrar la balanza, aunque sea en tan

poca cosa. Mientras llevamos a la abuela a la consulta del médico o hacemos las compras de la tía María, notamos que somos -en ese momento- la clase de persona que nos gustaría ser siempre.

Si esto es lo que pensamos ahora, ¿por qué vamos a ser tan tacaños de negar a otros su mérito, cuando nos toque llegar al final de nuestra vida? No: el conseguir la independencia no es el principal problema. Es muchísimo más importante lograr un uso satisfactorio de nuestros últimos años de descanso, que la vejez traerá consigo. Después de una vida azarosa, ocupada por un trabajo útil, tal vez manteniendo una familia y contribuyendo -aunque fuese poco- a la mejora de la sociedad,

una de las sensaciones más desanimantes puede ser la de encontrarse como un espectador ante el desfile del mundo. ¡Tenemos todos tantas ganas de saber que estamos haciendo algo importante!

Para llenar el vacío de esos últimos años, los expertos aconsejan desarrollar entonces los entretenimientos y diversiones que podamos ejercitar en nuestra jubilación: golf, trabajos manuales, colecciones, el gusto por los buenos libros y la buena música..., ésas son algunas de las cosas que pueden iluminar y enriquecer nuestros días de retiro. Y, si la enfermedad u otros obstáculos no nos lo impiden, tendremos innumerables oportunidades de prestar algún servicio voluntario, de un tipo o de otro. El apostolado, la preocupación por los demás, buscando en la medida de lo posible hacerles la vida más agradable y acercarlos a Dios, son actividades para toda edad. Si gozamos de una salud razonablemente buena, tendremos pocos motivos para sentirnos aburridos, inútiles o despreciados.

Sin embargo -salvo una muerte repentina-, llegará el día en que nos habremos de contentar con estar sentados. Prepararnos para ese punto de nuestro camino hacia la eternidad es, seguramente, el paso previo más importante que podemos dar. Esos últimos años pueden ser los más útiles. Serán -o deberían ser- nuestros años de oración, nuestros años contemplativos.

Ninguno de nosotros cree que una monja de clausura, que pasa todo su día en oración, esté perdiendo el tiempo. No pensamos que el monje cartujo que medita en su celda día y noche, sea una persona inútil. Por el contrario, estamos convencidos de que esas personas «desocupadas» están cumpliendo la tarea más grande que pueda hacerse por Cristo y por el mundo pecador. Ésta es la categoría suprema de utilidad que el anciano puede adquirir. Tiene las puertas abiertas para la más digna de las vocaciones: la vocación a la vida contemplativa.

Cuando él (o ella) pasa las cuentas del Rosario, o recita las letanías, o habla familiarmente con Dios, consigue del cielo un caudaloso torrente de gracias. Sus oraciones son avaladas al ofrecer sus propios sufrimientos en unión con los de Cristo.

Por medio de sus oraciones y de su dolor, los pecadores se convierten, los infieles abrazan el don de la fe, las almas sin fuerzas hallan una nueva e insólita esperanza, las almas rebeldes conforman su voluntad con la de Dios y el Purgatorio se vacía. No podrá conocer todos esos frutos de su oración hasta que llegue al Cielo. Pero sería ridículo que un anciano dijera como con resignación: «Lo único que puedo hacer es rezar». ¿Es que se puede hacer algo más grande?

Desde luego, la capacidad para rezar no se adquiere con las canas o la pérdida de la dentadura. Si queremos que nuestros últimos

años sean -como debe suceder- los más fructíferos, debemos poner las bases ahora. Es muy bueno que vayamos teniendo aficiones y cultivemos formas de descanso. Pero, sobre todo, aprendamos a rezar a través de la práctica frecuente.

«¿Debo vivir con mi hija (o hijo), o en un asilo?» Ésta es la pregunta con la que se enfrentan muchos ancianos que, habiendo enviudado, se encuentran incapaces de mantener una casa o un apartamento ellos solos. Tal vez pueda pasar mucho tiempo hasta que tengas que tomar una determinación. Sin embargo, la decisión será más eficaz si la tomas ahora con calma y racionalmente, cuando la posibilidad parece aún lejana.

Para hacer más simple la cuestión, supongamos que el dinero no sea el primer factor a tener en cuenta. A estas alturas de desarrollo de la Seguridad Social, lo más probable es que no sea éste el problema fundamental. Supongamos también que eres viuda. (Lo que aquí vamos a decir también puede aplicarse a los viudos, aunque el número de viudas sea cinco veces mayor que de éstos.) Por último, supongamos que tienes que elegir entre una habitación en una residencia de ancianos y una habitación en casa de tu hija casada. Si en vez de pertenecer a una hija, es de un hijo la casa a la que puedes ir, los elementos a tener en cuenta son los mismos. Deberás tener especial cuidado, en este caso, sin embargo, por ser una nuera la persona a la que te tienes que adaptar.

De acuerdo con los anteriores supuestos, ¿cuál sería la decisión más acertada? Puede asegurarse que serás feliz en casa de tu hija, y que ella y su familia estarán felices teniéndote con ellos, si cumples los siguientes requisitos:

1° No sientes pena ni resentimiento por ser viejo. Muchas veces, los ancianos menos felices son lo que *luchan* contra los años, como si fuesen su enemigo; no son capaces de disfrutar como deberían sus años maduros. Evitan a las personas de su edad y quieren participar en todas las actividades de las generaciones más jóvenes, como si, de alguna manera, la juventud pudiera enseñarles algo.

2° Habiendo aceptado con garbo tu edad, actúas de acuerdo con ella. Te relacionas con amigos de tu generación. Aunque no hay inconveniente en que trates a personas más jóvenes que tú, no esperas ser incluida en todas las invitaciones que tu hija recibe, ni acompañarla con su marido cada vez que salen de noche para divertirse. Cuando invitan a casa a sus amigos, recuerdas «un buen libro que estoy leyendo» o «una carta que tengo que escribir» y te retiras después de un tiempo prudencial a tu habitación, a menos de que insistan lo suficiente en que te quedes como para no dudar de la sinceridad de esa petición. Nunca recurras a la táctica de decir: «pobre de mí; ya sé que sólo soy una vieja», ya que con eso puedes hacer que tu hija se sienta como culpable.

3° *Controlas heroicamente tu lengua.* Cuando tu hija y su marido tienen sus discusiones, inevitables por lo demás, te quitas de en medio. Nunca te pones de parte de ella, independientemente de lo equivocada que consideres la postura de su marido. Te niegas a comentar los defectos de éste con tu hija. Todo lo más que dirás es: «Te has casado con él, hija. Ahora tienes que aprender a convivir con él».

Nunca, *nunca* te entrometes en cómo educar a sus hijos, aunque con frecuencia sientas la tentación de hacerlo. Muchas veces no estarás de acuerdo con los métodos que tienen de educar a los niños, pero te cortarás la lengua antes de decírselo a ellos o a sus hijos. Los chiquillos no te oirán nunca decir: «tu madre es demasiado severa contigo», o «papá te deja hacer lo que te viene en gana».

4° No eres una persona dominadora. Ves a tu hija como a una persona mayor, capaz de tomar sus propias decisiones sin tener que contar siempre con tu consejo. No tratas de decirle nunca cómo debe vestir, o cómo debe hacer la comida, o cómo debe llevar la casa. A menos de que pidan tu opinión, no dices nunca nada. Tienes con tu hija y su marido el detalle maravilloso de permitirles que tengan sus propios defectos.

Si eres capaz de cumplir todo lo anterior, no dudes en irte a vivir con tu hija. Tú, ella, su marido y los hijos -todos- seréis muy felices juntos.

3

Si eres viudo, viuda o soltero, de edad madura, pero aún conservas una vitalidad razonable, me gustaría proponerte una cuestión. A los hombres: «¿Has pensado alguna vez en abrazar la vida contemplativa?». Pueden desperdiciarse muchas vocaciones en potencia entre la gente mayor, por la simple razón de que nunca se les ocurre que quizá hay un lugar para ellos cerca del altar. Además, ¿qué puede haber mejor que pasar los últimos años de la vida trabajando directa y exclusivamente para Dios?

¿Puede haber un lugar en la Iglesia para un sacerdote recién ordenado de sesenta o sesenta y cinco años, o para un religioso o religiosa que hagan la profesión a esa edad? Desde luego que puede haberlo, y que -de hecho- lo hay.

Admito que puede resultar difícil para un sacerdote anciano mantener el ritmo febril del coadjutor de una parroquia. En cambio, como capellán de un hospital, colegio u otra institución, puede sustituir a una persona más joven, para que ésta realice una labor que exija más esfuerzo. O, como religiosa, puede ser de gran ayuda en el colegio, oficina, sacristía, mantenimiento o administración del claustro al que sirvan.

También en los conventos hay muchos puestos que pueden ser ocupados por hermanas con «vocación tardía». Alguien con experiencia en alguna profesión del tipo de profesora, enfermera o secretaria, será especialmente valiosa. Por otro lado, hay también muchas tareas para la hermana sin cultura; tareas que requieren tan sólo un espíritu de entrega generosa.

¿Qué se requiere de una persona que cree que pueda tener una vocación tardía al sacerdocio o al estado religioso? Ante todo, que la acepte el Obispo (para los sacerdotes diocesanos) o la Comunidad religiosa.

Tanto los Obispos como los Superiores religiosos tienen que ser realistas al administrar los fondos de la diócesis, monasterio o convento. Pueden tener dudas a la hora de aceptar solicitudes de personas de más de cincuenta o sesenta años, a causa de los riesgos que suponen. Los sacerdotes o religiosos ancianos pueden resultar -por razón de una enfermedad- una carga económica, antes de haber contribuido con sus servicios. Por ello, las solicitudes más valoradas suelen ser las de aquellos que cuentan con recursos propios (como una pensión de vejez) con los que asegurar que no se convertirán pronto en una carga para la diócesis o Comunidad.

Otro problema para las mujeres es que la mayoría de las Comunidades de religiosas tienen un límite de edad para admitir a las novicias. Algunas limitan incluso sus noviciados a mujeres que no han contraído nunca matrimonio. No obstante, se pueden y se deben hacer excepciones con las solicitantes más cualificadas.

Los hombres que aspiren al sacerdocio pueden darse cuenta de que la diócesis a la que les gustaría ir está suficientemente atendida y que, por tanto, se negará a admitir a una persona mayor. Pero hay otras diócesis, y hay -sin lugar a dudas- un lugar en alguna parte para el sacerdote con la salud, personalidad e inteligencia necesarias para superar los estudios teológicos (algunas facultades ofrecen «cursos intensivos» de latín para vocaciones tardías al sacerdocio).

Una última cuestión, tanto para hombres como para mujeres, es -desde luego- el problema de adaptarse a un nuevo régimen de vida. A medida que nos vamos haciendo mayores perdemos mucha capacidad de adaptación y es más difícil vivir en un ambiente que nos es extraño. Sin embargo, este obstáculo no será insuperable si existe buena voluntad por nuestra parte. Cientos de vocaciones tardías, que ya han dado su fruto en la

Iglesia, son la prueba de ello.

Para la persona madura que contempla la posibilidad de su vocación sacerdotal o religiosa, el primer paso ha de ser la consulta a su confesor o párroco para que le aconseje y le informe con más detalle. Supuestos los requisitos necesarios, no podemos hacer uso más constructivo de nuestros últimos años que pasarlos dentro del santuario o del claustro. No cabe duda de que no puede haber mejor lugar para responder, al final de ellos, a la última llamada de Dios.

XII. Mirando al futuro con confianza

I

¿Eres optimista o pesimista? ¿Contemplas el futuro con confianza, o esperas que ocurra siempre lo peor?

El que nuestro carácter sea alegre o tristón depende en gran medida del estado de nuestra salud, física o mental. Una persona que ha tenido una niñez infeliz o insegura tenderá a contemplar la vida sombríamente y a temer el futuro. Una salud física por debajo de lo normal, especialmente si ello se debe a ciertos tipos de deficiencias glandulares, puede dar también como resultado una personalidad enfermiza y depresiva.

Sin embargo, no tenemos por qué ser una víctima indefensa de nuestro yo «natural». Por la voluntad libre que Dios nos ha dado, tenemos una fuente inconmensurable de capacidad para hacer frente a la corriente de dificultades físicas o emocionales que nos deprimen. Podemos lograr el cultivo del hábito de ver la parte positiva de los acontecimientos y el lado bueno de la gente. En lo que se refiere a las personas, se ha dicho con razón que «el peor de los pecadores dedica una parte comparativamente pequeña de su tiempo a sus malas obras».

La verdad es que nuestra fe nos pide que seamos optimistas. Si Dios controla el mundo -lo que creemos con firmeza-, las cosas suceden de tal modo que se cumpla su fin último, es decir, los planes de Dios. No hay hombre, ni diablo, ni circunstancia alguna que puedan estropear sus planes. Cualquier contrariedad que parezca que Dios puede sufrir, no será más que un espejismo, que nos parecerá una derrota tan sólo porque no podemos ver la victoria final. Incluso del mal puede Dios sacar el bien. Él hace que el pecado y el error del hombre contribuyan a sus fines.

Permíteme ofrecerte un ejemplo de lo ilógico que resulta el pesimismo. En nuestro tiempo, oímos y leemos mucho sobre la delincuencia juvenil y la aniquilación de la responsabilidad de los padres y la moral familiar. Esto nos puede llevar a pensar que el mundo camina hacia el infierno. Sin embargo, oigamos a Tomás de Celano cuando escribió la primera biografía de San Francisco de Asís, hace más de 700 años:

«Se ha extendido por doquier entre aquellos que llevan el nombre de cristianos la deplorable práctica de hacer lo posible por dejar que sus hijos crezcan desde la cuna sin ninguna clase de educación o disciplina. En todas partes, esta perniciosa idea se ha establecido y definido como si fuera la ley de la Tierra. Tan pronto como los recién nacidos comienzan a hablar, o aun a balbucear, se les muestran de palabra, y por medio del gesto, las cosas más horribles y detestables... Con razón dijo uno de los profetas profanos: *porque hemos crecido entre las costumbres de nuestros padres, toda clase de males nos acompañan desde nuestra infancia.*»

Recuerda que Tomás de Celano escribió esto en el siglo xiii, en la llamada «Edad de la fe», cuando toda Europa era católica. Aun concediendo alguna posible exageración, ningún escritor moderno se atrevería a condenar a los padres y a la

juventud de hoy de forma tan amarga.

Habr  cumbres y valles en el camino del mundo de Dios, pero la tendencia será siempre ascendente. Ahora bien, el hecho de que Dios no pueda ser vencido no debe hacer que nos sintamos satisfechos de nosotros mismos, porque Dios también espera que cada uno de nosotros hagamos por El todo lo que podamos, y que sepamos ser instrumentos en sus manos. Contando con eso, nuestra lucha debe ser alegre y confiada.

«Dios escribe con líneas torcidas», pero es él quien escribe.

2

Los psicólogos han afirmado que lo más característico de nuestra época es la ansiedad. Hay más gente que se preocupa por un mayor número de cosas -dicen-, que en cualquier otra etapa de la larga historia humana.

Pueden estar en lo cierto al hacer ese diagnóstico. Con todo, no será fácil que la ansiedad nos dominara mayormente, si nosotros no le cedi ramos la primera línea en el campo de batalla: nuestra fe en Dios y en su providencia. A mi modo de ver, ésta es la verdadera fuente de nuestras constantes angustias.

Cuando digo «nosotros», quiero decir *nosotros*: nosotros los católicos, así como el resto de nuestros conciudadanos menos favorecidos. No es que hayamos renunciado seriamente a nuestra fe. Intelectualmente, seguimos creyendo en Dios y en lo que él, a través de su Iglesia, nos enseña. Sin embargo, aunque con la mente asintamos a las verdades divinas, nuestras obras nos llevan al borde del ate simo. Nuestra fe no es una fe activa ni operativa. Nuestras creencias religiosas no penetran ni impregnan nuestras actitudes y sentimientos; y son las actitudes y sentimientos, más que los pensamientos elevados que tengamos en la mente, los que motivan nuestras acciones.

Decimos que creemos que Dios es infinitamente poderoso, que ha creado y que controla todo el universo. También profesamos creer que Dios es infinitamente sabio y que sabe siempre qué es lo mejor para el cumplimiento de sus fines. Más aún, afirmamos estar firmemente convencidos de que Dios nos ama a cada uno con un amor individual y personal, que busca siempre lo mejor para nosotros; es decir, lo mejor para llevarnos a la unión con él para siempre.

Dios lo puede todo; Dios lo sabe todo; Dios me ama.  C mo puedo creer estas verdades y seguir siendo víctima de la preocupación? La  nica respuesta posible es la de que vivo mi vida a dos niveles. A nivel de la oración y las prácticas de piedad, vivo la fe. A nivel de la actividad diaria, soy un ateo práctico. Es decir, creo que todo el peso del futuro recae sobre mis espaldas. El éxito o el fracaso dependen enteramente de la inteligencia y capacidad humanas. Si fallan mis conocimientos, o mi inteligencia (o la de mi prójimo), el desastre es inevitable. Si me equivoco o cometo un fallo en algún momento, todo est  perdido.

El secreto para conseguir un espíritu sereno y confiado es dejar que nuestras creencias religiosas rompan la barrera entre la cabeza y el corazón, dejar que la fe domine nuestros sentimientos y actitudes tan bien como nuestra mente.

Somos humanos y, en consecuencia, imperfectos por definición. Por tanto, difícilmente evitaremos toda preocupación, aun en el caso de que nuestra fe sea una fe viva. No obstante, si nos vemos obligados a admitir que el desasosiego es nuestro frecuente compañero, haremos bien en reconsiderar el estado de nuestra fe.

3

Preocuparse no es cristiano. La preocupación deshonra a Dios, porque presupone que Dios no tiene las cosas bajo su control. Preocuparse supone pensar que Dios no se

interesa por su mundo; o, más concretamente, que Dios no se interesa por mí.

Una madre podría replicar: «Eso está bien, pero yo sería una mala madre si no me preocupase de mis hijos». Un padre tal vez dijese: «Si no me preocupase de mi familia, no trabajaría las horas que trabajo».

Tales afirmaciones confunden las palabras «preocuparse» y «ocuparse». Webster define esta última como «interés en, o cuidado por una persona o cosa; atención, solicitud», y la preocupación, como «solicitud indebida; angustia; inquietud».

Tenemos obligación de ocuparnos. Los padres deben ocuparse de los hijos. Todos nosotros, como miembros del Cuerpo Místico de Cristo, debemos ocuparnos de los demás hombres: debemos ocuparnos de los que viven en los suburbios de nuestra ciudad; debemos ocuparnos de la gente de los países paganos y comunistas; debemos ocuparnos del honor y la gloria de Dios, y dolernos de que tantos le ofendan por el pecado. Sí, tenemos muchas cosas de las que ocuparnos.

Sin embargo, nuestra ocupación debe ser complementada con generosidad por la virtud de la esperanza, si no queremos que se convierta en preocupación. Nuestra confianza en Dios y en su constante y amoroso cuidado no debe disminuir.

Para evitar la preocupación necesitamos, además, un cierto sentido de perspectiva. Es decir, debemos cultivar la capacidad de ver la vida como un todo, y no como partes separadas. Tenemos que ver nuestras cruces presentes -la enfermedad, la pérdida del trabajo, un hijo subnormal- como parte de un cuadro mayor, en el que esas sombras encajan de manera lógica y positiva.

Nuestras preocupaciones disminuirán también si tenemos algún sentido de la historia, alguna capacidad para mirar hacia atrás y hacia adelante de donde nos encontramos. A modo de ejemplo, los padres que se preocupan de la imprevisible conducta de su hijo o hija jóvenes. Si pudieran volver la vista sobre el torbellino emocional de sus años de adolescencia, o ver a esos hijos cuando sean un padre responsable o una madre cariñosa, su ocupación no acabaría en preocupación tan fácilmente.

Contemplando el tema con una visión más amplia, podemos examinar la inquietud que muchos buenos cristianos experimentan por la persistencia del pecado y del desperdicio por los derechos de Dios. Es lógico que nos ocupemos del honor y la gloria de Dios. Ciertamente, éste es nuestro primer deber y nuestra ocupación más honda. Sin embargo, un cierto sentido de la perspectiva y de la historia librarán a nuestra ocupación de verse convertida en angustiada inquietud.

Hay más católicos hoy en la Tierra que habitantes de la misma hace trescientos años. En el año 1650, la población total del mundo se estima en unos 500 millones, de los que sólo una minoría era católica. La población *católica* actual es de 550 millones. Aun así, no somos más que 1/5 de la población total, pero la Iglesia de Cristo sigue siendo la levadura de la masa que Jesús predijo.

Hay muy poca fe y mucho pecado, es verdad; pero también hay mucha fe y mucha virtud. Hay unos 415.000 sacerdotes en el mundo. Cada día desde 415.000 altares, el Santo Sacrificio de la Misa se eleva a Dios, con incontables millones de personas arrodilladas en torno a esos altares, incluso en un día laborable. El honor y la gloria de Dios no han disminuido.

Es muy bueno que nos ocupemos de nuestra familia, de nuestro prójimo y de Dios..., pero siempre con fortaleza, con confianza y con esperanza.

recién orde nado es la de ser objeto, de repente, de veneración universal por parte de los católicos. Ayer, por más que se pusiera una corbata, nadie se fijaba en él. Hoy, con su espigado cuello de sotana, los hombres se quitan el sombrero al verle. Mujeres que en ningún otro caso hablarían a un extraño, sonrien y le dicen: «Buenos días, padre». Cuando entra en una habitación, la gente se pone de pie. Los hombres de barba blanca se arrodillan para pedir su bendición.

El joven sacerdote se conmueve ante tales muestras de respeto pero, a menos de que esté loco, nunca se pone orgulloso por ello. Sabe que no es a él personalmente, sino al sacerdocio de Cristo al que los seglares están saludando. Esas muestras de honor sirven para recordarle la gran gracia, totalmente inmerecida, que ha recibido. Durante el resto de su vida tratará, siempre inadecuadamente, de dar gracias a Dios por el don del sacerdocio.

De todas maneras, hay un don previo al del sacerdocio, que le fue otorgado en la infancia, más precioso, más grande que todo lo que pueda haberle ocurrido desde entonces: *haber sido bautizado*. Como el don del bautismo es compartido tanto por el sacerdote como por el laico, podemos distraer nuestra atención del joven sacerdote para pasar a hablar de TI MISMO.

Llegaste a la pila bautismal con una naturaleza exclusivamente humana. No tenías capacidad para la acción sobrenatural, no estabas preparado para gozar de la felicidad

inefable de Dios. En el sacramento del Bautismo, Dios te otorgó una nueva clase de vida, una participación en su propia vida Dios te elevó a su nivel de existencia y te llenó del poder de realizar acciones sobrenaturales, acciones de valor y contenido eternos. El brusco cambio que supondría pasar de ser un mono de la jungla a ser un Einstein sería un milagro más de cien veces menor que el cambio que te hizo hijo de Dios.

Por el Bautismo te convertiste, no en hermano de sangre de Jesucristo, sino en su hermano (o hermana) sobrenatural, lo cual supone un vínculo mucho más íntimo. Podemos decir que te convertiste, espiritualmente, en hermano gemelo de Jesús. Desde el momento en que fuiste bautizado, cualquier cosa que hagas es lo mismo que Jesús haría, siempre que tú quieras; y cualquier cosa que Jesús haga podría atribuírsete a ti, siempre que, claro está, el pecado mortal no rompa esa unión.

Por tu incorporación a Cristo compartes con Él el sacerdocio eterno. Tienes la capacidad, sobre los que no están bautizados, de ofrecer con Él el culto apropiado al Padre. Tienes la capacidad, sobre los que no están bautizados, de absorber en tu alma los impulsos de amor divino que llamamos gracia.

La diferencia entre tu sacerdocio y el del hombre al que llamamos «padre» es nimia, aunque es una diferencia esencial. En el sacramento del Orden, este último ha recibido la potestad de consagrar el pan y el vino, de llevar a cabo la acción específica a través de la cual tu sacerdocio y el suyo -en unión con el de Cristo- se hacen activos y efectivos. El suyo es un sacerdocio sacramental y el tuyo es un sacerdocio participado.

La verdad es que tú tienes casi tanto que agradecer a Dios como el padre Pérez o el padre López, ante los que te descubres o inclinas la cabeza. Para expresarlo de una manera gráfica, podemos decir que la distancia entre tu dignidad como cristiano bautizado y la de un sacerdote es de un centímetro, mientras que la distancia entre tu dignidad y la de una persona que no esté bautizada es de cientos de kilómetros.

Tú no tienes tantas ocasiones diarias como tiene tu párroco en las que recuerdes vívidamente tu dignidad. Pero tienes tantos motivos como él para dar gracias a Dios cada día por haberte escogido, sin mérito alguno por tu parte, para ser su hijo. Eres objeto de un amor muy especial por parte de Dios: compartes su naturaleza y su

sacerdocio. ¿Qué más puede decirse?

Con ese bagaje, ¿quién puede atemorizarse o dudar de su capacidad de ser santo?